

# Fábulas de la Fontaine



Sumérgete en el mundo de la literatura clásica con *Fábulas de la Fontaine*, una colección atemporal de cuentos morales del renombrado escritor francés Jean de La Fontaine. Esta edición, adaptada por Gloria Sarró, presenta una selección de fábulas que deleitan a lectores de todas las edades. Con ilustraciones a color y una encuadernación en tapa dura, este libro es una joya literaria que perdura a través del tiempo. Ideal para jóvenes lectores y amantes de la literatura clásica.

Jean de La Fontaine

# Fábulas de la Fontaine

**Nuevo auriga - 4**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2026

Jean de La Fontaine, 1981  
Traducción: Gloria Sarró  
Ilustraciones: Domingo Rubiés  
Diseño de cubierta: Badía Camps

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

## 13.º ANIVERSARIO

  
epublibre



En cada libro, un nuevo horizonte; en cada mente,  
el universo entero. ¡Hacia el futuro de la lectura!

## LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Durante las largas tardes de verano, cuando los campos están llenos de flores, la sombra de los árboles, escondiendo los rayos del sol, invita a descansar. Y he aquí que la cigarra sentía demasiado calor para trabajar y se limitaba a buscar los lugares más frescos y cantaba alegremente todo el tiempo, mirando con compasión a la pequeña hormiga que, con mucho afán, transportaba los minúsculos granos de trigo hasta sus graneros, sin descansar ni un solo instante.

Pero pronto pasaron los días cálidos. Al verano sucedió el otoño y, antes de que la despreocupada cigarra pudiera darse cuenta, el invierno se había llevado las hojas de los árboles y las flores de los prados, y el sol había dejado de calentar la tierra. Así, pues, la pobre cigarra se encontró con que no tenía nada que comer, ni un solo grano de trigo que le ayudase a subsistir hasta la llegada del próximo verano; y, muy preocupada, se dirigió a su vecina la hormiga para pedirle prestado algún alimento, prometiendo pagarle antes del mes de agosto cuanto le proporcionase y algo más como intereses.

Pero la hormiga tenía un defecto; no le gustaba prestar sus cosas, pues no se fiaba de nadie. Además, ella había trabajado bajo los ardientes rayos del sol, sudando y acalorándose para reunir alimentos con que vivir durante los meses de frío. Así, pues, preguntó a la cigarra:

—Y tú, ¿qué hiciste durante todo el verano?

—Yo —respondió la cigarra— cantaba día y noche, a la sombra de los árboles.

Y entonces la hormiga trabajadora cerró la puerta de su granero ante la perezosa cigarra, al tiempo que le decía, indignada:

—¿De manera que te pasaste el verano cantando? Pues ahora, ¡baila!

## EL CUERVO Y LA ZORRA

Cierto día el cuervo vio, mientras volaba, un queso de un pastor, y descendió con rapidez hasta él y lo cogió con su pico. En seguida, muy satisfecho, pensando en lo sabroso que estaría, se fue volando a un árbol para comérselo lo antes posible.

Pero he aquí que el zorro, atraído por el olor que despedía el queso, llegó al pie del árbol; y, como le era imposible subir hasta allí, comenzó a pensar en la manera de conseguir que el sabroso manjar pasara a su poder. Y así, después de meditar un ratito, dijo al cuervo con voz melosa:

—¡Oh, señor cuervo! ¡Qué hermoso estáis! Sin duda alguna sois el pájaro más bello de este bosque. En verdad, si vuestra voz es tan magnífica como vuestras plumas, sois, con seguridad, la mejor ave del mundo.

Al oír estas palabras el cuervo no cupo en sí de alegría y, henchido de vanidad, para demostrar que poseía una voz maravillosa, abrió su boca, dispuesto a comenzar a cantar. Mas apenas lo hubo hecho, el queso cayó de su pico, yendo a parar a los pies del ansioso zorro, que, muy satisfecho, lo recogió y dirigiéndose al cuervo le dijo:

—Señor cuervo, gracias por haber escuchado mis alabanzas. Ahora ya tengo lo que quería, pues sois tan orgulloso que habéis creído en mis palabras. Adiós, y aprended para otra vez.

Y dicho esto se marchó con el queso, dejando al cuervo confuso y avergonzado de su vanidad.

## LA RANA QUE QUISO SER TAN GRANDE COMO EL BUEY

Un hermoso buey estaba bebiendo agua de un estanque en el que abundaban las ranas. En aquel momento una de ellas asomó la cabeza y, viendo al enorme animal, quedó admirada de su gordura y de su buen aspecto. Ella, que era pequeña, envidiosa del gran buey, decidió ser tan grande como él.

Pensando esto, la pequeña rana comenzó a trabajar y a hincharse más y más, a fin de lograr igualar la talla del animal. Y a medida que iba hinchándose preguntaba a sus hermanas, las otras ranas del estanque:

—¿Es ya bastante? ¿Soy ya tan grande como él?

Y las demás le contestaban:

—No, ¡qué va! Todavía te falta mucho.

Y así, una y otra vez, repetía la insensata rana la misma pregunta, y siempre recibía una respuesta negativa; hasta que, por fin, tanto y tanto se hinchó el envidioso animal que por fin no pudo resistir más y reventó.

En el mundo hay muchos envidiosos que sólo se preocupan de llegar a ser más importantes que los demás; pero corren el peligro de que les ocurra lo que le ocurrió a la rana del estanque, que nunca pudo conseguir ser tan grande como el buey.

## LOS DOS ASNOS

Por un camino que serpenteaba entre los campos caminaban lentamente dos asnos. Uno iba cargado de avena y el otro de plata. Este último, orgulloso de la carga que llevaba sobre sus lomos, miraba con desprecio a su compañero y no se dignaba dirigirle la palabra; pero el que llevaba la avena no se preocupaba en absoluto y continuaba su marcha con tranquilidad.

Mas he aquí que, de pronto, aparecieron en medio del camino unos ladrones que detuvieron a los dos animales; pero, dejando a un lado al de la avena, se arrojaron sobre el que llevaba la carga de plata, el cual, viéndolos venir, intentó defenderse. Los salteadores, que querían conseguir a toda costa su precioso cargamento, comenzaron a vapulearle y a darle de palos, hasta que lo arrojaron al suelo y, apoderándose de todo lo que había en las alforjas, huyeron, dejándole medio muerto.

El desgraciado asno, antes tan orgulloso, suspiraba y se quejaba diciendo:

—¡Infeliz de mí! ¿Cómo es posible que ocurra esto? Este asno que va detrás de mí se ha mantenido lejos del peligro, mientras que yo he sido apaleado y golpeado a placer.

Oyendo estas palabras, su compañero le respondió:

—Amigo, no siempre es bueno tener un alto empleo. Si hubieses llevado, como yo, una humilde carga, no estarías ahora en tan mal estado.

## EL LOBO Y EL PERRO

Ocurrió una vez que en cierto lugar de la montaña vivía un lobo, el cual estaba tan delgado que no tenía más que la piel y el hueso, pues le era imposible conseguir apoderarse de una sola oveja, ya que los perros de los pastores las guardaban celosamente y no le permitían acercarse.

Entre estos perros había un mastín que causaba la admiración del lobo por lo gordo, que estaba. Tanta era el hambre del pobre animal que de buena gana le hubiese atacado y hecho pedazos; pero el lobo, que no era tonto, sabía que en caso de luchar con él tenía todas las de perder, pues con seguridad el enorme perro se defendería duramente y, dado su gran tamaño, era posible que fuese él quien acabase con el lobo.

Así, pues, éste decidió hablarle con humildad y, acercándose a él, empezó a alabar su gordura y su buen aspecto, que le llenaban de admiración. El mastín le escuchó atentamente y al concluir le dijo:

—Pero, señor lobo, podríais estar tan gordo como yo con sólo un esfuerzo de vuestra parte. Abandonad el bosque; dejad a vuestros semejantes, pues todos ellos están condenados a morirse de hambre, porque no tienen nada seguro, y sólo comen cuando logran cazar algo. Seguidme y estaréis mucho mejor que ahora.

El lobo, muy satisfecho de encontrar una solución para su problema, preguntó al perro:

—¿Y qué es lo que debo hacer para tener asegurado el alimento?

A lo cual respondió el mastín:

—Poca cosa, en realidad. Recoger la caza, guardar la casa para que no entren ladrones y complacer a vuestro amo. A cambio de esto, podréis comer buenos alimentos.

El lobo se las prometió muy felices y, contentísimo, rogó al perro que le acompañase a la aldea, para hacer cuanto fuera necesario. Mientras iban caminando por el sendero, descubrió que su compañero, el perro, tenía el cuello pelado, y, asombrado, le preguntó a qué era debido.

El mastín le respondió que no era nada de importancia, pero ante la insistencia del lobo, le contestó:

—No es nada. Probablemente me lo ha hecho el collar con que me atan.

—¿Así que estáis atado? —se asombró el lobo—. ¿Y no podéis correr por donde se os antoje?

—No siempre —contestó el perro—; pero ¿qué importa eso?

—Para mí es tan importante —dijo entonces el lobo— que en tales condiciones no quiero saber nada de vuestros succulentos manjares. Y si tengo que renunciar a mi libertad, no pagaría este precio ni por un tesoro.

Y dicho esto, el lobo dio media vuelta y se alejó corriendo; y todavía ahora corre libre por la montaña.

## EL RATÓN DE LA CIUDAD Y EL RATÓN DEL CAMPO

En cierta ocasión, un ratón que vivía en la ciudad convidó a comer a un amigo suyo que habitaba en el campo. Éste aceptó la invitación muy satisfecho y se dirigió a la casa de su compañero.

Los dos ratones se pusieron a comer sobre una alfombra de Turquía y el del campo quedó asombrado de lo bien que vivía su amigo y encantado con los ricos manjares que éste le ofreció con prodigalidad.

En verdad fue un festín magnífico en el que no faltó nada; todo salía a pedir de boca. Mas he aquí que, mientras estaban acabando de comer, se oyó ruido junto a la puerta de la sala, y el ratón de la ciudad salió precipitadamente, seguido por su compañero, abandonando el banquete.

Cuando por fin los dos se encontraron a salvo, dijo el del campo al otro ratón:

—Bien, bien, amigo. Mañana vendrás a comer a mi casa. No es que me queje de tu real festín. La verdad es que yo no como cosas tan ricas, pero nadie me interrumpe a media comida y puedo hacerlo tranquilo sin miedo de nada.

## EL LOBO Y EL CORDERO

Siempre es el más fuerte quien se lleva la razón, aunque en realidad no la tenga, y pronto vamos a verlo por lo que nos cuenta esta fábula.

Sucedió, pues, que un lobo hambriento, deseoso de conseguir alguna oveja para comer, se dirigió a un arroyo en donde se encontraba un corderito muy pacífico. El lobo, que tenía mucha hambre, se fue hacia él y le dijo con rabia:

—¿Cómo eres tan osado que te atreves a ensuciar el agua que yo he de beber? Voy a castigarte en seguida por tu temeridad.

Al oír esto el cordero repuso, muy asombrado:

—Señor, no debéis enfadaros. Daos cuenta de que estoy mucho más abajo que vos y, por tanto, es imposible que os enturbie el agua, ya que la corriente no va hacia arriba.

Pero el cruel lobo insistió:

—Claro que lo haces. Ya lo hacías el año pasado.

—¿Cómo puede ser eso —dijo el cordero—, si el año pasado aún no había nacido?

—Entonces —contestó el lobo— debió de ser un hermano tuyo.

—No es posible, porque no tengo ninguno.

—Da igual. Sería uno de tu familia; y como ya estoy harto de todos vosotros y también de vuestros perros y de vuestros pastores, he decidido vengarme.

Y sin querer atender a más razones, el lobo se arrojó sobre el cordero, y llevándose a los bosques le devoró.

## LA MUERTE Y EL DESGRACIADO

Hubo una vez un hombre que era tan infeliz, y vivía de un modo tan miserable, que no cesaba de llamar a la Muerte para que pusiese fin a sus desdichas. Cada día exclamaba:

—¡Oh Muerte, qué hermosa me pareces! Ven pronto a acabar con mi cruel fortuna.

Tanto y tanto la llamaba que al fin la Muerte, creyendo hacerle un favor, se presentó ante él, después de llamar a su puerta. El miserable, viéndola ante sí, se llenó de espanto y gritó:

—¿Qué veo? ¡Sal de aquí! Sólo tu vista me causa horror y pánico. ¡No te acerques! ¡No te acerques! ¡Márchate lejos de mí!

Y el pobre hombre se dio cuenta entonces de que no tenía que haberse quejado de su miseria, puesto que poseía el maravilloso don de seguir viviendo.

## EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

El astuto zorro quiso un día burlarse de la cigüeña, pues se encontraba muy aburrido; y, para divertirse a costa de ella, le preguntó con amabilidad si quería venir a comer con él. La cigüeña, sin sospechar nada de lo que tramaba el animal, aceptó de muy buen grado y, cuando fue la hora apropiada, se encaminó a casa del zorro, relamiéndose de antemano pensando en la comida que le esperaba.

Pero he aquí que, cuando entró, vio al zorro, que ya había preparado la mesa. Sobre el mantel había un plato con alimentos realmente apetitosos; mas en tanto que el zorro devoraba su contenido, la cigüeña, debido a su largo pico, tan sólo pudo coger algunas migajas.

Sin embargo, no dijo nada, sino que se limitó a dar al zorro las gracias por su invitación, y para corresponder le dijo si él, a su vez, quería comer con ella al día siguiente, pensando, en su interior, en el modo de vengarse de la burla del zorro. Éste, creyendo que la cigüeña obraba de buena fe, respondió:

—Iré con mucho gusto. Ya sabes que nunca hago cumplidos con mis amigos.

—Muy bien —dijo la cigüeña—. Entonces, te espero mañana a esta misma hora.

Y sin más se alejó, dejando al zorro riendo a carcajada limpia, muy contento por haberse burlado de su vecina.

Al día siguiente se presentó aquél en casa de la cigüeña a la hora acordada, sin pensar ni por un momento en que ésta pudiera burlarse de él; y así, quedó pasmado cuando vio que sobre la mesa no había más que una botella llena de un sabroso caldo que despedía un olorcillo muy grato. Pero el cuello de la vasija era tan estrecho que el zorro, por más que se

esforzó, no fue capaz de tomar ni una sola gota. Así, pues, el burlador quedó burlado y tuvo que volver a su casa en ayunas con el rabo entre las piernas y las orejas gachas, en tanto que ahora era la cigüeña la que quedaba riendo a carcajada limpia y con el estómago bien repleto.

## EL CONSEJO DE LOS RATONES

Ocurrió una vez que en un determinado lugar había un gato tan listo y rápido que no dejaba vivir tranquilos a los ratones de toda la comarca. Día y noche les perseguía sin dejarles un instante de reposo; y los pobres animales, viendo disminuir a los suyos de forma alarmante, decidieron celebrar un consejo a fin de buscar y poner en práctica una solución para librarse del odiado enemigo, o al menos para poder vivir en paz.

Así, pues, se reunieron en lugar seguro todos los ratones de los contornos y comenzaron a discutir una forma de no dejarse cazar más por el terrible gato. Después de muchas horas de opinar y proponer varias cosas, el jefe de todos pidió silencio y dijo que la mejor solución sería atar al cuello del felino un cascabel que sonase al caminar éste, de manera que siempre y en cualquier sitio en que se encontrasen fuesen advertidos de su presencia.

Los ratones, entusiasmados, aplaudieron esta resolución con muestras de gran satisfacción. Pero entonces su jefe les hizo otra pregunta:

—¿Y quién le pone el cascabel al gato?

Al oír esto los ratones se miraron unos a otros y comenzaron a dar excusas. Uno decía:

—No seré yo quien sea tan tonto.

Y otro:

—Yo no sabría hacerlo bien.

Y así cada uno de ellos, por turno, se desentendió del asunto, de manera que al cabo de un rato todos se fueron retirando a sus casas y el consejo se disolvió sin haber conseguido nada; porque es muy fácil proponer y decidir lo que se ha de hacer, pero lo difícil es ponerlo en práctica.

## EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

Cierto día el águila perseguía a un conejo que, huyendo de sus garras, se metió en el agujero donde habitaba el escarabajo, considerando que aquél sería un lugar seguro. Pero el águila no estaba dispuesta a abandonar fácilmente su presa; y así, se arrojó sobre él a pesar de su asilo.

Entonces el escarabajo se apresuró a interceder por su amigo:

—Princesa de las aves —dijo al águila—: os será muy fácil apoderaros de este pobre desgraciado, aun a pesar mío; pero, por favor, os ruego que perdonéis la vida a mi vecino, el conejo, y si decidís quitársela, matadme también a mí.

Pero el águila de Júpiter, sin hacer el más mínimo caso de las súplicas del escarabajo, le apartó, empujándole con una de sus alas y haciéndole caer en tierra. Hecho esto se apoderó del pobre conejo y levantó el vuelo hasta su nido, donde dio buena cuenta de aquél.

El escarabajo, indignado por el proceder de la Orgullosa águila, decidió hacerle pagar su malvada acción. Así, pues, se dirigió hacia la cumbre de la montaña, donde la reina de las aves tenía su nido; y aprovechando su ausencia se metió en él y, tomando los huevos que en él había dejado el águila, los arrojó por la montaña abajo, de forma que se hicieron pedazos.

Cuando el águila estuvo de regreso y vio el destrozo que habían hecho con sus huevos, se puso a gemir y a gritar en vano, y durante todo aquel año estuvo muy afligida por la pérdida de sus aguiluchos. Al año siguiente, para evitar el daño, hizo un nuevo nido en un lugar más alto y escarpado y colocó en él sus huevos, segura de que nadie lograría escalar aquella montaña. Pero el escarabajo, con toda calma, se tomó el tiempo necesario

para subir hasta la cumbre y, una vez allí, aprovechando un nuevo descuido del ave, repitió la hazaña del año anterior.

Esta vez los gritos y llantos del águila se oyeron desde todas partes; y por fin el desconsolado animal acordó dirigirse al dios Júpiter y le pidió que guardase los huevos en su regazo el próximo año.

Mas el pequeño escarabajo no pensaba olvidarse así como así de la muerte de su amigo el conejo, e inventó una nueva treta. Con tal idea, fabricó una bolita repelente de las que él sabía hacer y, con mucho cuidado, se aproximó a Júpiter sin ser visto y la dejó caer en el regazo del dios. Éste, al ver caer en sus ropas semejante inmundicia, sin pensar en nada la sacudió, y al hacerlo cayeron también los huevos y se hicieron añicos contra el suelo.

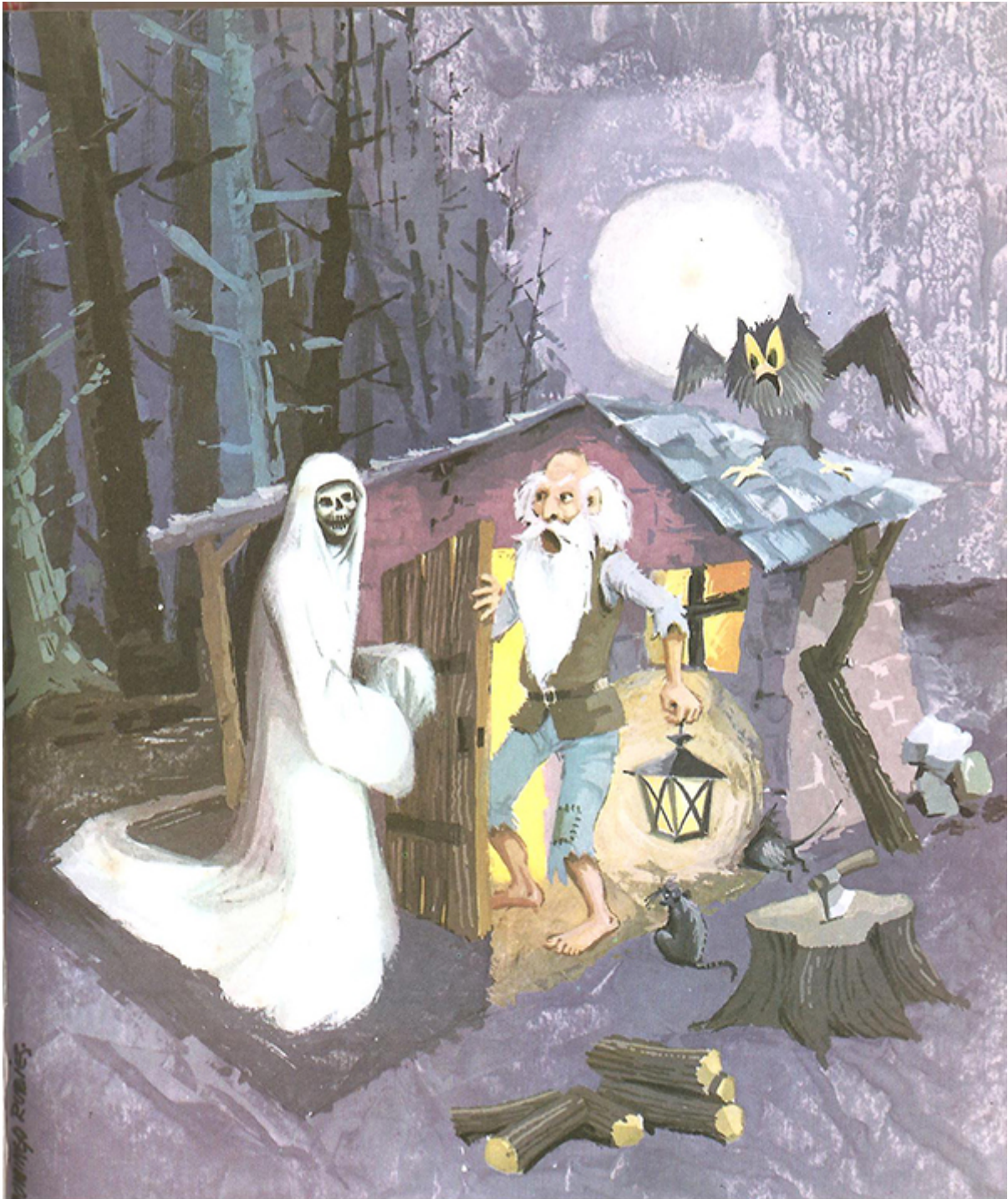
Al volver el águila y comprender lo sucedido reprendió a Júpiter con aspereza; y el dios, muy avergonzado, decidió llamar al escarabajo para que compareciera ante su tribunal y diese una explicación. Así lo hizo el pequeño animal, relatando la muerte del conejo, su vecino, y el águila reconoció haber obrado mal. A pesar de los esfuerzos de Júpiter, no hubo manera de poner paz entre los dos enemigos, hasta que, por fin, halló una solución, y fue hacer que la reina de las aves pusiera sus huevos en invierno, pues durante los meses de frío el escarabajo se oculta en tierra y no sale a la luz del día.

Y así sigue siendo hoy.

## **EL ASNO CARGADO DE ESPONJAS Y EL ASNO CARGADO DE SAL**

Una vez un campesino conducía dos asnos por el campo. Uno iba cargado de esponjas y el otro transportaba una carga de sal; y mientras que el de las esponjas marchaba a paso ligero, el otro, cuya carga era mucho más pesada, caminaba con mucha lentitud, de manera que el campesino tenía que detenerse con frecuencia a esperarlo, lo cual molestaba al asno que llevaba las esponjas.

Y sucedió que, andando por los campos y los bosques, llegaron finalmente a la ribera de un río que era forzoso atravesar. El campesino, que ya había cruzado muchas veces por allí, no vio problema alguno y montando sobre el asno de las esponjas, que era el menos fatigado, hizo entrar en el agua a ambos animales.



El asno que llevaba la sal, no pudiendo soportar más su peso, se hundía con peligro en la corriente del río, volvía a aparecer y se sumergía de nuevo; pero ocurrió que, al cabo de poco, la sal se disolvió en el agua y el animal, con las espaldas aligeradas, ganó con presteza la orilla opuesta. Al ver esto su compañero juzgó conveniente hacer lo mismo; y sin pensarlo ni poco ni mucho se hundió en el agua hasta el cuello, junto con las esponjas y el campesino. Y sucedió que, al mojarse, las esponjas aumentaron de

peso, de tal forma que el animal no podía levantarse y se hundía cada vez más.

Tan de prisa se sumergía que por más que lo intentaba no le era posible alcanzar la ribera; hasta que el campesino, viéndole en peligro de ahogarse, saltó a tierra y, ayudado por alguien que llegó en aquel momento, consiguió salvar al asno que había querido imitar a su compañero, sin tener en cuenta que no todo el mundo puede obrar de la misma manera.

## EL LEÓN Y LA RATA

No SE DEBE DESPRECIAR NUNCA A LOS QUE son más pequeños o más débiles, pues en cualquier momento pueden ser necesarios. Así ocurrió una vez en que un león estaba descansando recostado sobre sus patas, cuando, de pronto, salió de tierra, delante mismo de él, una pequeña rata que miró asustada al rey de la selva.

—¡Oh señor león! —suplicó la espantada ratita—. Os ruego que me perdonéis la vida. No sabía que estabais aquí y no tenía ninguna intención de molestaros.

El gran animal miró a la pequeña rata y, sintiéndose magnánimo, tuvo compasión de ella y no la devoró, sino que la dejó irse en paz.

Sucedió, pues, que al cabo de un rato el león se levantó y se dirigió hacia los límites del bosque; pero cuando ya salía de él tuvo la mala suerte de caer en una trampa preparada por unos cazadores y, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, se vio atrapado dentro de una gran red. El rey de los animales rugía furiosamente y se revolvía sin cesar; pero cuanto más que ría salir, tanto más se enredaba en las cuerdas de la red.

La ratita, a quien había perdonado la vida, oyó sus rugidos y acudió presurosa al lugar.

—No os preocupéis, señor león —dijo tranquila—: en un minuto os habré sacado de aquí.

El león la miró con incredulidad; pero vio que el animalito comenzaba a roer las mallas de la red y deshacía ésta con sus dientes, de forma que pronto libertó a su bienhechor.

El león le dio las gracias y se alejó satisfecho, pensando que en determinados momentos vale más actuar despacio y con paciencia que intentar utilizar la fuerza u obrar de modo furioso.

## **EL ASTROLOGO QUE CAYÓ EN UN POZO**

Cierto día un astrólogo que paseaba por un campo cayó en el fondo de un pozo. Las gentes dijeron al enterarse:

—¡Pobre hombre! Si no puedes ver lo que hay bajo tus pies, ¿cómo pretendes ver lo que está sobre tu cabeza?

## LA LIEBRE Y LAS RANAS

Una liebre, metida en su cubil, estaba muy pensativa y triste, al tiempo que muy asustada. El animalito decía para sí: «¿Es posible que no pueda comer con tranquilidad ni un solo bocado? Siempre saltando y moviéndome es imposible que algo me aproveche. Y además, este miedo que me impide hasta dormir, si no es con un ojo abierto. Una persona sensata me diría: Corrígete. Pero ¿acaso se puede corregir el miedo? Aunque en verdad yo pienso que los hombres deben de sentir el mismo temor que yo, o quizá no...».

Así razonaba nuestra liebre, en tanto que se mantenía siempre alerta. Cualquier cosa, un ruido, un soplo, una sombra, ponía nerviosa a nuestra melancólica amiga. De pronto, mientras seguía pensando, oyó un ligero rumor que la sobresaltó más aún de lo que estaba, lo que fue suficiente para que abandonara corriendo su morada y huyera a través de los campos sin detenerse ni un instante, hasta que por fin llegó al borde de un estanque donde decidió hacer un alto, pues estaba fatigada.

Y he aquí que la liebre vio con gran asombro que las ranas del estanque, sobresaltadas por su repentina aparición, se arrojaron alocadamente en las tranquilas aguas y se sumergieron buscando el amparo de sus profundas grutas.

—¡Oh! —dijo entonces la admirada liebre—. Yo causo el mismo temor que otros me causan a mí. Mi presencia aterroriza a los demás, y cuando aparezco cunde la alarma. ¿Cómo es posible que estos animales se asusten de mí? —Y añadió tras un instante de reflexión—: Está visto que no hay sobre la tierra un miedoso que no pueda encontrar otro más miedoso que él.

## LA ZORRA Y EL GALLO

Un hermoso gallo estaba un día posado en las ramas de un árbol, vigilando atento el horizonte, cuando se le acercó la zorra que merodeaba por aquellos contornos. El astuto animal llegó al pie del árbol y, procurando suavizar su áspera voz, habló al pacífico gallo en estos términos:

—Hermano, vengo a anunciarte una grata noticia, y es que a partir de hoy ya no habrá más guerra entre nosotros. Así, pues, te suplico que desciendas de tu rama para poder darte un abrazo en señal de la paz que reinará de ahora en adelante entre todos los de nuestra especie. Baja pronto, por favor, pues aún me queda por hacer un largo recorrido para avisar a todo el mundo del fin de la lucha.

Así habló la zorra; pero el gallo, que ya era viejo y no se fiaba de ella, le respondió sin perder la calma:

—Amiga mía, no puedes figurarte cuánto me alegro de conocer tan buenas nuevas. Voy a bajar en seguida a darte un abrazo, pero... espera: desde aquí veo a dos lebreles que vienen corriendo. Probablemente son también correos enviados por este mismo asunto. Van muy aprisa y en un momento llegarán junto a nosotros. Bueno, ya desciendo y podremos celebrar el acontecimiento todos juntos.

Pero la zorra, asustada al enterarse de que venían dos perros de caza, se despidió en un santiamén del gallo diciendo:

—Adiós, amigo. No puedo entretenerme, pues me queda aún un largo recorrido. Ya nos abrazaremos y alegraremos juntos en otra ocasión.

Y apenas lo hubo dicho, salió disparada, muy disgustada porque su estratagema no había tenido éxito; y dejó a nuestro gallo riendo muy a gusto a causa del miedo de la zorra y encantado de haber engañado a la que pretendía engañarle a él.

## EL CUERVO QUE QUISO IMITAR AL ÁGUILA

El cuervo de nuestro cuento estaba mirando cómo un águila de gran tamaño remontaba el vuelo, llevando entre sus garras a un cordero que había hurtado de un rebaño de las cercanías.

El cuervo, que era tal vez más débil, pero no menos glotón, decidió hacer otro tanto. Así, pues, se dirigió a un prado en el que pacían muy tranquilos irnos hermosos corderos y, desde su altura, escogió el más gordo de todos ellos y comenzó a descender disfrutando de antemano al pensar en el festín que le esperaba. Cuando llegó al lado del cordero escogido le dijo, mirándolo con fijeza:

—No sé en verdad quién fue tu nodriza, pero veo que estás muy hermoso y que presentas un magnífico aspecto. Así, pues, me servirás de comida.

Y dicho esto se echó encima del cordero, que balaba asustado. Pero el cuervo no había calculado que el animal era bastante más pesado que los quesos que él acostumbraba llevar en el pico, y que, por otra parte, tenía una lana muy espesa y enredada; de tal manera que las garras del cuervo se quedaron entremezcladas con ella y no las pudo sacar; y como tampoco podía levantar el vuelo, debido a lo mucho que pesaba el cordero, tuvo que quedarse allí, sin poder deshacerse por más que se esforzaba en conseguirlo.

Entretanto, el atemorizado cordero seguía balando lastimeramente, y a sus gemidos acudió el pastor del rebaño, el cual, al ver al cuervo, se alegró mucho y, cogiéndolo, lo metió en una jaula y al anochecer se lo llevó a sus hijos para que jugaran con él.

Y así terminó la aventura del cuervo que quiso hacer lo mismo que el águila.

## EL LOBO QUE SE DISFRAZÓ DE PASTOR

Un lobo que habitaba en un bosque, cerca de unos verdes valles, estaba preocupado porque cada día se le hacía más difícil conseguir alguna oveja para atender a su sustento; y tras pensarlo mucho, decidió que lo mejor para conseguir sus propósitos sería recurrir a la astucia. Con este pensamiento, y convencido de que daría buenos resultados, el lobo se disfrazó de pastor. Empezó por colocarse una chaqueta de piel, y tomó un bastón semejante al que usan los pastores y también el cuerno que hacen sonar y cuyo eco se escucha a través de las montañas. Para llevar el engaño hasta su límite, le hubiera gustado escribir sobre su sombrero: «Yo soy el pastor de este rebaño».

Una vez disfrazado se aproximó sin hacer ruido al prado donde pacía el rebaño. El verdadero pastor estaba durmiendo tendido en la hierba; también el perro se adormecía bajo los cálidos rayos del sol de verano, y asimismo la mayoría de las ovejas dormitaban pacíficamente y sin sospecha alguna. El hipócrita los dejó tranquilos; pero, para atraer aún más a los corderos, decidió añadir unas palabras cariñosas a su disfraz, creyéndolo necesario para conseguir que le siguieran.

Y esto fue lo que estropeó su negocio, pues le fue imposible conseguir imitar la voz del pastor; y el tono con que habló retumbó por los bosques y por el valle, despertando a todo el mundo. El pastor se levantó de un salto y también el perro; las ovejas, atemorizadas, empezaron a huir en todas direcciones, y cuando el verdadero pastor descubrió al lobo se arrojó sobre él al mismo tiempo que el perro. Como el hipócrita animal no podía correr a causa de su disfraz, le fue imposible huir ni defenderse, y murió apaleado en castigo a su falsedad.

## EL BORRACHO Y SU MUJER

UNA VEZ HABÍA UN HOMBRE QUE TENÍA el vicio de la bebida; y por más que su mujer insistía en que dejase de hacerlo, sus súplicas y ruegos eran inútiles, y el marido continuaba apegado a su botella perdiendo su salud y su dinero.

Cierto día su esposa lo encontró en un estado desastroso, pues de tanto beber había perdido el sentido; y la buena mujer pensó en darle un escarmiento para ver si conseguía que abandonase su horrible vicio. Así, pues, cogió a su marido y lo encerró en una especie de sótano oscuro y sin ninguna ventilación, cerrando la puerta tras ella.

Cuando los vapores del vino fueron desapareciendo, el pobre borracho se encontró en aquel lugar horrible y vio a su lado la guadaña de la Muerte, una mortaja y una luminaria. Sorprendido, el hombre se preguntó: «¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Acaso mi mujer es viuda?». Y como aún no estaba muy sereno, se convenció de que había muerto.

Entretanto su mujer, para seguir con la farsa, se disfrazó con unas ropas negras, se puso una horrible máscara y entró en el aposento donde estaba su marido, llevando un plato con alimentos dignos de Lucifer, con lo cual el pobre hombre ya no tuvo ninguna duda de que estaba en el mismo infierno; y, dirigiéndose a su irreconocible esposa, le preguntó:

—¿Qué clase de persona eres tú?

A lo cual respondió la fantasmal visión:

—Yo soy la carcelera del reino de Satán y vengo a traer la comida a los que han caído en la negra tumba del infierno.

Pero, contra lo que esperaba, su marido no se impresionó lo más mínimo con estas palabras y, tras de reflexionar un instante, preguntó con voz de borracho empedernido:

—¿Es que nunca les traes nada de vino?

## EL LOBO Y LA CIGÜEÑA

Según se dice, todos los lobos son muy glotones y devoran sus alimentos con una rapidez increíble. En cierta ocasión sucedió que uno de ellos comió con tal celeridad su alimento que un hueso se quedó atravesado en mitad de su garganta. El pobre lobo se desesperaba sin conseguir arrancarlo de ninguna forma y cada vez el hueso se clavaba más profundamente, de manera que el animal estaba a punto de morir, y además no podía gritar ni gemir.

Pero quiso su buena suerte que, en aquel momento, acertara a pasar por aquellos contornos una cigüeña, quien al ver al lobo echado en tierra le preguntó qué le ocurría. El lobo, como no podía hablar, señaló con su pata el hueso atravesado en su garganta; y la cigüeña, comprendiendo lo que sucedía, se acercó a él y con su largo pico extrajo con habilidad el hueso de su cuello, con lo cual el animal pudo, por fin, respirar libremente.

La cigüeña, viendo el éxito de su operación, pidió con insistencia una recompensa al lobo, pero el animal le respondió:

—¿Una recompensa? ¡Supongo que estás burlándote de mí, comadre! ¿O acaso quieres mayor recompensa que el haberte permitido sacar tu pico de mi garganta sin haberte devorado? Márchate y procura no cruzarte jamás en mi camino.

Y dicho esto, el lobo se marchó corriendo dejando sola a la asombrada cigüeña.

## EL LEÓN CAZADO POR EL HOMBRE

Cierto pintor expuso un cuadro en el que se veía un fiero león de gran tamaño caído en tierra, derribado por un solo hombre. Y he aquí que todos los que asistieron a la exposición ensalzaban la pintura y a su autor, admirados del magnífico cuadro y de su asunto.

Pero por allí pasó también un león y se detuvo contemplando el cuadro; al cabo de poco meneó la cabeza y dijo:

—Bien veo que aquí se da la victoria a los hombres, pero el pintor se engaña. La pintura sería más razonable y verdadera si mis compañeros supiesen coger los pinceles.

## LOS LOBOS Y LOS CORDEROS

LOS LOBOS Y LOS CORDEROS, QUE SIEMPRE habían sido mortales enemigos, decidieron un buen día firmar la paz entre ambos bandos, con lo cual todos se sintieron muy satisfechos; pues si bien los pastores estaban cansados de que los lobos devorasen sus ovejas, también los lobos estaban hartos de que los pastores se hicieran zamarras con sus pieles. Para asegurar más el pacto, se hizo un intercambio entre unos y otros; los lobos entregaron sus lobeznos a los pastores, y éstos, a su vez, les dieron los perros que guardaban el ganado. El intercambio fue legal y todo quedó en paz, y ambos bandos vivieron en armonía durante un tiempo.

Pero sucedió que, al cabo de unos años, los lobatos fueron creciendo y se convirtieron en lobos; y cierto día en que los pastores habían salido se sintieron hambrientos y escogieron los corderos más hermosos, los mataron y los devoraron, marchándose de nuevo a los bosques. Al mismo tiempo, habían avisado en secreto a sus compañeros, los cuales, aprovechando que los perros dormían tranquilos sin sospechar nada, los descuartizaron y se los comieron tan de prisa que los animales apenas si se dieron cuenta de ello.

Éste fue el fin del pacto entre los lobos y los corderos; y por ello se ve que es inútil intentar hacer la paz con los malos, pues ellos mismos la rompen y la traicionan. Por consiguiente, hay que estar siempre en guerra con los malvados.

## EL LEÓN VIEJO

Con el paso de los años el león, el rey de los animales y el terror de cuantos habitan en la selva, fue haciéndose viejo y perdiendo sus energías. Cargado de achaques y llorando su antigua valentía, al fin, fue atacado por los otros animales, que, habiéndose dado cuenta de su debilidad, se sintieron más fuertes que él.

Así, todos se dirigieron contra el viejo animal. El caballo se acercó y le dio una coz; el lobo un mordisco; el buey una cornada y todos por turno le golpearon. Mientras tanto, el desgraciado león lo soportaba todo sin un gemido, triste, porque su edad ni siquiera le permitía lanzar un rugido atemorizador. Esperaba su muerte sin quejarse, resignado, cuando vio venir al asno corriendo hacia él, también con intención de maltratarle. Entonces, alzando la cabeza, se lamentó:

—¡Ah!, esto ya es demasiado. Estaba resignado a morir, pero sufrir malos tratos por tu parte es como morir dos veces.

## LA MUJER AHOGADA

Cierto día una mujer que paseaba por la orilla de un profundo río se cayó en él, con tan mala suerte que nadie pasaba por allí para poder salvarla; y como la corriente de las aguas era muy impetuosa la pobre mujer pereció ahogada.

Su marido, al notar su ausencia, comenzó a intranquilizarse, y preguntando e indagando supo que se había dirigido hacia el río. Al no encontrarla, supuso que se habría ahogado y comenzó a buscar el cuerpo de su esposa, lleno de pesar, a fin de darle cristiana sepultura. Como no conseguía verla, preguntó a unas gentes que estaban paseando, ignorantes de lo sucedido, si habían observado algún cuerpo flotando en las aguas del río, explicándoles el accidente ocurrido a su esposa.

—No hemos visto nada —replicó uno de los que paseaban—; pero, sin duda, daréis con ella si seguís la dirección de la corriente del río.

Pero otro de los que allí estaban intervino, diciendo:

—No estoy de acuerdo: será mejor que la busquéis en sentido contrario, pues si era mujer, vaya la corriente hacia donde vaya, su espíritu de contradicción la habrá llevado en el sentido opuesto a ella.

## EL GATO Y EL RATÓN VIEJO

Existió una vez un gato que era el Atila de los ratones, a los que exterminaba sin piedad, de forma que éstos le temían y su solo nombre causaba el espanto en veinte leguas a la redonda. Las ratoneras y los matarratas no eran nada comparados con él, así es que los pobres ratones se pasaban el día metidos en sus madrigueras sin atreverse a sacar el hociquito por miedo al terrible cazador.

Cuando el gato, que aspiraba a dejar sin ratones a toda la comarca, se dio cuenta de esto, ideó un truco para hacerlos salir de sus escondrijos, y se puso a hacer el muerto, colgado de una pata con la cabeza abajo y de forma que los ratones pudiesen verlo. Éstos, convencidos de que el gato había sido castigado con la muerte por haber robado cualquier cosa, se sintieron muy contentos y se prometieron divertirse mucho el día de su entierro. Primero se atrevieron a sacar la nariz un poco para husmear el aire; luego la cabeza; y por fin, convencidos de que su exterminador estaba de veras muerto, abandonaron sus madrigueras para verlo mejor. Pero he aquí que, de pronto, el muerto resucitó y comenzó a cazar ratones a diestro y siniestro, diciendo entretanto:

—Nosotros sabemos más de una treta, aprendidas en esta antigua guerra. No os servirán de nada vuestras madrigueras, pues no os salvaréis por ellas, y al fin os devoraré a todos.

Poco después su predicción se cumplió, pues al cabo de pocos días nuestro gato tornó a engañar a los crédulos ratones blanqueándose todo el cuerpo y la cara con harina. Pero esta vez un viejo ratón, que había perdido su cola en una de las batallas, gritó sin salir de su escondrijo:

—Este bulto enharinado no me inspira ninguna confianza. Supongo que debajo de él se encuentra algo raro. No te sirve de nada ser harina —

añadió dirigiéndose al gato—, pues aunque fueras un saco repleto de ella, yo no saldría de aquí.

El viejo ratón era prudente y experimentado y sabía muy bien que la desconfianza es la madre de la seguridad.

## EL PASTOR Y EL MAR

Un pastor se contentaba con vivir sin ambición apacentando sus muchas ovejas en un lugar cercano al mar; y si bien no puede decirse que fuera muy rico, al menos vivía con seguridad, sabiendo que nunca le faltaría el alimento ni la casa; y así, nuestro hombre era feliz.

Pero cada día las olas depositaban sobre las arenas de la playa restos de tesoros de antiguos barcos; viendo esto el pastor se sintió tentado por la ambición, y un buen día vendió todo su ganado y con el producto del mismo compró mercancías y un barco para transportarlas. Al principio sus negocios fueron muy bien y el hombre vio aumentar su capital con gran satisfacción; pero en cierta ocasión un barco en el que se habían cargado cosas de gran valor, en las que el pastor había invertido toda su riqueza, naufragó a causa de una tormenta inesperada, y así el buen hombre perdió de una sola vez toda su fortuna.

Desolado y abatido, nuestro héroe tuvo que volver a dedicarse a su antigua ocupación, pero en forma distinta a como antes lo hiciera; pues, así como antaño poseía su propio rebaño, ahora tenía que contentarse con apacentar corderos ajenos a cambio de un pequeño salario. Mas, poco a poco, el valiente pastor fue ahorrando su dinero con gran constancia, y al cabo de cierto tiempo pudo volver a comprar nuevas ovejas y dedicarse a guardarlas como antes lo hiciera.

Y he aquí que un buen día en que apacentaba el ganado cerca de la playa, viendo que los vientos arrojaban los navíos contra las riberas del mar, dijo nuestro pastor, dirigiéndose a las inquietas aguas:

—Si queréis dinero, señoras olas, dirigios a cualquier otro, pues os aseguro que nunca más tendréis el mío.

Gracias a su aventura el pastor había comprendido que vale más un poco de dinero seguro que millones en esperanza, y que se debe cerrar los oídos a las voces de la ambición.

## LA VIEJA Y LAS DOS SIRVIENTAS

En una ciudad muy lejana vivía una anciana mujer, la cual, si bien era bastante rica, tenía un carácter insoportable. Habitaba en una gran casa llena de cachivaches antiguos; y como en ella había un exceso de trabajo, tomó dos sirvientas para que le ayudasen en sus quehaceres.

Las dos jóvenes enredaban bastante y se entretenían mucho, dejando cosas por hacer y poniéndose a charlar entre ellas en cuanto tenían un minuto libre; pero la vieja de nuestro cuento no les dejaba muchos, pues todo el día andaba detrás de ellas para recordarles sus obligaciones, ya que no tenía otra obsesión que la de distribuir a las dos muchachas las tareas cotidianas.

En cuanto apuntaban los primeros rayos del sol, un miserable gallo que había en el corral de la casa lanzaba al aire su agudo «¡Kikirikí!»; y tan pronto como lo oía la vieja saltaba a toda prisa de su lecho, y, enfundándose en una horrible bata más vieja aún que ella, encendía una lámpara, ya que apenas se veía en la oscura y lóbrega casa, y se dirigía presurosa a la habitación donde dormían las dos fatigadas jóvenes.

Al oírla llegar una abría un ojo perezosamente y la otra extendía un brazo fuera de las sábanas; la vieja les hacía levantarse y a partir de este momento no les daba ni un instante de reposo. Las pobres sirvientas, agotadas por tener que madrugar tanto, decidieron, en secreto, deshacerse del gallo causante de su desgracia; y, aprovechando un día en que su ama estaba ausente, entraron en el corral y mataron al miserable animal.

Cuando la vieja regresó y comprobó que su gallo estaba muerto, se disgustó muchísimo, como es natural; pero las dos muchachas, que habían creído que con la muerte del gallo podrían dormir, se encontraron con que la vieja, temiendo que pasase la hora, las despertaba aún más temprano.

## EL JARDINERO Y SU SEÑOR

Ocurrió una vez que un jardinero poseía un hermoso jardín al que dedicaba todos sus cuidados y atenciones, pues le gustaba mucho su trabajo, de manera que su terreno se había convertido en el más hermoso de toda la región. En él crecían las más bellas rosas, los girasoles, las margaritas y los suaves jazmines de España, junto con lirios blancos y alegres claveles.

El jardinero, pues, estaba orgulloso de su jardín y al lado del mismo tenía un pequeño huerto en que crecían coles, ensaladas, guisantes y toda clase de verduras. Era todo tan bello que alegraba la vista de cualquiera. Pero he aquí que algo turbaba la felicidad del buen hombre, y era una liebre que, sin mostrar respeto alguno por sus sudores y sus trabajos, entraba en el pequeño vergel y destrozaba el huerto y parte del jardín. El jardinero, preocupado por este asunto y sin saber qué hacer para librarse de aquel animal destructor, fue a quejarse a su señor, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—Señor, este maldito animal viene a alimentarse en mi jardín mañana y tarde, destroza todo cuanto hago y es inútil poner trampas para cazarle, pues se ríe de ellas; y tampoco sirven de nada piedras ni palos. Yo creo que es un verdadero brujo.

El señor respondió:

—¿Brujo? Yo te aseguro que aunque fuera un diablo lo cazaría. No te preocupes, que acabaremos con él.

El jardinero, muy satisfecho, preguntó a su señor:

—Y ¿cuándo será eso?

A lo cual respondió el otro:

—Mañana, sin perder más tiempo, iré con mis gentes y le atraparé.

El buen hombre se marchó muy contento. A la mañana siguiente, tal como había prometido, el señor se presentó en la casita con sus hombres, sus criados y sus perros dispuesto a dar caza al atrevido animal; pero, ante todo, era necesario saciar su apetito, y así, preguntó al jardinero:

—Vuestros pollos, ¿son tiernos?

Y como el buen hombre respondiera asintiendo se halló en la obligación de matar varios para que aquellos hombres pudieran calmar su hambre. Más tarde el señor entró en la cocina y dijo al jardinero:

—¿De cuándo son estos jamones? Tienen muy buen aspecto.

A lo cual respondió el hombre con cortesía:

—Están a vuestra disposición, señor.

—Gracias —replicó éste—; los acepto y os lo agradezco de todo corazón.

El jardinero comenzaba a pensar si no habría cometido un error al avisar al señor de lo que ocurría, cuando, de pronto, apareció la liebre y todos se lanzaron tras ella. Ya al colocar la trampa en medio del huerto habían destrozado tal cantidad de coles que habían dejado al pobre hombre sin nada que echar en el caldero durante un año; pero ahora, al correr tras del animal, el desorden fue mayúsculo, y la liebre, que se había ocultado tras una gran col, huyó por un agujero; pero, al fin, los hombres consiguieron darle caza.

En vano el pobre jardinero les rogaba que abandonasen sus correrías por el jardín. Nadie le hizo caso, hasta que, al fin, se marcharon, después de haber causado más destrozos en una hora que los que hubieran hecho en cien años todas las liebres de la provincia juntas.

Cuando nuestro pobre jardinero se vio solo y volvió sus ojos en tomo, al contemplar su maltrecho jardín, se prometió que desde entonces resolvería él solo sus asuntos y nunca más llamaría en su auxilio a los poderosos ni les dejaría pisar de nuevo sus tierras, ya que había comprobado que no ganaba nada con ello, sino que, por lo contrario, había perdido gran parte de lo que tenía.



## EL ASNO Y EL PERRITO

NO SE DEBE NUNCA FORZAR EL TALENTO propio, pues nada se logra sino caer en un gran ridículo; jamás una persona torpe y desmañada podrá ser elegante y graciosa, aun cuando sea inteligente, pues si intenta ser ocurrente y airosa puede sucederle lo que al asno de nuestro cuento.

Ocurrió, pues, que un asno, queriendo hacerse el gracioso y ser simpático a su dueño, decidió que debía hacerle una caricia, pues decía para sí:

—¿Cómo es posible? Este perrito, como es muy lindo, vive en compañía del señor y de la señora; y yo, en cambio, sólo recibo bastonazos. ¿Qué es lo que él hace? Da su patita al dueño y éste le besa y le acaricia. Si tan sólo se trata de esto, también yo puedo hacerlo.

Con este pensamiento, viendo que su amo estaba contento, el asno se acercó a él con torpeza y, levantando una de sus patas, se la acercó a la barbilla de forma muy cariñosa, al tiempo que acompañaba su acción de un largo rebuzno. Tan cariñoso fue su movimiento que su dueño creyó que le había dado una coz y, rascándose el dolorido mentón, tomó un bastón y propinó una tanda de palos al torpe animal.

Y así acaba el cuento de nuestro asno, que quiso hacer lo mismo que el gracioso perrito.

## EL MONO Y EL DELFÍN

Entre los griegos existía la antigua costumbre de llevar en sus barcos monos y perros cuando tenían que hacer un largo viaje por mar. Sucedió, pues, que un navío cargado con tales animales naufragó no lejos de Atenas, debido a una fuerte tormenta, y todos cuantos iban a bordo hubieran perecido ahogados de no haber sido por los delfines. Estos peces, según asegura el escritor Plinio, son grandes amigos de la especie humana; y así, al ver el peligro, los buenos animales se dedicaron a salvar a todos cuantos pudieron.

Y he aquí que uno de los monos quiso aprovecharse de su parecido con el hombre para ponerse a salvo. En efecto, uno de los delfines le tomó por un ser humano y le hizo montar sobre su espalda para conducirlo a un lugar seguro; pero, cuando iba a dejarlo a bordo de otro barco, preguntó por casualidad al mono:

—¿Sois tal vez de Atenas, la grande?

—En efecto —respondió el animal—: allí se me conoce muy bien; si tenéis necesidad de algo, dirigios a mí, pues mis padres tienen muy buenos cargos y un primo mío es alcalde.

Respondió el delfín:

—Bien, gracias. Y ¿el Píreo? ¿Goza también del honor de vuestra presencia? Supongo que lo veréis a menudo.

—¡Ya lo creo! —replicó el mono—. Lo veo cada día, pues es un viejo amigo mío.

El aturdido animal había confundido el nombre de un puerto con el de una persona, al igual que mucha gente que habla acerca de montones de cosas que nunca ha visto.

Pero sigamos con nuestro cuento, aunque poco queda ya por decir. Sucedió que, al oír la respuesta del mono, el delfín se echó a reír a carcajadas y, dándose cuenta de que había confundido a un animal con un hombre, volvió a echarlo al agua y se alejó para salvar a todas las personas que pudiese, sin ocuparse para nada de los monos.

## EL HOMBRE Y EL ÍDOLO DE MADERA

Sucedió que, en un antiguo país, un pagano tenía en su hogar un ídolo de madera, al cual veneraba. Se trataba de uno de esos dioses que son sordos, aunque tengan orejas; pero el buen hombre confiaba en él y le hacía las más diversas y costosas ofrendas, sacrificando en su honor bueyes coronados de guirnaldas y otras cosas no menos valiosas. Jamás ídolo alguno había recibido tantos presentes como aquél; pero, contra lo que esperaba el hombre, el dios no parecía agradecerle lo más mínimo sus atenciones, pues no le concedía ninguna gracia de cuantas le pedía; y si, por lo contrario, se producía alguna catástrofe o pérdida de bienes, nuestro pobre pagano tenía siempre su parte en las pérdidas. Sin embargo, su fe no disminuía, ni tampoco las ofrendas hechas a su ídolo de madera.

Pero, por fin, un buen día nuestro hombre se hartó de no obtener nada e, indignado, cogió un hacha y partió el ídolo en pedazos. Con gran asombro vio que esta lleno de oro, y dijo:

—¿Es posible? Mientras te hice bien, nunca me diste nada. Márchate, pues, de mi casa y busca otros altares, pues eres semejante a aquellos seres de los que nada se consigue por las buenas, y sólo a fuerza de palos puede sacarse algo de ellos. Cuanto más te daba, más vacías estaban mis manos; así, pues, he hecho bien en cambiar de sistema.

## LA RANA Y EL RATÓN

Un ratón grueso y bien nutrido, que no conocía el Adviento ni la Cuaresma, estaba cierto día reposando a la orilla de un estanque cuando, de pronto, apareció una rana y dirigiéndose a él díjole en su idioma:

—Venid a verme a mi casa: os daré un gran festín y os mostraré todas las maravillas que se encierran bajo las aguas. Seguidme y veréis las grutas submarinas y un día podréis explicar a vuestros nietos la hermosura de estos lugares, las costumbres de sus habitantes y el gobierno de los reinos acuáticos.

El ratón, tentado por las palabras de la rana, se decidió a realizar el viaje para poder contemplar de cerca tanta belleza, pero expuso una pequeña cuestión: él apenas si sabía nadar ni mucho menos bucear bajo las aguas, o sea que veía muy difícil la realización de sus deseos. Pero la rana, para quien el ratón representaba un excelente bocado, no estaba dispuesta a dejárselo perder así como así, y después de meditar durante breves segundos replicó al animal que creía haber dado con una solución para su problema. Así, le dijo que podría atarse a su pata mediante un trozo de junco, y que ella le conduciría con gran placer.

En efecto, así lo hicieron; mas apenas se vieron en el estanque la rana comenzó a tirar del ratón con objeto de sumergirlo en las profundas aguas y devorarlo. El infeliz ratón, al darse cuenta de que había caído en una trampa, comenzó a suplicarle que le dejase con vida; pero el pérfido animal se burlaba de sus súplicas y tiraba con más vigor hacia abajo, mientras el ratón resistía con todas sus fuerzas, que ya estaban a punto de agotarse.

En este momento acertó a cruzar un milano por encima del estanque en cuya superficie tenía lugar la lucha entre ambos animales; quien, al ver al

ratón forcejeando, sintió que se le abría el apetito; arrojándose sobre él, lo cogió entre sus garras, y al ratón siguieron el junco y la rana. Así el milano se encontró con una doble presa y se alegró mucho, porque así podía cenar carne y pescado.

La trampa mejor urdida puede hacer caer en ella a su propio inventor, y a menudo la perfidia recae sobre su mismo autor.

## EL CABALLO QUE QUISO VENGARSE DEL CIERVO

Mucho tiempo ha los caballos corrían libres por las selvas sin que nadie les molestase y sin que los hombres se preocupasen de ellos. Así, pues, habitaban en los bosques en compañía de mulas, asnos, ciervos y demás animales.

El caballo era muy rápido; pero, a pesar de sus esfuerzos, jamás había podido igualar al ciervo, pues el ligero animal corría siempre más que él; y así el caballo, envidioso de su agilidad, quiso vengarse de él y, no pudiendo hacerlo por sí solo, decidió ir en busca del hombre e implorar su ayuda.

Así lo hizo, en efecto, y el hombre le prometió que no descansaría hasta coger al ciervo y darle muerte; pero para ello le colocó un freno y unas riendas, y saltó sobre sus lomos, no dándole un momento de reposo hasta haber acabado con el ciervo.

Cuando el caballo vio que estaba satisfecha su venganza dio las gracias al hombre, diciéndolo que volvía a sus salvajes lugares; pero el hombre le respondió:

—No te marches; estarás mucho mejor con nosotros. Ahora hemos visto cuál es tu utilidad. Quédate y te trataremos bien.

Entonces el caballo se dio cuenta de que había obrado sin tino, pero ya era tarde; su establo estaba preparado, y con él las sillas de montar, las riendas y los frenos; y con tristeza comprendió cuán pequeño había sido el placer de su venganza, pues a cambio de ella había perdido su libertad.

## **EL BUSTO Y LA ZORRA**

En general, la mayoría de los grandes no son sino máscaras de un teatro, sólo apariencia. El asno, torpe y tonto, juzga únicamente por lo que ve; en cambio el zorro, más astuto, lo examina a fondo.

Así sucedió una vez en que una zorra pasó junto a un hermoso busto, mayor que el tamaño natural y realizado con gran perfección. El animal, pues, se detuvo junto a él y dijo, alabando el mérito de la obra y del artista:

—Bella cabeza, pero sin cerebro.

Y la zorra se alejó, pensando en la gran cantidad de personas que son tan sólo bustos, pues carecen de cerebro para pensar.

## PALABRAS DE SÓCRATES

Cierto día, el gran filósofo Sócrates se hacía construir una casa para habitarla, y todos daban su opinión respecto a ella. Uno encontraba el interior indigno de un personaje de tanta importancia; otro decía que las habitaciones eran demasiado pequeñas; y así, cada cual expresaba su disconformidad.

El buen Sócrates, oyendo todo esto, dijo:

—¡Quiera el cielo que, con toda su pequeñez, pueda estar llena de verdaderos amigos!

El filósofo tenía razón al encontrar que su casa era demasiado grande para esto; pues si bien muchos se dan el nombre de amigos, pocos son, en realidad, los merecedores de tal nombre.

## **EL CAMELLO Y LOS BASTONES FLOTANTES**

La primera persona que vio un camello huyó asustada de aquel raro animal. La segunda se atrevió a acercarse, pero no a tocarlo. Y por fin, la tercera, venciendo su miedo, y tras comprobar que se trataba de una bestia pacífica, hizo para él un ronzal y lo empleó para sus viajes. Así es cómo la costumbre nos hace familiares todos aquellos objetos que, en un principio, nos habían parecido raros.

Ocurrió que algunas gentes que paseaban por la playa vieron a lo lejos flotando sobre el agua un cierto objeto y no pudieron menos de pensar que se trataba de un poderoso navío; pero algunos minutos más tarde, al ir acercándose, creyeron que era tan sólo una barquilla; y cuando, por fin, el extraño objeto estuvo a unos metros de ellos vieron con asombro que eran tan sólo unos bastones que flotaban sobre las olas.

Así sucede con muchas personas en el mundo. De lejos parecen algo, y de cerca no son nada.

## EL LOBO, LA CABRA Y LA CABRITA

La cabra salió un buen día de su casa para ir a buscar hierba nueva y tierna y cerró la puerta tras ella, no sin antes advertir a su cabrita, que quedaba sola, diciendo:

—Guárdate, sobre todo, de abrir la puerta a nadie, a no ser que te diga estas palabras: «Fuera el lobo y los de su raza».

Pero ocurrió que en aquel momento acertaba a pasar por allí el propio lobo, quien, al ver que salía la cabra, se escondió detrás de un grueso tronco, y así pudo oír las palabras de la contraseña, las cuales retuvo en su memoria. En cuanto el lobo glotón vio cómo se alejaba la cabra, se fue a llamar a la puerta de la casa y, dulcificando el tono de su voz, le pidió que le abriera, añadiendo:

—¡Fuera el lobo y los de su raza!

El astuto animal creyó que con estas palabras le abrirían en seguida; pero la cabrita era sumamente desconfiada y, mirando por una rendija, dijo:

—Enséñame tu pata, y si es blanca te abriré.

El lobo se sorprendió al oír estas palabras, que no esperaba; y como tenía las patas negras, pues ninguno de los de su especie las tiene blancas, tuvo que marcharse con el rabo entre piernas y el estómago vacío.

Este cuento enseña que es mejor ser precavido y vale más tomar dos precauciones que una sola.

## EL ORÁCULO Y EL IMPÍO

Hubo una vez un pagano que no creía en nada; y cierto día fue a consultar al oráculo de Apolo, el dios de los griegos, con intención de engañarle y ponerle en un compromiso.

Así, pues, en cuanto hubo entrado en el santuario le preguntó:

—Lo que tengo en la mano, ¿está vivo o muerto?

Y mientras decía esto tenía oculto un gorrión y se preparaba para ahogarlo, si el oráculo decía que estaba vivo; o bien, dejarlo en libertad si respondía lo contrario, a fin de demostrar a Apolo que se había equivocado.

Pero Apolo se dio cuenta de lo que tramaba, y contestó a su pregunta de este modo:

—Vivo o muerto, muéstrame tu gorrión y no me tiendas más trampas, pues podría salirte mal tu estratagema.

El impío, avergonzado, salió del santuario sin añadir ni una palabra, y nunca más intentó engañar al oráculo.

## EL VIEJO Y SUS HIJOS

Ocurrió una vez que un viejo padre de familia, viendo que su muerte estaba ya cercana, quiso dar los últimos consejos a sus tres hijos; con esta intención los llamó a todos para que acudieran a su lado y, presentándoles un manojo de flechas atadas, les dirigió estas palabras:

—Hijos míos, quiero pedirlos un favor, y es que intentéis separar estas flechas atadas que veis aquí. Luego os explicaré el porqué de mi deseo, que tal vez pueda pareceros extraño y sin sentido.

El mayor se ofreció en seguida a hacer lo que su padre pedía y alargó la mano, cogiendo los dardos atados; pero al cabo de un rato de inútiles esfuerzos se los devolvió diciendo:

—Se las doy a uno más fuerte.

El segundo hermano tomó el manojo que se le entregaba y probó también a deshacerlo; pero, igual que el mayor, no obtuvo ningún resultado y tuvo que devolverlo a su padre.

Después le llegó el turno al pequeño, quien, a su vez, probó a romperlo sin ningún éxito; y en vista de su fracaso dio las flechas al viejo, quien, sonriendo, les dijo:

—Sois débiles, en verdad; pero ahora os demostraré de lo que es capaz mi fuerza.

Los tres hijos creyeron que se burlaba de ellos; pero el padre les demostró que era cierto cuanto decía, pues fue separando los dardos uno a uno y los rompió sin esfuerzo.

—Lo que quiero decirlos con esto —explicó entonces el anciano— es que la unión hace la fuerza. Aquí veis el efecto de la concordia. Quiero pedirlos que siempre os mantengáis unidos por vuestro amor fraternal, y de esta forma podéis estar seguros de que nadie logrará vencerlos.

Los tres hermanos comprendieron el ejemplo que su padre les había puesto, y le aseguraron que obrarían tal como él deseaba; y en tanto que duró su enfermedad el anciano no habló más acerca del asunto. Al fin, sintiéndose morir, llamó a sus hijos junto a su lecho y les dijo:

—Mis queridos hijos, voy a reunirme con mis padres, y os pido que me prometáis vivir siempre como hermanos.

Los tres se lo prometieron, muy apenados, y el viejo padre de familia murió tranquilo a las pocas horas.

Pero sucedió que a su muerte los hijos se encontraron con una considerable fortuna, si bien su distribución presentaba muchas complicaciones. Y he aquí que una serie de personas mezcladas en diversos negocios con su padre reclamaban derechos y entablaban procesos por causa del dinero. Al principio todo fue bien, pues los tres hermanos, unidos, salían vencedores de todos los asuntos que se planteaban; mas al poco tiempo los que estaban unidos por la sangre fueron separándose a causa de los intereses, y llenos de ambición y de envidia llegaron a discutir entre ellos mismos y hasta llevaron el asunto al juez, quien les condenó a pagar una serie de multas y todo lo que reclamaban los acreedores y vecinos de su padre.

Los hermanos desunidos perdieron así gran parte de la herencia; y, demasiado tarde, quisieron unir aquellas flechas separadas, de las que les había hablado su anciano y sabio padre.

## EL AVARO QUE PERDIÓ SU TESORO

Hubo una vez un hombre tan avaro que toda su pasión era reunir la mayor cantidad posible de dinero, y a fin de ahorrar más y más vivía de una manera miserable. Su comida era escasa y mala y dormía sobre un jergón de paja.

Sucedió, pues, que el miserable avaro, cuando tuvo reunida una respetable suma de dinero, comenzó a preocuparse de dónde lo enterraría para que no se lo robasen. Por fin se dirigió a un campo cercano donde cavando un hoyo en tierra depositó su tesoro; y a continuación se alejó de allí, muy satisfecho, convencido de que nadie podría encontrarlo.

Pero a partir de aquel momento el avaro no tuvo punto de reposo, pues a cada momento se preguntaba si estaría lo bastante seguro; no comía ni dormía con este pensamiento y todo el día andaba dando vueltas por el campo para convencerse de que su tesoro seguía en el lugar donde lo dejó. Tantas veces iba y venía de aquel sitio que por fin llamó la atención de un campesino, el cual, acuciado por la curiosidad, aguardó a que nuestro hombre se alejase; cavando una zanja dio con el dinero del avaro, y sin decir ni una palabra a nadie lo tomó y se marchó con él.

Y he aquí que nuestro hombre llegó al día siguiente y comprobó que su tesoro había desaparecido. El desgraciado comenzó a gemir y a desesperarse con tristes lamentos, hasta que, al fin, alguien le preguntó la causa de sus gritos.

—¡Me han robado mi tesoro! —gimió el avaro.

—¿Vuestro tesoro? —preguntó el otro—. ¿Dónde estaba?

—Enterrado aquí, junto a esta piedra.

El hombre, extrañado, preguntó de nuevo:

—Pero ¿acaso estamos en tiempo de guerra para esconderlo tan lejos? Mejor hubieseis hecho en dejarlo en vuestra casa, pues allí siempre lo teníais a mano para usarlo.

—¡Para usarlo! —replicó el viejo—. ¡Si yo no lo tocaba jamás!

A lo cual respondió el otro:

—Entonces ¿por qué os afligís tanto? Si no lo tocabais nunca, poned una piedra en su lugar, y será para vos tan valiosa como lo era el dinero.

Y dicho esto se alejó.

## EL JARRO DE TIERRA Y EL JARRO DE HIERRO

En una casa habitaban dos jarros, uno de tierra cocida y otro de hierro; este último, encontrando que su vida era monótona y que los días se sucedían sin variación alguna, sintió grandes deseos de correr mundo para ver nuevas cosas y le propuso a su compañero realizar el viaje los dos juntos, pues así podrían cambiar impresiones, lo cual sería muy agradable para ambos.

—Mil gracias —repuso cortésmente el jarro de tierra—; pero creo que será mejor que no me mueva de mi sitio junto al fuego, porque soy tan débil que cualquier tropezón o golpe, por pequeño que sea, puede ser la causa de mi destrucción. —Y añadió—: A ti, que tienes una piel tan dura, no veo que nada te impida realizar tu deseo. Así, pues, puedes marcharte sin mí, ya que sólo te serviría de estorbo.

—En modo alguno —contestó el de hierro—. No temas, pues yo te protegeré poniéndome a tu lado; y si cualquier materia dura te amenaza, me colocaré delante de ti y de un solo golpe te pondré a salvo.

Tanto insistió el jarro de hierro que, al fin, logró convencer a su compañero de que desechase sus temores y le acompañase en su viaje. De este modo, los dos amigos emprendieron el camino, marchando muy juntos, según habían decidido. Todo iba sobre ruedas, como se había previsto, cuando de pronto el jarro de hierro se vio atacado por un fuerte hipo; y en una de las sacudidas, sin que pudiese evitarlo, se dio un fuerte encontronazo con su compañero, el jarro de tierra, y éste sufrió las consecuencias del golpe, pues al contacto con el duro metal se hizo añicos, sin tiempo de decir ni una sola palabra.

Uno no debe asociarse más que con los que son iguales a él, porque de lo contrario se expone a que le suceda lo mismo que a los tarros de nuestro cuento.

## EL PECECITO Y EL PESCADOR

El pescador de nuestro cuento sabía muy bien que «más vale un toma que dos te daré»; y por eso obró de modo cuerdo en el caso que voy a contaros.

Cierto día nuestro hombre se dirigió al cercano río, adonde iba todos los días para pescar, ya que éste era su medio de ganarse la vida; pues, aparte de lo que comían él y su familia, el río era lo bastante espléndido como para proporcionarle pescado en abundancia, que más tarde vendía en el mercado.

Así, pues, el pescador, como de costumbre, lanzó su caña y aguardó armado de paciencia a que los habitantes de aquellas aguas mordieran el anzuelo. Al poco rato percibió una sacudida y, recogiendo el hilo, comprobó que al extremo del mismo había tan sólo una pequeña carpa. Aunque el pez era de reducido tamaño, nuestro pescador se dispuso a recogerlo, diciendo:

—Algo es algo. Aquí está el comienzo de un gran festín; así, pues, lo guardaré para cenar esta noche.

Al oír estas palabras el pececito intentó recuperar su libertad con vigorosos coletazos; pero viendo que nada conseguía, pues había quedado muy bien atrapado en el anzuelo, dijo al pescador:

—¿Qué vas a hacer conmigo? Todo lo más, serviré de aperitivo. Créeme; vuelve a lanzarme al agua y espera a que me convierta en una carpa grande, y entonces, con seguridad, en el mercado me podrás vender a buen precio. En cambio, necesitas reunir al menos cien peces de mi tamaño para conseguir un plato decente. En fin, puedes estar seguro de que no valgo la pena.

—¿Que no vales la pena? —replicóle el hombre—. Bien, de acuerdo; pero, a pesar de todos tus razonamientos, esta misma noche irás a la sartén

para ser frito.

Y diciendo esto, el pescador cogió a la pequeña carpa y, sacándola del anzuelo, la guardó en su zurrón.

Es cierto que el pez chico llegará a convertirse en grande, con tal que Dios le dé vida suficiente para ello; pero también es verdad que soltarlo y esperar a que crezca es obrar como un necio, ya que no se puede estar seguro de volver a pescarlo otra vez.

## LAS OREJAS DE LA LIEBRE

En cierta ocasión, un animal provisto de cuernos (no importa ahora cuál fuera su especie) hirió con uno de ellos al león, amo y señor de aquellos parajes. El rey de la selva, indignado, se dedicó entonces a suprimir a todos los animales con cuernos que hubiera en sus dominios. Así, tanto las cabras como los toros sufrieron el furor del terrible animal, y los que se salvaron, corderos, ciervos y antílopes entre otros, se apresuraron a huir en busca de lugares más seguros, donde, no los alcanzasen las iras del león.

Sucedió, pues, que en el mismo bosque habitaba una liebre, que al ver el espanto general preguntó la causa del mismo a un grillo, vecino suyo. Éste le informó de que el poderoso león estaba enfurecido con todos los animales que llevasen cuernos y andaba dándoles caza a diestro y siniestro. La liebre, oyendo esto, se asustó mucho y, al ver la sombra que sus orejas proyectaban en tierra, dijo al grillo:

—Adiós, amigo grillo. Yo también abandono este lugar, pues mis orejas son tan grandes que podrían confundirse con cuernos; y aunque las tuviera más cortas que un avestruz, tendría miedo de que las tomaran por tales.

—¿Cómo? —dijo el grillo—. ¿Confundir esto con unos cuernos? ¡Tú me tomas por tonto! Esto no son más que orejas y cualquiera puede verlo.

Mas la liebre respondió:

—Sí, sí; ya sé que son mis orejas. Pero si el león se empeña, las hará pasar por cuernos; y como el más fuerte es el que tiene razón, mis protestas y mis súplicas no servirían de nada e iría a parar a sus fauces.

Y dicho esto, el temeroso animal se alejó de aquellos peligrosos parajes.

## LA ZORRA QUE PERDIÓ SU COLA

Hubo una vez una zorra que, aunque ya era vieja, poseía una cola de las más finas, y que, a pesar de sus años, sembraba el pánico entre los conejos y era el terror de los gallineros, por lo cual las gentes no cesaban de ponerle trampas a fin de acabar con su glotonería; pero el astuto animal por un medio o por otro siempre conseguía librarse de tales asechanzas.

Ocurrió, pues, que un día en que iba de caza, mientras perseguía a un conejo, notó que algo tiraba de su cola impidiéndole moverse; cuando se volvió comprobó, con gran disgusto por su parte, que había quedado atrapada en una de las trampas dispuestas para ella. Sin embargo, nuestra zorra no se dio por vencida, y tras un rato de hábiles forcejeos logró soltarse, si bien a trueque de perder su hermosa cola, la cual quedó enganchada en el artefacto.

La zorra quedó avergonzada, pues sabido es el gran aprecio que tienen estos animales por sus colas; y considerando que no se sentiría tan humillada si alguien se encontrara en sus mismas condiciones, acudió a un consejo que celebraban las zorras pocos días después del suceso, dispuesta a poner en práctica su idea. Así, pues, cuando todas estaban ya reunidas, nuestra zorra tomó la palabra y, dirigiéndose a sus compañeras, les dijo:

—¿Qué hacemos en realidad nosotras cargadas con este inútil peso, que va barriendo el fango de todos los senderos del bosque? ¿De qué nos sirve esta cola? Creedme; hay que cortársela y desembarazarnos de semejante estorbo.

Así habló la astuta zorra; pero sus congéneres eran tan astutos como ella, por lo cual uno de ellos le replicó diciendo:

—Tu opinión es, por cierto, muy buena y digna de tenerse en cuenta; pero antes de responder queremos pedirte que, por favor, te vuelvas de

espaldas a nosotros.

A estas palabras siguió tal griterío, carcajadas y abuceos que la desgraciada zorra de nuestra historia no pudo ser oída, por más que intentó convencerles; y viendo que nada adelantaba, dio media vuelta y se alejó del consejo, pensando que había perdido el tiempo con su intento de suprimir las, colas de los zorros.

Y en efecto así fue, pues la moda continuó igual y aún sigue siendo la misma en nuestros días.



## LOS DOS MÉDICOS

En cierta ocasión el doctor Todo-vamal fue a ver a un enfermo, el cual era también visitado por otro colega del médico, que se llamaba Todo-va-bien.

Este último sostenía que el enfermo curaría muy pronto, en tanto que su compañero era de la opinión de que, a no tardar mucho, iría a reunirse con sus abuelos en el otro mundo. Aparte de esto, ambos galenos diferían en sus consejos para la cura del pobre hombre, quien, al fin, siguió los que le daba el doctor Todo-va-mal, convencido de que sanaría si le hacía caso.

Pero sucedió que, después de unos días de aparente mejora, el enfermo que estaba en manos de los dos módicos abandonó para siempre el mundo de los vivos, y sus hijos corrieron a avisar a ambos colegas de que su padre había muerto, aun utilizando los remedios que le había recetado el doctor Todo-va-mal.

Y aunque parezca extraño, los dos doctores consideraron que habían triunfado sobre aquella enfermedad. El pesimista Todo-va-mal, al recibir la noticia, dijo con voz apesadumbrada:

—Ha muerto, claro está. Ya lo tenía yo previsto.

Y el optimista Todo-va-bien aseguró al enterarse:

—Es natural. Si me hubiera hecho caso, a estas horas aún estaría vivo.

## EL MUCHACHO Y LA FORTUNA

Junto al brocal de un profundo pozo, un escolar dormía a pierna suelta, tan cómodo como si se hallase en su propia cama o como si estuviese dormitando sobre su pupitre de clase; pues ya es sabido que a esta edad cualquier cosa sirve de colchón y de almohada.

Nuestro muchacho, pues, yacía sumido en un profundo sueño, cuando acertó a pasar por aquel lugar la Fortuna; y viéndole tan tranquilo e ignorante del peligro que corría, le despertó con suavidad, diciéndole:

—Muchacho, ¿no te das cuenta de que al menor movimiento que hagas, aun estando dormido, puedes ir a parar al fondo de este pozo? Despiértate y no seas insensato, te lo ruego, pues si hubieras caído, me hubieses echado la culpa a mí, aunque no la tendría nadie más que tú.

Así habló la Fortuna con mucha razón; y dejando al atolondrado joven, se marchó pensando cuántas veces los hombres la hacían responsable de sus propios errores.

## EL LABRADOR Y SUS HIJOS

Un labrador que poseía una considerable extensión de terreno, mediante la cual se habían sostenido él y su familia durante toda su vida, sintiéndose ya viejo y viendo que se acercaba el momento de su muerte, reunió a sus hijos junto a su lecho y les dijo:

—Guardaos, sobre todo, de vender la herencia que nos dejaron nuestros padres, porque en estas tierras hay un tesoro oculto; y aunque no sé el lugar exacto donde se encuentra, es necesario que remováis a fondo el terreno de todos los campos para que consigáis hallarlo. Así, pues, desde el mes de agosto, dedicaos a labrar las tierras y profundizad bien en ellas, sin que quede el más pequeño espacio sin cavar.

En efecto, el buen labrador murió al poco tiempo, tal como presintiera; y cuando sus hijos entraron en posesión de la herencia se dedicaron afanosamente a remover y roturar los campos en busca del tesoro oculto. Tanto y tanto hurgaron y labraron que, al cabo de un año, obtuvieron una espléndida cosecha que les proporcionó abundantes bienes, si bien, por más que hicieron, no lograron hallar el tesoro escondido.

Pero a lo largo de este tiempo los hijos comprendieron el consejo de su padre, y se dieron cuenta de que la verdadera riqueza estaba en las mismas tierras fértiles de la heredad y que el auténtico tesoro era su propio trabajo.

## EL CABALLO Y EL LOBO

Cierto lobo, en la época de la primavera, cuando se han acabado los rigores del frío, salió de su cubil, como hacen todos los animales en esta estación del año, y, sintiéndose muy hambriento, decidió ir de caza para ver si encontraba algo de comer.

Después de recorrer inútilmente todo el bosque llegó por fin a un verde prado, donde vio a un hermoso caballo que parecía despreocupado. En cuanto el animal se dio cuenta de lo gordo que estaba y del buen aspecto que tenía se le hizo la boca agua y empezó a pensar en alguna treta para conseguir cazar al caballo, pues comprendía que por la fuerza le sería imposible hacerlo.

Con este pensamiento, el lobo de nuestro cuento se acercó al caballo, que seguía paciando tan tranquilo, y entablado conversación con él le dijo, como sin darle importancia, que él era un discípulo del gran Hipócrates y que conocía al dedillo las propiedades curativas de todas y cada una de las hierbas que allí crecían. Y añadió con acento persuasivo:

—Así es que, si tienes alguna enfermedad, puedes explicármela y te daré como amigo el remedio que necesites para sanar de ella; y no me digas que estás sano, pues, según la medicina, un caballo que padece suelto en un prado sin duda alguna padece algún mal de importancia.

El astuto caballo le respondió:

—En efecto, no estoy muy bien, pues tengo clavado algo bajo la pata que me produce unos dolores terribles y no me deja descansar.

—Amigo mío —dijo entonces el lobo—, has de saber que no hay ningún mal que no pueda ser remediado. Yo tengo el honor de servir a vuestras mercedes, los caballos, y hago también operaciones de cirugía.

Nuestro lobo no quería más que ganar tiempo para poder convencer al caballo de su amistad, a fin de devorarlo más tarde; y así, le pidió que le enseñara la pata para ver de qué se trataba. Pero el caballo, que no se fiaba en absoluto de aquel extraño médico, aprovechó el momento en que el lobo estaba mirando su pata para soltarle una terrible coz que le destrozó los dientes y las mandíbulas.

El pobre lobo se marchó corriendo y aullando de dolor; y a pesar de su tristeza iba diciendo:

—Cada cual a su oficio. Yo me he querido meter a herborista, cuando, en realidad, no he sido nunca otra cosa que carnicero.

## LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

ES INDUDABLE QUE LA AMBICIÓN ES MALA consejera; en muchos casos, las personas que han pretendido acumular demasiadas riquezas se ven convertidas en pobres de la noche a la mañana. Y esto es lo que le ocurrió al ambicioso de nuestra historia.

Este hombre de quien hablo poseía una sola gallina; pero se trataba realmente de una gallina extraordinaria, puesto que cada día ponía un huevo de oro; y como éste era de regular tamaño nuestro héroe obtenía con su venta bastante dinero, con el cual podía atender muy bien a su sustento y aún le sobraba una buena cantidad. Pero poco a poco la avaricia fue apoderándose de él y, deseando poseer más riquezas, empezó a pensar que en el interior del animal debía de hallarse un verdadero tesoro.

Tantas vueltas le dio a esta idea, que terminó por convencerse de que ello era cierto; y cegado por su ambición, nuestro hombre decidió matar al animal para poder conseguir todo el oro que, sin duda alguna, se encerraba en el cuerpo de la gallina. Así, pues, cogió un cuchillo y, entrando en el corral, mató y descuartizó al pobre animal.

Pero sus esperanzas resultaron vanas, pues, por más que buscó y rebuscó el oro que se había prometido hallar, dentro de ella, no le fue posible encontrar ni un gramo de dicho metal; y así el ambicioso perdió todo cuanto tenía, pues se quedó sin su gallina y sin sus huevos.

## EL CIERVO Y LA VIÑA

Un ciervo, que huía de los cazadores que le acosaban, encontró en su carrera una viña muy alta, de las que sólo crecen en determinados países; y ocultándose detrás de sus gruesas y retorcidas ramas permaneció quieto sin moverse en absoluto y en completo silencio.

Los cazadores, al no verlo ni oírlo, creyeron que los perros habían perdido su pista y desistieron de su persecución; pero cuando ya se alejaban el ciervo, juzgándose a salvo y sintiendo apetito, comenzó a mordisquear unas hojas de la misma vid que le había protegido. Tan pronto como el ingrato empezó a morder a su benefactora produjo un ligero ruido; pero, por pequeño que fuese, los perros de los cazadores lo oyeron y, volviendo atrás, no tardaron en dar con el ciervo escondido, que no pudo huir. En aquel momento llegaron también los cazadores atraídos por los fuertes ladridos de los canes; y haciéndolo salir de su escondite se arrojaron sobre él y le mataron allá mismo. Al verse derribado y moribundo, el ciervo reconoció su error y dijo:

—He merecido con justicia este castigo; espero que mi ejemplo sirva de escarmiento a todos los ingratos que ofenden a aquellos que les han brindado su ayuda y protección.

Y dichas estas palabras, el animal cayó muerto.

## LA SERPIENTE Y LA LIMA

Se cuenta que una serpiente que vivía junto a la casa de un relojero (no es que éste tuviera una vecina muy buena) entró cierto día en su tienda y, sintiéndose acuciada por el hambre, miró a su alrededor buscando algo que comer. Lo único que encontró como alimento fue una lima; pero, sin pensarlo más, se fue hacia ella y le clavó los dientes.

La lima, entonces, se dirigió al animal y le dijo sin asomo de cólera:

—¡Pobre ignorante! ¿Qué pretendes hacer? En verdad, no soy un manjar muy succulento, pues soy más dura que tú misma. ¡Ah, serpiente! Eres una alocada al hacer esto, porque antes de que te hayas comido irnos gramos de mi metal te habrás roto todos los dientes, sin conseguir hacerme daño. El único que puede perjudicarme es el Tiempo.

## EL ÁGUILA Y LA LECHUZA

Ocurrió una vez que el águila y la lechuza, cansadas de hacerse siempre la guerra, decidieron firmar la paz entre ambas, y para confirmarla se dieron un gran abrazo y se prometieron una a otra que nunca más volverían a comerse a sus respectivos pequeñuelos. Al llegar a este punto, la lechuza preguntó al águila:

—¿Conoces a los míos?

—No —respondió la reina de las aves.

A lo que dijo la triste lechuza:

—Mejor es así; pues si los conocieras yo temería por su piel. En verdad que si los conservo es por pura casualidad, porque tú, como eres rey, no miras lo que coges ni a quién se lo coges. ¡Adiós mis crías si tú las encuentras!

A esas palabras, el águila respondió con estas otras:

—Describemelas o enséñamelas, de manera que, en caso de encontrarlas, pueda reconocerlas y así no les haré ningún daño.

La lechuza dijo entonces:

—Mis pequeños son muy lindos, hermosos, bien hechos y más bellos que todos sus compañeros. No te costará reconocerlos por estos signos. Recuérdalos bien y que nunca más entre la desgracia en mi casa por culpa tuya.

El águila se lo prometió así, y ambas aves se despidieron muy satisfechas de su pacto.

Sucedió, pues, que al poco tiempo de esto la lechuza abandonó a sus pequeñuelos durante un rato para ir a buscar de comer; por casualidad el águila, que pasaba volando en aquel momento, vio en el hueco de una escarpada roca irnos pequeños monstruos repugnantes, con aire triste y

dotados de una voz desagradable. El águila, en cuanto los hubo observado de cerca, dijo para sí:

—Estos horribles bichos no son los de mi amiga; por lo tanto, puedo comérmelos con toda tranquilidad.

Y diciendo y haciendo, bajó hasta el nido y se dio un gran banquete, no dejando de ellos más que los pies.

Cuando la lechuza regresó de sus correrías y halló su nido vacío y sus crías desaparecidas, prorrumpió en gritos de dolor y fue a suplicar a los dioses que castigaran a la perversa águila por no haber cumplido su promesa, ya que consideraba que sólo ella era la causante de su desgracia; pero los dioses le respondieron diciendo:

—¿De qué te quejas? La culpa de lo sucedido no es más que tuya; no acuses a nadie más. Tú dijiste con orgullo al águila que tus crías eran hermosas y bellas, puesto que se parecían a ti. ¿Como iba a reconocerlas con tal descripción? Vete, pues, y no vuelvas a envanecerte de lo que no es cierto.

## EL LEÓN MARCHANDO A LA GUERRA

Una vez el león quiso entablar combate con sus enemigos; y siendo el rey de los animales, los reunió a todos en consejo, a fin de asignar a cada cual su trabajo en la guerra que se avecinaba. Así, el elefante se encargaría de llevar sobre sus poderosas espaldas los instrumentos necesarios para la lucha; el oso debía prepararse para los asaltos; el zorro estaría al corriente de los planes del enemigo gracias a su astucia y cuidaría de transmitírselos, y el mono serviría para distraer al enemigo en el momento preciso.

De esta manera siguió el rey de la selva adjudicando su papel a cada animal; y cuando ya estaba terminando dijo alguno de los del consejo:

—No hay que contar con los asnos, porque son demasiado pesados; ni tampoco con las liebres, que en seguida huyen atemorizadas.

Pero el león le respondió:

—Claro que pienso emplearlos. El asno nos serviría de trompeta y con sus rebuznos asustará al enemigo, y las ligeras liebres harán muy bien el oficio de correos.

Así es cómo obran los monarcas prudentes, porque saben que cada uno de sus súbditos tiene su habilidad particular y no menosprecian a ninguno de ellos, aunque tenga poca importancia, sino que utilizan sus buenas cualidades.

## EL OSO Y LOS DOS AMIGOS

Ocurrió en cierta ocasión que dos amigos se encontraron necesitados de dinero; y como ambos se dedicaban a la caza, fueron a ver a un tratante en pieles y lograron que les prestase una buena suma a cambio de la piel de un oso, que aún estaba vivo, pero al cual prometieron que darían caza en un corto espacio de tiempo.

Concluido el negocio, los dos compañeros, muy satisfechos se dirigieron, cumpliendo su palabra, a lo más profundo de la selva, donde habitaba un enorme oso que era conocido en toda la región por su gran corpulencia, calculando que, por el gran tamaño de su piel, se podrían hacer dos abrigos en vez de uno, con lo cual ganarían más dinero. Al poco rato de haberse internado en el oscuro bosque, los dos camaradas vieron venir hacia ellos al gigantesco animal y comprobaron horrorizados que era mucho mayor de lo que habían previsto. Al verlo avanzar a su encuentro sus cabellos se erizaron y, sin recordar para nada el dinero, uno de los dos huyó despavorido y se encaramó con prisa al primer árbol que halló en su camino.

Entretanto el otro, paralizado por el pánico, no movía ni un solo dedo; pero cuando vio al oso a poca distancia se le ocurrió, como mejor solución, arrojarle a tierra y fingirse muerto, pues había oído decir que dichos animales no se comen jamás a los cadáveres. En efecto, por suerte, el oso cayó en la trampa que se le tendía; se acercó a aquel cuerpo tendido en tierra y después de inclinarse hasta rozar a nuestro amigo, que contenía con cuidado la respiración, lo olió y se convenció de que se trataba de un muerto, por lo cual, lleno de supersticioso temor, dio media vuelta y se alejó de allí.

Y he aquí que el que se había subido al árbol, viendo que el oso se retiraba, descendió de él y se acercó a su amigo, que todavía estaba temblando de pánico, maravillado de que el animal no le hubiese hecho ningún daño; y cuando llegó a su lado, le dijo:

—No comprendo cómo el oso te ha dejado libre de daño. Pero dime, amigo, ¿qué es lo que te dijo cuando se acercó tanto a ti?

Entonces su compañero se levantó y, estremeciéndose todavía, le respondió:

—Me ha dicho que nunca se debe vender la piel del oso antes de haberlo cazado.

## EL LEÓN Y EL CAZADOR

Una vez había un cazador muy fanfarrón que, en una de sus correrías, perdió un perro muy bueno, al cual supuso que se habría comido un león que rondaba por aquella comarca atemorizando a las gentes.

Decidido a acabar con él, el cazador de nuestra historia se dirigió a un pastor que apacentaba su rebaño en un valle de las cercanías y le preguntó:

—Por favor, buen hombre, ¿podrías decirme dónde tiene su guarida el león que corre por estas tierras? Me ha matado un perro magnífico y estoy dispuesto a matarlo en cuanto le encuentre.

El pastor le miró, como dudando de sus palabras; pero, encogiéndose de hombros, le respondió:

—Su cubil está cerca de esa montaña. Yo vivo en paz con él, pues le pago como tributo un cordero cada mes; y de esta forma no me molesta, y puedo ir por donde me place a todo lo largo de este valle.

Pero sucedió que, mientras estaban hablando, apareció el propio león, más furioso y cruel que nunca, y se dirigió raudo hacia ellos. Entonces nuestro cazador, que tanto había fanfarroneado muy poco antes, se asustó y se puso más frío que el mármol, y echó a correr huyendo como un loco e implorando a todos los santos que le proporcionasen un lugar donde ponerse a salvo de las fauces del animal.

El pastor, que contemplaba su fuga sin inmutarse, reflexionó y dijo para sus adentros:

—Es bien verdad que el verdadero valor sólo se muestra cuando se toca el peligro con la mano. Este hombre, que lo buscaba con tanta ansia y que con tal altivez decía que acabaría con él, en cuanto lo ha visto ha echado a correr como alma que lleva el diablo.

## **LA MULA QUE SE VANAGLORIABA DE SUS ANTECESORES**

UNA MULA PROPIEDAD DE UN PRELADO ANDABA todo el tiempo presumiendo de la nobleza de su madre, una yegua que, según su hija, había realizado tantas y tantas proezas que debieran escribirse en la historia con letras de molde. Relataba los múltiples lugares donde había estado, las extrañas cosas que había visto y las hazañas extraordinarias que había hecho.

Tan orgullosa estaba la mula de su genealogía que tuvo un gran disgusto cuando, al cabo de algún tiempo, su amo la vendió a un médico, porque consideró que servir a un doctor era descender de categoría, cosa que ella no merecía por su noble cima.

Pero ocurrió que, andando los años, la mula se hizo vieja y perdió su buen aspecto, y por fin sólo sirvió para tirar de la rueda de un antiguo molino; y fue entonces cuando, llena de amargura, la mula que tanto se había enorgullecido de su madre recordó por primera vez que su padre sólo había sido un miserable asno.

## EL VIEJO Y EL ASNO

Un viejo, que cabalgaba a lomos de un asno, descubrió un verde y apacible prado, floreciente y lleno de hierba; y juzgando llegado el momento de descansar, dejó al animal en libertad para que correteara a su gusto por allí.

En cuanto se vio libre, el animal comenzó a saltar y a retozar por el prado, muy contento y feliz, y al poco rato la verde hierba había disminuido bastante. Y he aquí que, mientras gozaban de la calma del apacible lugar, aparecieron unos bandidos y el viejo, al verlos, corrió a buscar a su montura y le dijo:

—Huyamos en seguida. Vienen unos enemigos.

A lo cual respondió el asno:

—¿Por qué hemos de huir? Márchate tú y déjame a mí comer en paz. Mis enemigos no son éstos, sino tú, que eres quien me hace ir cargado en demasía y me das palos cuando estoy cansado. Te aseguro que nuestro único enemigo no es otro sino nuestro propio dueño.

## EL CIERVO QUE SE MIRABA EN EL AGUA

Cierto día un ciervo contemplaba su imagen reflejada en las tranquilas aguas de un lago; y al tiempo que se enorgullecía de su hermosa cornamenta, no podía menos de afligirse al ver sus patas, delgadas como un huso. Mirándose, pues, en el improvisado espejo nuestro ciervo decía para sí:

—¡Qué desproporción entre mis pies y mi cabeza! Mis pies no hacen honor a mis magníficas astas.

Y al pensar esto se entristecía.

Estando en esto, oyó los ladridos de un perro y las trompas de los cazadores y, sobresaltado, se apresuró a emprender la huida, internándose en el bosque; pero cuando ya llevaba recorrido un buen trecho ocurrió que sus maravillosos cuernos, de los que tan orgulloso estaba, se enredaron entre las ramas más bajas de un gran árbol, impidiéndole continuar su carrera. Y entonces el animal, sintiendo cada vez más cerca a sus perseguidores, comenzó a maldecir el adorno que ostentaba sobre su cabeza, el cual sólo le servía de estorbo, en tanto que sus huesudas patas le hubieran puesto a salvo en pocos minutos.

A menudo las gentes hacen mucho caso de lo bello y menosprecian lo útil; y en muchas ocasiones, como en el caso de nuestro ciervo, es lo hermoso lo que causa su perdición.

## LA LIEBRE Y LA TORTUGA

ES CIERTO QUE CORRER NO SIRVE DE NADA; lo que importa de veras es empezar a tiempo.

Un buen día la tortuga propuso a su vecina la liebre:

—¿Qué nos apostamos a que tú no eres capaz de llegar antes que yo a tocar el tronco de aquel árbol?

Y al decir esto señalaba una encina situada a unos doscientos metros del lugar donde ambas se hallaban.

—¿Apostar? —dijo la liebre mirándola asombrada—. Pero ¿te has vuelto loca? Antes de que tú hayas dado dos pasos, yo tengo tiempo de ir y volver.

—Loca o cuerda —insistió la tortuga—, mantengo la apuesta.

Entonces respondió la liebre:

—De acuerdo, pues. Hagámoslo como quieras.

Y así se hizo. Un juez puso junto al tronco que servía de meta los objetos que ambas habían apostado (no importa saber cuáles eran), y muchos animales contemplaron la extraña carrera, convencidos de que la victoria sería de la liebre, pues ésta no tenía que dar más que cuatro pasos de los que acostumbra dar cuando huye de los perros de los cazadores, a los que deja jadeando y con la lengua fuera.

Así, pues, como tenía tiempo para comer, para dormir e incluso para escuchar de dónde venía el viento, permitió que la tortuga partiese con su lento caminar. Ésta no se hizo repetir la orden y comenzó a andar con su calma habitual, dudando sin embargo de su propia victoria; pero la liebre, que tenía en poco la apuesta, consideró como un asunto de honor el salir algo más tarde y se puso a mordisquear la hierba y a reposar hasta que vio que su compañera alcanzaba casi la meta de la carrera. En aquel momento

la liebre partió comodona flecha; pero todos sus esfuerzos resultaron vanos, pues la tortuga, estirando su largo cuello, tocó el tronco de la encina unos segundos antes que ella, ganando así la apuesta.

Volvióse entonces hacia la liebre, que la miraba atónita, y le dijo:

—¡Bueno! ¿Tenía yo razón o no? ¿De qué te sirve tu velocidad? Soy yo quien ha vencido, y eso que llevo la casa a cuestas.

## EL SOL Y LAS RANAS

EN LA ANTIGUA GRECIA SE CELEBRABAN cierto día las bodas de un tirano y la gente del pueblo se regocijaba con alegres fiestas, cantando y bebiendo sin preocupaciones. Cuando vio esto el sabio Esopo, que se encontraba entre ellos, opinó que todas aquellas gentes habían perdido el juicio; y como alguien le preguntase el porqué de sus palabras, le contestó con la siguiente fábula:

En cierta ocasión quiso el Sol contraer matrimonio y en seguida cundió la noticia por todas partes. Cuando ésta llegó al pueblo de las ranas, su indignación no reconoció límites y fueron a quejarse a la Suerte, diciendo:

—¿Qué haremos cuando tenga hijos? Un único Sol apenas si se puede soportar; con media docena como él el mar quedará seco y también los lagos y los estanques, así como todos sus habitantes. ¿Qué será entonces de nosotros? Nuestra raza quedará destruida por entero.

Y Esopo concluyó su cuento con estas palabras:

—En mi opinión, las pobres ranas razonaban mejor que todas estas gentes.

## EL CAMPESINO Y LA SERPIENTE

Un día de invierno un caritativo campesino estaba paseando a lo largo de sus propiedades cuando, de pronto, vio extendida sobre la nieve una serpiente, medio helada e inmóvil. El hombre, al principio, creyó que estaba muerta; pero al aproximarse comprobó que aún vivía, si bien, a su juicio, no tardaría más de un cuarto de hora en morir si se la dejaba en aquel lugar.

Ya hemos dicho que el campesino en cuestión era muy caritativo; y así, se compadeció del pobre animal y, cogiéndolo en sus manos, lo llevó hasta su casa y lo colocó al lado del fuego a fin de intentar reanimarlo, sin tener en cuenta el posible resultado de su buena acción. La serpiente, pues, extendida en tierra, junto a las llamas del hogar, empezó a entrar en calor y a reaccionar, y al poco rato pudo moverse y deslizarse por el suelo de casa.

Pero he aquí que en cuanto el ingrato animal volvió en sí levantó su chata cabeza y posó una mirada colérica en los que se encontraban a su alrededor. Entonces se irguió y, silbando, intentó arrojarse sobre su salvador y bienhechor; pero el campesino, al verla, se puso en pie de un salto y le gritó:

—¡Ah ingrata! ¿Así pagas el favor que te he hecho? Entonces morirás.

Y diciendo y haciendo, agarró a la serpiente por el cuello y con dos golpes la dividió en tres partes, las cuales se movían igual que si quisieran volver a reunirse.

La caridad es una gran virtud, pero los ingratos no pueden jamás llegar a apreciarla y comprenderla.

## EL LEÓN ENFERMO Y EL ZORRO

En una espesa selva habitaba un león que, un buen día, cayó enfermo y fue a refugiarse a su guarida. Al poco tiempo el rey de los animales envió una serie de embajadas a los demás habitantes del bosque, rogando que le enviaran un representante de cada especie a visitarle, pues deseaba conversar con ellos, asegurándoles al mismo tiempo que les garantizaba un pasaporte con el que quedarían libres de sus dientes y de sus garras.

El edicto del león se puso en ejecución y cada especie de animales envió su diputado a la corte del rey; pero cuando llegó el turno a los zorros, éstos se pusieron a rondar por las cercanías de la guarida del león, y al poco rato uno de ellos dijo:

—Las huellas marcadas sobre el polvo de todos cuantos han ido a visitar al real enfermo se dirigen todas, sin excepción, hacia su morada; no hay una sola marca que indique la dirección contraria, y esto nos produce cierta desconfianza. Así, pues —gritó—, señor león, podéis guardaros vuestros pasaportes. No es que dudemos de ellos en absoluto; pero la verdad es que vemos muy bien cómo se entra en este antro, pero no podemos ver de qué manera se sale.

## EL CABALLO Y EL ASNO

Por un camino que conducía a una ciudad iba a paso cansino un asno al que acompañaba un caballo muy poco galante. Éste, ricamente enjaezado, no llevaba sino sus propios adornos, en tanto que el otro iba tan cargado que a menudo caía bajo el peso de sus fardos.

Al cabo de un buen rato, el pobre asno se dirigió amablemente al caballo para pedirle que le socorriese, pues de lo contrario creía que no llegaría vivo a la ciudad, ya que moriría debido al gran peso que transportaba, y añadió:

—Lo que os pido no es nada extraordinario, pues la mitad de mi carga no será más que un juego para vos.

Pero el caballo se enfureció ante lo que consideró un gran atrevimiento, y con orgullo le respondió que él no estaba acostumbrado a ser una simple bestia de carga. El pobre asno guardó silencio y siguió su camino; pero, tal como había previsto, a los pocos pasos cayó en tierra aplastado por el pesado fardo y murió.

Entonces su camarada tuvo ocasión de comprobar el error que había cometido al no atender la súplica de su vecino; pues no sólo tuvo que cargar con la mercancía que antes transportaba el asno, sino que además tuvo que llevar a cuestras su propia piel.

## **EL PERRO QUE DEJÓ SU PERRO POR SU SOMBRA**

Esopo cuenta una historia de un perro, el cual había logrado cazar a su presa y la llevaba en la boca, cuando pasó por el lado de un claro río. El can se detuvo un instante y, al contemplar la imagen reflejada en el agua, soltó su presa, creyendo así alcanzar otra, y se arrojó al río en pos de ella tratando de alcanzarla.

Pero la corriente de las aguas le arrastró hacia abajo con tanta fuerza que nuestro desdichado perro creyó que nunca podría salir con vida de allí. Por fin, después de muchos esfuerzos, logró alcanzar la orilla opuesta, agotado por su lucha con las agitadas aguas, y el pobre animal se encontró sin la pieza que llevaba y sin su sombra.

Hay tantos locos en este mundo que corren tras de una sombra, que — según dice Esopo— en muchas ocasiones es difícil saber el número de ellos.

## EL CHARLATÁN

En el mundo siempre ha habido charlatanes, pero hubo una época en la que eran tan numerosos que tenían que rivalizar en ingenio si querían tener una buena clientela de oyentes. Así, si uno decía un disparate, el otro procuraba decirlo mayor a fin de atraer el mayor público posible.

Pues bien, sucedió que uno de estos maestros de rara ciencia se vanagloriaba tanto de su talento para enseñar que afirmaba que podía convertir en un gran orador a un campesino, a un rústico o a cualquier hombre por torpe y lerdo que éste fuese; y llegó a tanto su osadía que al fin dijo que, con un plazo de tiempo suficiente, sería capaz de enseñar a hablar a un asno.

La gente, al principio no le creyó, pero tantas veces repitió su afirmación, y con tal seguridad, que por fin llegó el asunto a oídos del propio príncipe, quien, sintiendo picada su curiosidad, mandó llamar al charlatán y cuando le tuvo en su presencia le dijo:

—Tengo en mis establos a un hermoso rocín de Arcadia. He sabido de tu habilidad y quisiera hacer de él un buen orador.

El charlatán le contestó:

—Sin duda. Vuestra Majestad puede conseguirlo.

El príncipe, pensando ponerle en ridículo, le dijo entonces:

—Bien. Te concedo un plazo de diez años, al cabo de los cuales morirás en la horca si el jumento no ha aprendido a hablar a pesar de todas tus lecciones.

Contra lo que todo el mundo esperaba, el charlatán se mostró de acuerdo con las condiciones, y así se convino que se instalaría en palacio y se le entregaría una respetable suma de dinero para sus gastos y otra en concepto de honorarios por su trabajo.

Pero cuando ya se retiraba nuestro hombre, un incrédulo cortesano se acercó a él y le dijo en voz baja:

—Espero que dentro de diez años os verá ejecutar en medio de la plaza, llevando vuestro libro de Retórica en la espalda y con unas orejas de asno sobre la cabeza. Me gustará verlo, así como también oír el discurso que supongo que pronunciaréis en tan importante ocasión.

Mas el charlatán sonrió y, moviendo la cabeza en sentido negativo, le respondió:

—Querido amigo: tengo por delante diez años de plazo. En todo este tiempo ¿creéis que el asno, el príncipe o yo mismo no habremos muerto?

El charlatán de la historia tenía razón. Es una locura contar con diez años de vida, pues, a lo largo de ellos, entre tres seres, uno tendrá que rendir su tributo a la muerte.

## LOS ANIMALES ENFERMOS DE LA PESTE

Hoy en día la peste es una enfermedad poco menos que desconocida; pero hubo un tiempo en que estaba muy extendida sobre la Tierra, y era tan terrible que se consideraba como un castigo del Cielo por los pecados cometidos por la Humanidad.

En este lejano tiempo de que hablo, sucedió que todos los animales que habitaban en una extensa comarca se vieron atacados por una cruel epidemia del fatídico mal, que es capaz de matar en un solo día gran número de personas. Ahora bien, sea porque la epidemia estaba ya en decadencia cuando llegó hasta ellos, o bien porque eran más fuertes y resistentes que los mismos hombres, los animales no morían a causa de dicha enfermedad, sino que tan sólo se debilitaban y perdían sus fuerzas y sus ánimos.

De esta forma se hizo realidad una cosa increíble, y fue que cada uno de los animales, ocupado en cuidar de sí mismo, se olvidaba de sus ataques y de sus guerras. Nada era capaz de excitar su codicia; los lobos vivían en paz con los zorros sin buscar con ansiedad, como antes hacían, una inocente presa a quien devorar, y todos los salvajes habitantes de la selva vivían tranquilos, si bien muy preocupados y entristecidos al sentir cómo se acababan lentamente sus días.

Así estaban las cosas cuando el león, rey de todos los animales, decidió reunir un consejo para ver de solucionar y poner remedio al mal que afligía a sus súbditos. Fueron éstos convocados y, en verdad, nadie faltó a la reunión; allí podía verse a los monos, serpientes, leopardos, tigres y osos junto con las tórtolas, lechuzas, águilas y lobos, aparte de otros muchos, que esperaban oír las palabras de su príncipe, todos con caras

tristes y melancólicas, debido a la terrible enfermedad que había hecho presa en ellos.

Por último apareció el león en medio del consejo y, dirigiéndose a ellos, les dijo estas palabras:

—Mis queridos súbditos: ya veis y sabéis de sobra la triste situación en que nos encontramos; por lo tanto, no es necesario que os lo explique. Sólo os he reunido aquí para poner, si es posible, fin a nuestra desgracia, ya que he estado meditando acerca de ella y creo haber dado con una solución. Sé muy bien que, a lo largo de la Historia, se han dado muchos casos en que ha debido sacrificarse uno sólo por el bien de toda la comunidad; y considerando esta enfermedad como un castigo del Cielo, creo que uno de nosotros debiera ofrecerse a sí mismo como víctima a fin de aplacar la ira divina, y tal vez así, obtengamos nuestra curación. Propongo, pues, que cada uno de nosotros examine el estado de su conciencia y se confiese a todos los demás; y aquel a quien se crea más culpable por unanimidad, será sacrificado por el bien común.

El pueblo de los animales, que había escuchado boquiabierto las palabras de su sabio rey, prorrumpió en aclamaciones y se mostró de acuerdo en seguir los consejos que éste proponía para su salvación.

—Quiero —continuó el león cuando reinó de nuevo el silencio— ser yo el primero en confesar mis culpas, para dar ejemplo a todos. Así, pues, me acuso de que, sólo por satisfacer mi golosina y no por verdadero apetito, he devorado en muchas ocasiones gran número de corderos, e incluso, a veces, algún pastor. Me sacrificaré gustosamente, si es necesario; pero creo conveniente que se escuche a los restantes miembros de esta asamblea para decidir con la mayor justicia posible.

A estas palabras contestó el zorro diciendo:

—En verdad, señor, considero que Vuestra Majestad es un rey demasiado bondadoso. No creo que pueda ser tenida como una gran falta el haber devorado algunos corderos, pues al fin y al cabo se trata de bestias de la más baja especie; y en cuanto a lo del pastor, se lo tiene bien merecido, por creerse con derechos de dominio sobre los animales, al igual que muchos otros hombres.

Así habló el zorro; y todos los demás se declararon de acuerdo con lo dicho por él, sin considerar la cuestión como una ofensa imperdonable.

A continuación el tigre, el oso y otros animales temibles y poderosos expusieron sus culpas ante el consejo, y también fueron absueltos por los

restantes miembros, temerosos de su gran fuerza. Más tarde hablaron el mono, la tortuga, el mastín y otros de menor categoría, los cuales, si se daba crédito a sus palabras, eran unos auténticos santitos que en su vida habían matado una mosca.

Pero he aquí que le llegó el turno al asno, y el cándido animal relató su mayor falta, diciendo:

—La peor acción que recuerdo es la que cometí un día en que pasé por un verde y florido prado. Tenía mucha hambre y la hierba era jugosa y tierna, apetitosa de veras. Así, pues, creo que, tentado por un diablo, no pude evitar la tentación de robar un poco del atractivo manjar y me comí una extensión de hierba tan larga como mi lengua. En verdad, no tenía ningún derecho a hacerlo, si he de hablar con sinceridad, pues el prado no nos pertenecía.

Apenas el pobre asno hubo dicho la última palabra se elevaron voces de protesta, y al poco rato los aullidos de las bestias indignadas llenaban el bosque armando un espantoso tumulto. El lobo hizo un gran discurso, convenciendo a todos de que este maldito animal era el causante de todos sus males, por atreverse a comer la hierba perteneciente a otros, lo cual representaba una osadía sin límites y un crimen abominable; añadiendo que, por tal motivo, él y nadie más que él debía ser sacrificado.

Ante tal acusación, la asamblea en pleno se mostró dispuesta a condenar a muerte al asno por su detestable acción; y de nada sirvieron las quejas y súplicas del pobre animal, que afirmaba haber oído en las últimas horas pecados de mucha más importancia que su pequeña falta. La pena fue decretada y puesta en ejecución por los salvajes verdugos de la selva.

Los juicios de la gente varían mucho, según que uno sea poderoso o miserable.

## LA GARZA

Un día de los más cálidos del mes de agosto, la garza de largas patas caminaba por el campo sin rumbo fijo y sin apresurarse, pues el calor la agobiaba y no deseaba cansarse. Al cabo de un buen espacio de tiempo, el ave de largo pico llegó a la orilla de un río de transparentes aguas y se detuvo, contemplando las mil evoluciones de una carpa que daba vueltas y más vueltas sin experimentar, al parecer, el más mínimo cansancio.

Estaba el pez tan cerca de la orilla que nuestra garza hubiese podido atraparlo con un simple movimiento de cabeza y engullir, de esta forma, un excelente desayuno; pero el ave, que no estaba tan fresca como la carpa en su líquido país y a quien los hirientes rayos del sol hacían sudar de lo lindo, decidió esperar un ratito, para ver si sentía más apetito que en aquel momento; y, alejándose un poco de allí, se puso a descansar.

Ocurrió, pues, que, transcurridas algunas horas, el animal sintió hambre y se acercó de nuevo a la orilla del río para pescar a la carpa y satisfacer su necesidad de comida; pero cuando se acercó comprobó que no había ni rastro del pez y, en su lugar, se deslizaban unos minúsculos pececillos que subían desde el lecho del río. El ave los miró con desprecio y, encogiéndose de hombros, dijo:

—¡Bah! Son tan pequeños que ni aunque me comiera diez como ellos me enteraría del sabor que tienen. Esperaré a que aparezca algo mejor.

Y la desdeñosa garza empezó a pasear por la ribera aguardando mejor bocado, y unos metros más abajo se presentó a sus ojos un gobio algo mayor; pero el ave, con orgullo, dijo para sus adentros:

—¡Un gobio! No es, en verdad digno de formar parte de la comida de una garza. No pienso molestarme en abrir el pico para devorar tan poca cosa. ¡Dios no lo quiera!

Y así transcurrió la tarde. Las sombras empezaron a cubrir las aguas del río y todos los peces, grandes o chicos, fueron desapareciendo de la superficie, para retirarse a descansar a sus moradas bajo las aguas, sin que nuestra vanidosa garza hubiese hallado uno sólo apto para ser ingerido por ella sin rebajarse. Al fin la ambiciosa ave sintió verdadera hambre; pero al ver que la noche hacía imposible la pesca en el río, tuvo que abandonar el lugar con el estómago vacío. Y encontrando en su camino de regreso un pequeño caracol, lo devoró con ansia; mas, como es de suponer, su apetito no logró satisfacerse con el animalito, de manera que, por su soberbia, se vio privada de su cena.

No hay que ser demasiado exigente, pues, a menudo, sucede que los más ambiciosos son los que han de conformarse con menos, tal como le ocurrió a la garza de nuestra historia.

## LA CORTE DEL LEÓN

Una vez hubo un león que reinaba sobre un extenso territorio. Tan grandes eran sus dominios, que él mismo no conocía con certeza su situación ni el número de sus vasallos; y sintiéndose aguijoneado por la curiosidad, Su Majestad encargó a sus correos que transmitiesen a sus súbditos una circular, escrita por él mismo y garantizada por su sello, en la que se decía que, durante el plazo de un mes, abriría su corte a todos los animales y comenzaría dando un gran festín, al que quedaban invitados todos los diputados de los animales, cualquiera que fuese su especie.

De esta manera el rey de la selva daba pruebas de su gran poder con este magnífico gesto; y, al mismo tiempo, conocía a sus súbditos, invitándolos a su palacio. De este modo, al poco tiempo de la invitación empezaron a llegar los primeros representantes del pueblo de los animales, los cuales suponían que su rey debía de habitar en una espaciosa y fantástica mansión, y se dirigían a ella muy satisfechos por el honor que se les hacía.

Cuál no sería, pues, su asombro al encontrarse ante la guarida del león; una caverna oscura, angosta y muy baja de techo que, por añadidura, despedía un olor tan desagradable que era capaz de ofender a los olfatos más insensibles. El primero que expresó su desagrado por aquella cueva maloliente fue el oso, quien tan pronto como penetró en el oscuro recinto se llevó una pata a la nariz para tapársela, pues le era imposible soportar el hedor a carne podrida que allí se respiraba.

El pobre oso tuvo mala suerte, porque su mueca disgustó tanto a Su Majestad el león que, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, acabó con su grosero súbdito que tan mal se había comportado en su presencia.

Al ver esto el mono, presa de temor, decidió halagar la vanidad del monarca; y después de alabar su cólera y ensalzar su justo enojo, dijo que el palacio era magnífico y que el aroma que allí se respiraba era tan agradable que no podía ser comparado sino con el del ámbar o el de las rosas. Pero tampoco el mono estuvo muy acertado con su estúpida adulación, pues tanto exageró sus alabanzas que el león comprendió que se burlaba e, indignado, le envió a hacer compañía al oso con un solo golpe de sus afiladas garras.

Irritado en gran manera con sus vasallos, el rey de la selva lanzó una colérica mirada a su alrededor y fue a detenerse sobre el zorro, que se hallaba próximo a él; y clavando en él sus furiosos ojos, le dijo con aspereza:

—Bien. Y tú ¿también hueles mal en mi morada?

Pero el astuto animal, que no estaba dispuesto a servir de tercer plato a Su golosa Majestad, después de hacer una profunda reverencia, contestó con suavidad:

—Os ruego, señor, que me perdonéis; pero anoche, yendo de caza, pillé un fuerte resfriado, y tengo la nariz tan tapada que me es imposible percibir ningún olor, sea bueno o malo.

De esta manera, el zorro se puso a salvo de las iras del león gracias a su astucia y a su habilidad en contestar.

## LOS BUITRES Y LAS PALOMAS

Se cuenta que, una vez, la muerte de un perro sembró la discordia entre uno de los pueblos voladores; pero no entre las avecillas que trinan con dulzura al llegar la primavera para anunciar a la Tierra la llegada de la estación florida, sino entre la cruel raza de los buitres, de picos retorcidos y de afiladas garras. Los buitres, pues, disputándose la posesión de su presa, se dividieron en dos bandos, y entre ellos tuvo lugar una de las guerras más sangrientas que se recuerdan. No vamos a entrar en detalles sobre cuál de ambos bandos tenía la razón, ni tampoco a explicar los pormenores de tal o cual batalla. Baste con decir que se produjo una horrible carnicería que diezmó las filas de las rapaces aves, pues muchos de sus jefes perecieron y muchos de sus héroes encontraron la muerte. Los muertos aumentaban de día en día, no sólo en la lucha cuerpo a cuerpo, sino también en trampas y en emboscadas, y la sangre de los buitres corría en largos ríos.

Tal era el encono con que luchaban y tanta la furia que ponían en sus ataques que, por fin, excitaron la compasión en los espíritus de otro de los pueblos de las aves. Las dulces palomas de corazón tierno se apiadaron de aquellos que caían uno tras otro en una pelea absurda y sin sentido; y siendo como eran partidarias de la paz decidieron intervenir para tratar de establecer al menos una tregua entre ambos partidos.

A fin de lograr sus propósitos, las inocentes palomas enviaron delegados al pueblo de los buitres pidiéndoles que pusieran fin a sus querellas y llegaron a un acuerdo satisfactorio para todos. Y tan bien supieron hacerlo que al poco tiempo acabaron aquellas sangrientas luchas; se firmó una tregua y se estableció la paz. De nuevo los buitres se encontraron unidos, pero su unión tuvo tan sólo la finalidad de perseguir y

dar muerte al pueblo de las palomas, que vieron disminuir su raza de manera alarmante, en pago a sus buenos deseos y nobles intenciones. Las cándidas aves habían sido muy imprudentes al ayudar a reunir a un pueblo tan salvaje.

Es mejor que los malvados estén siempre divididos, pues sólo de esto depende la seguridad de las demás gentes.

## EL COCHE Y LA MOSCA

Por un estrecho y polvoriento camino avanzaba un coche muy cargado, pues no sólo transportaba pasajeros, sino también mercancías en cantidad abundante. El calor del sol del mediodía se hacía más y más insoportable, y los seis caballos que tiraban de él retardaban el paso debido al cansancio que experimentaban.

Al doblar un recodo apareció ante los ojos del cochero una empinada cuesta; y el hombre, juzgando que los animales no podrían coronar la cima con toda la carga, rogó a los pasajeros que se apeasen hasta llegar al final de la subida.

Así, pues, una mujer, un monje y dos viejos, que eran los que componían el pasaje, descendieron del coche y comenzaron a caminar despacio bajo el ardiente sol del estío. Los caballos, resoplando con fuerza debido al cansancio, tiraban del coche redoblando sus esfuerzos, cuando he aquí que se acercó zumbando una mosca, la cual, viendo la calma con que subían los agotados animales, se dispuso a darles ánimos con su monótona voz. Al comprobar que no obtenía con ello grandes resultados, se posó sobre uno de los caballos y le picó. Éste se la sacudió con presteza, pero ella no se desanimó y se fue a molestar a uno de sus compañeros de fatigas, creyendo que de este modo lograría acelerar el paso del carruaje. No contento con esto, el inquieto insecto se posaba a cada instante sobre las riendas, o sobre la nariz del cochero, yendo y viniendo con toda rapidez como si tuviera mucho trabajo para conseguir hacer andar a los caballos y al coche.

Por fin, cuando vio que el carruaje había logrado alcanzar la cumbre, respiró satisfecha, convencida de que todo se había hecho gracias a sus movimientos incesantes, pues había estado tan atareada como un sargento

que, en plena batalla, fuera de puesto en puesto para animar a sus hombres. La absurda mosca se quejaba, por añadidura, de que nadie la había ayudado y ella sola era la única que se había esforzado. Y decía para sus adentros:

—¡Qué trabajo! Los demás se ocupaban cada cual de sus cosas sin prestarme la más mínima colaboración; el monje iba rezando su breviario, ¡bien empleaba su tiempo!, y una mujer cantaba una cancioncilla, ¡en verdad que el momento era apropiado para cánticos! En fin, ahora ya podemos respirar tranquilos. He trabajado tanto que, por último, han alcanzado la llanura. Los señores caballos tendrán que recompensarme por mi esfuerzo.

Así hablaba el presumido insecto; y, en verdad, así hablan muchas personas que, fingiéndose muy atareadas, van de aquí para allá sin hacer nada útil, pero diciendo que son muy necesarias, cuando en realidad sólo sirven de estorbo para los asuntos de las gentes de verdad trabajadoras.

## LA LECHERA Y EL JARRO DE LECHE

El estrecho sendero que conducía hacia el pueblo cercano era bien conocido de la lechera de nuestro cuento; por eso, no se preocupaba para nada de mirar al suelo, a pesar de llevar sobre su cabeza un gran jarro repleto de leche recién ordeñada. Por añadidura, la muchacha llevaba una falda muy amplia, y para tener más libertad de movimientos se había calzado unas sandalias planas, de manera que andaba a buen paso, sorteando sin dificultad las piedras y las matas del camino.

Y he aquí que, mientras se dirigía al mercado, nuestra lechera iba pensando y haciendo alegres planes para el futuro de esta manera:

«Con el dinero que obtenga de la venta de esta leche podré comprar, al menos, un centenar de huevos que, después de incubados con cuidado, me proporcionarán gran número de pollitos. En realidad, no será muy difícil criarlos con las sobras de casa; y por muy astuta que sea la zorra devorándome unos cuantos, siempre me dejará los suficientes para cambiarlos por un cerdo bastante gordo. El cerdo no necesita cuidados excesivos, de manera que en poco tiempo alcanzará un respetable tamaño, y ya se sabe lo bien que se pagan estos animales si están bien cebados y tienen buen aspecto. Y cuando lo haya vendido, tendré lo suficiente para poder comprar una vaca y un ternero y ponerlos en nuestro establo; y cuando vayan junto al rebaño, los veré saltar y retozar en tomo a las ovejas, y...».

Pero sucedió entonces que nuestra buena lechera, con la imaginación puesta en los alegres saltos del ternerillo, se olvidó del jarro que transportaba sobre su cabeza y comenzó a brincar ella también, con tan mala suerte que el cántaro resbaló y cayó al suelo y la leche se desparramó sobre la tierra del camino, y no pudo recoger ni una sola gota.

La pobre lechera quedó consternada y, dando media vuelta, comenzó a caminar poco a poco de regreso a su casa, abandonando con mucha tristeza todos sus bienes. ¡Adiós ternero, vaca, cerdito, pollos, huevos y leche! Sólo habían existido en su imaginación; y por tener la cabeza en las nubes, la muchacha perdió el único bien de fortuna que poseía en realidad.

## EL HOMBRE QUE CORRE TRAS SU FORTUNA Y EL QUE LA ESPERA EN SU LECHO

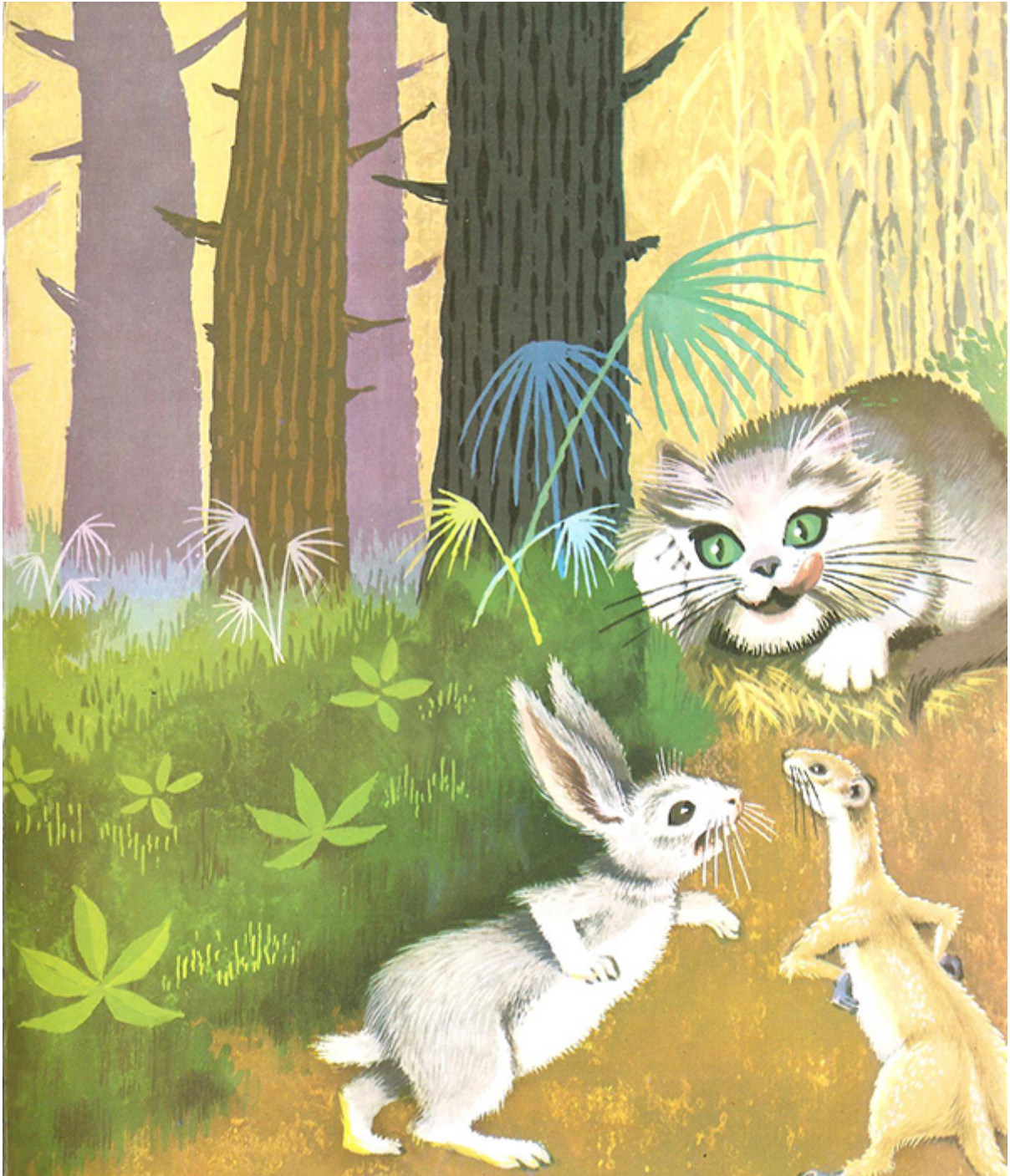
Hay miles de hombres en el mundo que corren en pos de la Fortuna, abandonando su seguridad y su tranquilo bienestar por ir en su busca; pero la inconstante y caprichosa diosa se oculta a menudo y reaparece donde menos se le espera. Estas pobres gentes son dignas de compasión, pues los locos merecen más piedad que enojo; y como locos actúan los que corren en pos de la Fortuna pensando: «Si fulano plantaba coles hace unos años y ahora ha llegado a ser un gran hombre, ¿por qué no he de serlo yo?». Y con este absurdo razonamiento, dejan todo cuanto poseen para conseguir hallar a esta hija de la Suerte, sin tener en cuenta que ella no tiene ojos y elige a ciegas a sus favoritos. Es mejor esperar a que aparezca por sí sola.

Empecemos nuestro cuento. Sucedió que dos amigos vivían en un pueblo, gozando de una situación bastante buena, pues poseían algún dinero, aporte de su trabajo, lo que les permitía disfrutar de una vida tranquila y sin complicaciones. Pero un buen día uno de los dos amigos, que suspiraba sin cesar por la Fortuna, propuso a su compañero:

—¿Y si abandonáramos esta miserable aldea? Ya sabes que nadie es profeta en su tierra, y creo que haríamos bien en marcharnos en busca de mejores venturas.

Pero el otro amigo le respondió:

—Yo estoy bien aquí. Vete tú si quieres, siguiendo los impulsos de tu carácter inquieto; estoy convencido de que regresarás más pronto de lo que supones. Por mi parte, no siento ningún deseo de conocer otros lugares ni otros climas; así, pues, me quedaré aquí esperándote y te prometo que dormiré mientras estés ausente.



Así habló el hombre sensato, pero su ambicioso camarada decidió marcharse sin él. Al día siguiente salió del pueblo y tomó el camino de la Corte, convencido de que, sin duda alguna, encontraría allí la Fortuna; y una vez llegado se instaló allí, procurando en todo momento frecuentar el trato de los que habían sido favorecidos por ella. Mas al poco tiempo se dio cuenta de que no sacaba nada y de que sus bienes iban disminuyendo, debido a los muchos gastos que tenía; y nuestro hombre, muy extrañado, se decía:

—¿Cómo puede ser esto? La Fortuna ronda por estos lugares, pues yo veo que cada día entra en casa de fulano o de mengano; sin embargo, no puedo conseguir que me dedique sus favores. Ya me habían dicho que aquí no se hace mucho caso de la ambición. Así, pues, abandonaré la Corte.

Con esta decisión, el inquieto personaje se marchó de aquel lugar; y habiendo oído decir que la Fortuna tenía templos en una isla, se embarcó rumbo a ella; pero durante su viaje el pobre hombre recordó más de una vez su tranquila aldea, lleno de añoranza, pues pasó por tantos peligros a causa de los piratas, los vientos y las rocas, que faltó muy poco para que perdiese no sólo todos sus bienes, sino también la propia vida.

Después de no pocos apuros, logró ponerse a salvo; pero su ambición le llevó a los más remotos países, siempre en busca de la Fortuna, que parecía divertirse escapándose de su persecución. Así visitó el Japón, China, Ceilán y otros lugares extraños, corriendo de uno a otro en cuanto le decían que la diosa de la suerte se encontraba en tal o cual sitio.

Por fin, cansado de tantos viajes, harto de ver siempre nuevas tierras y nuevos mares, el hombre llegó a la conclusión de que más valía regresar a la aldea de donde había salido y abandonar para siempre su inútil búsqueda, pues era mucho más feliz cuando vivía en su tranquilo pueblecito. Reconociendo, pues, el error que había cometido, se puso en marcha hacia su tierra; y por último un buen día divisó las primeras casas de su aldea, y se emocionó tanto que se puso a llorar de alegría, diciendo para sí:

—¡Dichoso el que vive siempre en su casa, sin dejarse llevar por deseos y ambiciones!

Y con paso ligero se dirigió a la morada de su amigo, recordando todo cuanto le había sucedido en la Corte, en el mar y en todos los lugares que había visitado en busca de la Fortuna. Entonces se acordó de la promesa de su compañero. ¿Qué haría? ¿Seguiría durmiendo sin ningún apuro tal como dijo? Tenía que contarle todas sus aventuras. Y pensando así, sus pies le condujeron hasta la casa en que su amigo permanecía en el lecho, sumido en un profundo sueño; pero cuando llegó a la puerta se detuvo. Boquiabierto y paralizado por el asombro, vio sentada en el umbral a la Fortuna que con tanto ahínco había estado buscando.

## LOS DOS GALLOS

DOS GALLOS VIVÍAN EN TRANQUILA PAZ, compartiendo sus alimentos y su mansión como buenos hermanos y sintiéndose muy felices ambos; hasta que, un buen día, apareció en su morada una hermosa gallina de la cual se enamoraron los dos de un modo que rayaba en la locura.

Esta segunda Helena armó, pues, la guerra de Troya, porque no fue menor la que tuvo lugar entre los dos gallos, antes tan unidos. El combate entre ambos duró largo tiempo y el ruido que hacían fue causa de que la noticia se extendiera por todos los gallineros de la vecindad, de manera que, al poco tiempo, estuvieron los dos luchadores rodeados por una multitud de espectadores con plumas y crestas que animaban a uno u otro combatiente y disfrutaban de lo lindo con el imprevisto espectáculo.

Por fin, uno de los dos gallos asestó al otro un picotazo tan fuerte que este último se declaró vencido y se retiró a un rincón para llorar sus amores y su derrota. Al punto el vencedor se vio rodeado por más de una docena de gallinas de hermoso plumaje que alababan su valentía y su fuerza; y tan orgulloso se sintió nuestro gallo de su victoria que, encaramándose a lo alto de un árbol, lanzó desde allí un agudo «kikirikí» para pregonar su triunfo a los cuatro vientos.

Entretanto, el derrotado había ido irritándose más y más y, lleno de celos rabiosos, había decidido acabar con su rival a la primera ocasión que se presentase. Pero no tuvo necesidad de ello, porque el grito de victoria del vencedor atrajo a un buitre hambriento que rondaba por los alrededores, quien, viendo al gallo en lo alto del árbol, descendió de la altura y, cogiéndolo entre sus afiladas garras, le dio muerte ante los aterrorizados ojos de todos los espectadores y remontó el vuelo con él en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

Y he aquí que, por aquella inesperada intervención, su vencido compañero se encontró de pronto rodeado por una legión de gallinas, las mismas que, momentos antes, habían admirado a su contrincante, aparte de aquella otra por quien había comenzado la lucha.

El hombre que se vanagloria con insolencia por su triunfo se busca su propia perdición. Es mejor desconfiar de lo que la Suerte nos prepara, aun después de haber logrado ganar una batalla.

## LA INGRATITUD Y LA INJUSTICIA DE LOS HOMBRES PARA CON LA FORTUNA

Un comerciante, que traficaba en Diversos productos, transportándolos por el mar, tuvo mucha suerte y, en poco tiempo, vio crecer su fortuna de modo considerable. En más de un viaje triunfó de los vientos que amenazaban con hundir sus barcos. Los piratas y las rocas y escollos respetaron también sus navíos. La suerte le sonrió. Y en tanto que sus amigos perdían sus mercancías, él lograba llevar las suyas a buen puerto. Sus capitanes y empleados le eran fieles y no le defraudaban, así como también todos los socios con quienes estuvo en relación; por consiguiente nuestro hombre podía vender bien su tabaco, su azúcar, su canela y todos los demás productos, incluida la porcelana y las restantes mercancías.

Bien pronto comenzaron a llover los ducados en su escarcela; nuestro comerciante se hizo construir una gran casa, donde daba grandes fiestas; aparte de esto poseía gran cantidad de servidores y muchos perros, caballos y carrozas.

Sucedió, pues, que cierto día un amigo suyo que comía en su compañía, viendo los suculentos manjares que salían a la mesa, le preguntó:

—Y ¿de dónde vienen todos estos bienes?

Replicóle el otro:

—Pues ¿de dónde han de venir, sino de mi talento para los negocios? Todo cuanto poseo me lo debo a mí mismo, a mis cuidados y a mi inteligencia para saber colocar bien el dinero y correr los riesgos en el momento oportuno.

Pocos días después el mercader, que aún no estaba satisfecho con sus ganancias, vio en perspectiva un nuevo y atractivo negocio e invirtió en él

gran parte de su capital; pero en esta ocasión no sacó ningún provecho, sino que perdió cuanto había colocado en el asunto que tan lucrativo parecía. Queriendo recuperar lo perdido, nuestro hombre cargó una serie de mercancías en un barco, que partió cuando se avecinaba una gran tempestad y pereció a causa de los vientos y de la tormenta; otro navío que no llevaba las suficientes armas fue atacado por los piratas, quienes después de apoderarse del botín lo incendiaron; y un tercero que llegó hasta el puerto transportaba unos productos en tan mal estado que fue imposible venderlos a ningún comerciante.

El mercader estaba casi en la ruina cuando, para colmo de males, uno de sus socios le traicionó, llevándose gran parte de los bienes; y como había hecho gastos excesivos, e incluso contraído deudas, de la noche a la mañana se encontró sumido en la mayor pobreza. Se acabaron las lujosas fiestas, se vendió la gran casa, se despidieron los sirvientes y se redujeron los gastos que suponía aquel costoso tren de vida que llevaba antes.

Y he aquí que un buen día su amigo le encontró y, viéndole en tan mala situación, le preguntó con simpatía:

—Y pues, ¿cómo ha sido eso?

—¡Ay! —repuso con tristeza el comerciante—. Un revés de la Fortuna me ha traído a este miserable estado.

Y lo que dijo nuestro mercader es lo que suelen decir las personas en semejantes ocasiones. Si las cosas marchan bien, se debe a su gran talento e inteligencia; pero si marchan mal la culpa de todo la tiene su mala suerte. Ellos tienen razón, y en cambio la Fortuna siempre se equivoca.

## EL GATO, LA COMADREJA Y EL CONEJITO

Un día, aprovechando que el conejito había salido de su madriguera, dejándola libre por una temporada, la señora comadreja penetró en ella y, después de echarle una ojeada, decidió quedarse a vivir en ella, pues le pareció mucho mejor que su actual morada. Así, pues, recogió sus cosas y su mobiliario y se trasladó a su nueva casa, lo cual no presentó ninguna dificultad por encontrarse ausente el dueño de la misma.

Pero ocurrió que, poco tiempo después, el conejito regresó dando por terminadas sus correrías; y ¡cuál no sería su asombro al encontrarse con que su guarida tenía ya un ocupante! Entretanto, la comadreja había apoyado su hocico en la ventana; y habiendo visto que se aproximaba el dueño de la casa se preparó para la discusión que con toda seguridad se avecinaba.

En efecto, no se equivocó en sus suposiciones la usurpadora, pues el conejito, indignado, le increpó diciendo:

—¡Oh dioses hospitalarios! ¿Qué es lo que veo aquí? Señora comadreja: márchate de mi casa sin armar el más mínimo alboroto, o de lo contrario llamaré al pueblo de las ratas para que te saquen a la fuerza.

El animal creía asustar a la audaz ladrona de hogares con estas palabras, pues ya se sabe que las comadrejas y los ratones son enemigos mortales; pero, contra lo que suponía, ésta no pareció dispuesta a abandonar la morada, sino que, con gran atrevimiento, le respondió que, según las leyes de la guerra, la tierra era propiedad del primero que la ocupaba.

—Además —prosiguió el audaz animal—, no hay por qué discutir acerca de una guarida tan estrecha que hay que entrar en ella a rastras;

pero, aunque fuera un palacio, me gustaría saber qué ley te ha otorgado el derecho a habitar aquí en lugar de mí.

El conejo, sintiendo crecer su rabia ante la desfachatez de la comadreja, le replicó que por la costumbre y el uso tenía derechos adquiridos sobre aquel lugar.

—Éstos son —añadió— los que me han hecho dueño y señor de este hogar, que antes fue ocupado por mi padre y por mi abuelo, quienes me lo transmitieron igual que se lo habían transmitido a ellos sus antecesores. Es decir, que el primero que habitó este sitio fue un antepasado mío, y por consiguiente me pertenece.

La comadreja, empero, no se dejó convencer por las buenas razones del conejo, hasta que, por fin, se le ocurrió una solución satisfactoria para ambos.

—Está bien —dijo—. No gritemos más y vayamos a consultar el asunto al sabio Raminagrobis.

Este tal Raminagrobis era un gato que vivía como un devoto ermitaño, aislado del resto de los animales. En rigor se trataba de una excelente persona (si puede decirse tal de los gatos) que en su soledad, y gracias a la vida tranquila y reposada que llevaba, había engordado de una manera sorprendente. En cualquier caso, el conejo creyó que Raminagrobis sería un buen árbitro para solucionar la querrela, y se mostró de acuerdo con la proposición de la comadreja.

Así, pues, los dos animales se dirigieron juntos al encuentro del sabio gato; y cuando estuvieron en su presencia ambos comenzaron a explicarse, hablando a un tiempo y armando tan gran alboroto que el juez les dijo con dulzura:

—Hijos míos, acercaos por favor; pues debido a los años que tengo me he vuelto algo sordo y no puedo entender lo que decís.

A estas palabras los dos se acercaron dócilmente, sin sospechar que aquello de la sordera no era más que una trampa urdida por el astuto animal, quien, en cuanto los tuvo al alcance de su mano, levantó sus dos garras a un tiempo y de un certero golpe solucionó la cuestión, devorándolos a los dos en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

Este cuento se parece a lo que sucede en la vida real cuando dos príncipes de pequeños Estados tienen un asunto pendiente entre ellos y, para solucionarlo, se dirigen a consultar a los grandes soberanos. La Historia está llena de casos semejantes al de nuestro relato.

## LA CABEZA Y LA COLA DE LA SERPIENTE

Las dos partes de la serpiente, la cabeza y la cola, son por un igual dos enemigos del género humano, pues las dos han sido causa de muchas muertes y desgracias. Sin embargo, en tiempos remotos existieron entre ellas grandes disensiones. Este cuento os dirá lo que ocurrió.

La cabeza había ido, desde que se creó la serpiente, antes que la cola, por lo cual esta última estaba muy disgustada, pues consideraba como una gran ofensa el sentirse relegada a segundo término; y sin cesar se quejaba de ello a los Cielos diciendo:

—Siempre mi triste destino es recorrer los senderos por donde quiera llevarme ésta. ¿Cree acaso que siempre voy a soportar este estado de cosas y a hacer su santa voluntad? Yo no soy su sirvienta, porque Dios me ha hecho su hermana y de ningún modo su seguidora. Al fin y al cabo, las dos llevamos la misma sangre y debemos ser tratadas por un igual, ya que llevo, como ella, un veneno poderoso y lo tengo siempre a punto. Ésta es mi súplica, pues; sólo deseo que se me deje ser la guía por algún tiempo. Yo conduciré tan bien a mi hermana que no habrá queja alguna de mí.

Así hablaba la cola de la serpiente, insistiendo en sus ruegos y quejas un día tras otro, hasta que el Cielo atendió a sus ruegos y le permitió hacer de guía durante cierto espacio de tiempo, sólo para que comprendiera lo absurdo de sus deseos.

La cola, al principio, se sintió muy satisfecha de poder ir delante de la cabeza; pero no tardó en darse cuenta de su error, pues como no veía nada, aun en pleno día y bajo un sol ardiente, chocaba con todo lo que encontraba a su paso; tanto si se trataba de un mármol durísimo como de una piedra o un árbol, y recibía más golpes de los que hubiera deseado.

Por fin, cansada y agotada por tantas magulladuras, la cola comprendió que se había equivocado al querer preceder a su hermana y pidió al Cielo que la restituyese a su antiguo lugar, pues había comprobado que no era tan fácil como parecía hacer de guía de la serpiente. El Cielo se compadeció de ella y volvió a poner las cosas tal como estaban; y desde entonces se acabaron las querellas entre la cola y la cabeza de la serpiente, pues, hasta ahora, la cabeza continúa yendo delante y la cola detrás.

## LA MUERTE Y EL MORIBUNDO

La Muerte no sorprende nunca al hombre prudente, pues siempre está preparado a partir de este mundo, ya que él mismo se ha dado cuenta del momento en que tiene que decidirse a pensar en este viaje. Este momento comienza con la vida misma, pues desde el primer instante en que se nace se puede morir. El sabio lo sabe; pero el necio no se ha detenido a pensar en ello y siempre le coge por sorpresa. La Muerte no espera ni perdona a los más hermosos o a los más jóvenes, sino que salta por encima de todo esto cuando llega su hora. El necio de nuestra historia tuvo ocasión de comprobarlo.

Se trataba de un hombre moribundo, que contaba cerca de cien años de vida, el cual se quejaba a la Muerte diciéndole que se había presentado de improviso y sin advertirle, por lo cual nuestro viejo no había tenido tiempo de escribir su testamento. El anciano decía así:

—¿Es justo que muera ahora? Espera un poco todavía; mi mujer no quiere que me marche sin ella; estoy esperando un biznieto, y quisiera añadir una nueva construcción a mi hogar para ampliarlo un poco. Espera un poco, ¡oh Muerte! ¿Por qué tienes tanta prisa?

Al oír tales palabras, la Muerte respondió al necio anciano:

—¡Oh viejo! Te quejas sin razón alguna de mi impaciencia, puesto que yo no te he sorprendido en absoluto. ¿No tienes ya los cien años cumplidos? Busca en la ciudad dos hombres de tu misma edad y mira si encuentras diez, aun buscándolos por toda la nación. Dices que he llegado sin advertirte, sin darte ningún aviso para que estuvieras dispuesto para mi venida. Según tu opinión, en ese caso hubieras hecho tu testamento y acabado de construir tu casa. ¿Acaso no te he avisado con bastante claridad? ¿No te has dado cuenta de que te volvías más duro de oído, más

lento en tus movimientos y más tardo en tus reacciones? ¿No has visto que tu espíritu, tu memoria, todo empezaba a fallarte? Tu vista se ha hecho más débil. Ya no distingues las formas con tal claridad como antes. Lamentas abandonar los bienes de este mundo cuando apenas si puedes ya gozar de ellos. ¡Avisarte! ¿No has visto cómo todos tus compañeros caían enfermos e iban muriendo? ¿No era éste un aviso lo bastante claro? Vamos, pues, anciano. Sígueme sin replicar, pues no es cosa de tanta importancia el que hayas olvidado hacer tu testamento.

La Muerte tenía razón, porque a edad tan avanzada debería salirse de este mundo igual que de un banquete; es decir, dando las gracias por todos los favores y atenciones recibidos durante todo este tiempo.

## EL ZAPATERO Y EL FINANCIERO

Un zapatero se pasaba el día entero cantando; desde la mañana hasta la noche podía oírse su voz cantando alegres melodías, y era maravilloso verle trabajar mientras entonaba sus canciones, más feliz que ninguno de los siete sabios de Grecia.

En cambio su vecino, un financiero cargado de oro, jamás encontraba un momento para cantar y casi ninguno para dormir; y si algún día al amanecer se encontraba adormilado, la aguda voz del zapatero se encargaba de despertarle, y a partir de este instante los negocios le impedían descansar durante todo el día. El hombre, pues, se desesperaba y se quejaba de que el sueño y el reposo no pudieran comprarse en el mercado tal como se hacía con la comida, la bebida o cualquier otra mercancía.

Un día el financiero, asombrado por el constante buen humor de su vecino, le hizo venir a su casa y cuando le vio ante él le preguntó:

—Bien, Gregorio (que así se llamaba el remendón): ¿cuánto gana usted al año?

A lo cual el hombre respondió con aire muy divertido:

—¿Por año? ¡Oh señor! Le aseguro que no lo sé, pues nunca he contado por años, sino por días, y me basta con poder llegar al final del año. Cada día trae su pan.

El asombro del hombre de negocios iba en aumento, e insistió:

—Bueno; entonces dígame: ¿cuánto gana usted por día?

Pero el zapatero tampoco supo contestar con exactitud a esta pregunta.

—A veces más —dijo— y a veces menos; lo malo es que a lo largo de todo el año hay una serie de días en que es forzoso dejar de trabajar. Estas

fiestas nos arruinan, pues sin ellas nuestras ganancias serían bastante grandes, pero el señor cura siempre está diciendo lo mismo.

Al oír esto el financiero no pudo menos de echarse a reír al ver la candidez e inocencia de su vecino; y sacando una bolsa le dijo:

—Mire, Gregorio. Quiero hacerle un favor. Tenga estos cien escudos y guárdelos para un caso de necesidad que puede presentarse.

El pobre zapatero los cogió balbuciendo un aturdido «gracias» y se retiró de la presencia de su bienhechor, creyendo tener en su poder todo el oro que la Tierra había producido para uso de la gente desde hacía cien años. Muy contento y satisfecho llegó a su casa con la repleta bolsa; buscando un lugar seguro para su tesoro, decidió enterrarlo en el sótano, y así lo hizo.

Pero lo que no sabía el pobre remendón era que al enterrar su dinero había enterrado también su alegría junto con él. En efecto, desde el día en que entraron en su casa aquellos cien escudos de oro salió el sueño. Las noches transcurrían largas para nuestro héroe; se agitaba en su lecho, dando vueltas y más vueltas en él sin lograr pegar un ojo hasta el amanecer, siempre con angustias y zozobras por miedo a que alguien le robase el tesoro. Comenzaron las preocupaciones, las sospechas, las alarmas innecesarias; si oía a un gato haciendo ruido, creía que estaba desenterrando su tesoro; y se pasaba todo el día entrando y saliendo del sótano para comprobar que todo estaba intacto.

Ya no se oía cantar al buen zapatero; su trabajo le rendía menos, pues estaba muerto de sueño y hacía sus tareas como un sonámbulo, de mala gana e inquieto en todo momento. Los vecinos se preguntaban asombrados adónde habrían ido a parar sus canciones; no sabían que el pobre hombre había perdido su voz desde el instante en que ganó aquello que es la causa de nuestros pesares y preocupaciones.

Y así fueron transcurriendo los días y pasando los meses; hasta que una mañana el remendón de nuestro cuento, pálido y ojeroso, tomó una resolución. Bajó al sótano, desenterró su dinero y, con la bolsa en la mano, se dirigió a casa de su vecino, el financiero, y cuando estuvo delante de él tendió el dinero diciéndole:

—Señor, le estoy muy agradecido por el favor que quiso hacerme; pero, la verdad, prefiero que me devuelva mis canciones y mi sueño tranquilo; y quédese, en buena hora, con sus cien escudos de oro.

Y dicho esto el remendón depositó la bolsa intacta ante el asombrado negociante, que no alcanzaba a comprender nada de aquel asunto; y dando media vuelta, salió de la casa y con paso ligero se encaminó hacia la suya.

Al día siguiente volvió a oírse cantar al buen zapatero.

## EL LEÓN Y EL LOBO Y EL ZORRO

Un león había perdido con el paso de los años su antigua fortaleza e iba languideciendo y debilitándose a pasos agigantados; pero como no se resignaba ni quería reconocer que se había hecho viejo, insistía en que sólo estaba enfermo y pedía médicos que lograsen sanarle y devolverle la salud perdida.

Así, pues, según sus deseos, se pasó aviso a sus súbditos los animales del bosque, a fin de que cada especie enviase a un representante médico para tratar de obtener la curación del rey. Uno tras otro fueron desfilando los vasallos por la regia cámara, sin que ninguno acertase a dar con el remedio apropiado, pues todos comprendían que el único mal que afectaba al león era simplemente la vejez y les era imposible convertirle de nuevo en joven; de manera que, a pesar de sus recetas, el pobre rey no se reponía, y al poco tiempo les enviaba de nuevo a sus respectivas casas.

Tan sólo uno se había excusado por no ir a palacio y se mantenía alejado, por lo cual el lobo, aprovechando su ausencia, no cesaba de hablar mal de él al rey, calumniándole en su propio provecho y repitiendo una y otra vez que aquél no se interesaba en absoluto por lo que pudiera suceder a su soberano, el león.

Tanto y tanto habló el lobo que, por fin, Su Majestad ordenó que fueran en busca del zorro y le condujeran a su presencia a fin de que justificase su ausencia y explicase por qué le era indiferente que él sanase o pereciese. En efecto, poco tiempo después, el zorro fue llevado a palacio; y sabiendo que el lobo era quien le había hecho la jugarreta, pensó en tomar venganza de él, y así dijo al león:

—Majestad, me temo que malas lenguas os han inducido a creer que no he venido a veros por falta de interés. Nada más lejos de la realidad,

pues mi tardanza ha sido motivada por hallarme en peregrinación, cumpliendo una promesa que hice por el restablecimiento rápido de Vuestra Majestad. Y he aquí que saqué provecho de mi viaje, pues, habiéndome puesto en contacto con gentes que dominan la ciencia de la Medicina, he llegado a la conclusión de que el remedio que precisa la enfermedad padecida por Vuestra Majestad es simplemente calor. Y este calor que os ha sido robado por los años os lo proporcionará en cantidad suficiente la piel de un lobo recién muerto. Envolveos en ella cuando todavía esté caliente y os aseguro que sentiréis un inmenso alivio en vuestro mal. Para esto podéis utilizar, sin ir más lejos, la del señor lobo, aquí presente, quien se sacrificará con agrado por tal de serviros.

Esto dijo el astuto animal y con sus inteligentes palabras logró convencer al rey, el cual en el acto ordenó que se diera muerte al calumniador lobo y que al punto se le trajese su piel para envolverse en ella. Así se hizo en seguida, y el león estuvo muy satisfecho del consejo del zorro, pues de esta forma no sólo adquirió un nuevo abrigo, sino que además tuvo una opípara cena.

Igual que el lobo obran los cortesanos que buscan la destrucción de los demás para poder conseguir para sí todos los favores del rey. Hacer tal cosa es obrar como un loco, pues el mal que se intenta hacer puede volverse contra el mismo que lo ejecuta cuando menos se lo espera.

## LAS MUJERES Y EL SECRETO

NO HAY NADA QUE PESE TANTO COMO UN secreto; y según se afirma las mujeres son incapaces de mantenerlo en silencio largo tiempo. Mas si se estudia bien la cuestión, puede verse que hay gran número de hombres que podrían ser comparados a las mujeres en este aspecto.

Nuestro cuento da comienzo una noche en una casita de un pueblo, donde el marido regresaba muy contento después del trabajo del día, porque las cosas le marchaban viento en popa. El hombre, pues, tenía deseos de bromear; y queriendo, por otra parte, probar la capacidad de su mujer para guardar un secreto, decidió efectuar un experimento.

Con tal idea, antes de entrar en la casa, pasó un momento por el gallinero y, cogiendo un huevo recién puesto, se lo metió en el bolsillo; y, riendo para sus adentros, entró en la cocina, donde su mujer acababa de preparar la cena.

Una vez allí, bajando la voz, explicó a su esposa con gran misterio que le había sucedido algo increíble.

—¿Qué es ello? —preguntó alarmada la buena mujer.

A lo cual respondió muy serio su marido:

—Verás. No lo expliques por ahí, pero acabo de poner un huevo.

—¿Un huevo? —se asombró ella.

—En efecto —le dijo su esposo, sacándoselo del bolsillo—. Míralo. Está fresco y recién puesto; pero, sobre todo —insistió—, no se lo digas a nadie, porque me llamarían gallina.

La mujer, que era algo tonta, creyó a pies juntillas lo que le decía su marido y le prometió en el acto que no diría ni media palabra acerca del asunto; pero su promesa se desvaneció a la mañana siguiente, pues tan

pronto como amaneció y su esposo se dirigió a su trabajo, ella corrió a casa de su vecina para contarle la historia.

—Comadre —dijo, con gran excitación, en cuanto la vio—, nos ha sucedido un caso extraordinario; pero no se lo contaré, a menos que me prometa que guardará el secreto.

La vecina, que estaba en ascuas esperando saber de qué se trataba, no tuvo inconveniente alguno en hacer tal promesa, y entonces la mujer del campesino le dijo:

—He aquí lo que sucede. Mi marido ha puesto un huevo tan grande, que es como cuatro de los corrientes; pero, sobre todo, guardaos de decírselo a nadie.

A esto respondió la vecina:

—Pero ¿por quién me tomáis? ¿Es que no sabéis aún cómo soy? ¡Dios me libre de andar publicando semejante misterio!

Y se metió en su casa con aire muy ofendido. Pero apenas la otra comadre hubo desaparecido, la vecina, a quien quemaba la lengua lo que sabía, fue corriendo hasta diez casas distintas y exagerando la cosa, pues en vez de un huevo decía que eran cuatro los que el campesino había puesto.

Como es lógico, todas aquellas que recibieron la noticia prometieron guardar el secreto; pero al poco rato otra comadre se enteró del insólito hecho de que fulano ponía nada menos que cuatro huevos cada mes. Al poco rato explicaba lo sucedido al oído de otra amiga —lo cual era una precaución innecesaria, pues ya no se trataba de un secreto—, rogándole por favor que mantuviese silencio acerca del extraño caso. La mujer prometió ser una tumba; mas, a la hora de comer, habló de ello a su hija, y ésta, al igual que todas, se dedicó a hacer correr la increíble noticia.

Sucedió, pues, que, transcurrido el día, el campesino de nuestro cuento regresaba a su casa, pensando en si su mujer habría sabido guardar un secreto, cuando, al llegar a las primeras casas del pueblo, un amigo suyo le detuvo y, con voz asombrada, le preguntó:

—Pero, compadre, ¿cómo no me habías dicho que tenías esa habilidad? ¿Es verdad que eres capaz de poner cien huevos cada día?

Así había aumentado, yendo de boca en boca, el secreto que nuestro campesino había confiado a su mujer, y que ella había prometido guardar.

## EL GRACIOSO Y LOS PESCADITOS

Un hombre, que tenía fama entre sus amistades de ser muy ocurrente y gastar unas bromas muy graciosas, estaba cierto día comiendo a la mesa de un conocido financiero que le había invitado junto con otras personas.

Nuestro hombre, pues, se hallaba muy preocupado porque en la fuente cercana a él sólo había unos pececitos muy pequeños, en tanto que en otras más lejanas se veían algunos hermosos ejemplares, que hubiera comido con gran apetito; pero como la corrección se lo impedía, tuvo que servirse los pequeños pescados que estaban junto a sí. Entonces el gracioso tuvo una idea que se dispuso a poner en práctica acto seguido; así que se inclinó sobre su plato y habló al oído de los pececitos, fingiendo luego que escuchaba su respuesta con gran atención.

Este extraño comportamiento llamó la atención de todos los comensales, y el dueño de la casa, dirigiéndose a su huésped, le preguntó asombrado qué era lo que ocurría, y el gracioso le respondió:

—Verá, señor: temo que un amigo mío que embarcó hacia la India hace un año haya perecido en un naufragio, pues en todo este tiempo no he recibido noticias tuyas. Por eso estaba preguntando a estos pececitos si sabían, por casualidad, qué suerte había corrido el navío en que viajaba.

A lo cual dijo el anfitrión:

—Y ¿qué es lo que le han respondido?

—Me han dicho —aseguró el hombre— que son demasiado jóvenes para saber el destino de amigo. Los grandes lo sabrán mejor. ¿Permitirá, pues, señor, que interrogué a uno de los mayores?

El financiero, riendo, al igual que todos los presentes, le dio permiso para ello, y nuestro personaje pudo saciar su apetito.

## EL RATÓN Y LAS OSTRAS

Cierto día un ratón que vivía en el campo, harto de ver siempre los mismos paisajes, decidió irse a recorrer el Mundo. Con esta decisión, abandonó sus granos y su guarida y, recogiendo lo más imprescindible, se alejó de aquellos lugares y se puso en camino con rumbo desconocido.

A los pocos días nuestro inexperto ratoncito creía haber visto ya más cosas que el mismo Marco Polo en todos sus viajes; y, contemplando unos cerros que se elevaban a poca distancia, murmuraba:

—¡Cuán grande y espacioso es el Mundo! Allí veo los Apeninos, y un poco más lejos se divisan los Alpes (pues tales le parecían los cerros que se elevaban en aquel lugar).

Así el ignorante ratoncito tomaba los más pequeños accidentes de terreno por grandes montañas y profundos valles y se sentía muy satisfecho de haber emprendido su viaje. Al cabo de algún tiempo de recorrer distintos países llegó a una playa, en la cual se veía, cerca de las rocas, gran número de ostras, dejadas allí por la marea al retirarse; y así que nuestro amigo les puso la vista encima, creyó que se trataba de grandes barcas de pesca, y no pudo menos de sentirse muy contento por poder contemplar tales cosas y exclamó:

—En verdad, mi padre era un pobre desgraciado, que no se atrevía a viajar por no abandonar la seguridad de su madriguera, pues era en sumo grado miedoso. En cambio, yo he pasado montañas y he cruzado desiertos; y heme aquí por fin contemplando el imperio de los mares.

En este momento una de las ostras se abrió, sin duda para disfrutar de la caricia del sol, y dando un enorme bostezo dejó al descubierto su carne blanca y brillante, de gusto incomparable. Y he aquí que en cuanto el ratón vio aquello, como era un ignorante que había pasado su vida en el campo,

al contrario que otros de su especie que llegan a ser sabios de tanto roer libros, creyó que eran provisiones abandonadas en la barcaza, y dijo para sí:

—¿Qué es lo que veo? Sin duda se trata de algún manjar, y a juzgar por su aspecto debe de ser muy bueno. Como empiezo a sentir apetito, me desayunaré con él.

Y diciendo y haciendo, el ratón de nuestro cuento se acercó a la ostra abierta y estiró su cuello para comérsela; pero, de pronto, se sintió cogido sin poder moverse, pues la ostra, notando un cuerpo extraño, se cerró de prisa para defenderse de él.

Así acabó sus días el inquieto viajero, el cual, debido a su inexperiencia e ignorancia, se lanzó al peligro sin pensarlo ni poco ni mucho, y fue cazado por aquella a quien él esperaba cazar.

## EL OSO Y EL JARDINERO

Un GRAN OSO DE LA MONTAÑA SE HABÍA criado en un solitario bosque, donde vivía oculto y en estado salvaje. Ningún animal se atrevía a rondar por las cercanías del lugar donde habitaba la fiera, porque todos le temían y decían que estaba loco; y el oso, al fin, llegó a sentirse presa del aburrimiento en medio de tanta soledad, porque no tenía a nadie con quien conversar un rato, ni un compañero para ir de caza juntos, lo cual le producía una gran melancolía y tristeza.

Ocurrió, pues, que no lejos de allí vivía un viejo jardinero que sentía una gran afición y cariño por las flores; pero se sentía también muy solo, pues no podía hablar con ellas, y aunque le gustaba mucho su empleo hubiera deseado tener un buen amigo con quien poder conversar algunos ratos, ya que, aparte de sus libros, no tenía nadie con quien pasar sus ratos de ocio.

Y un buen día el anciano jardinero salió de su casa, cansado de vivir entre seres mudos, y se dirigió a la montaña para ver si encontraba compañía; quiso la suerte que se diese de manos a boca con el oso, que había salido de su morada guiado por el mismo deseo.

De momento, el pobre hombre, al ver ante sí a la fiera, se llevó un susto mayúsculo; pero viendo que no le era posible emprender la huida, creyó que lo mejor sería tratarle con amabilidad. Así, pues, disimuló su miedo lo mejor que pudo y esperó a ver qué era lo que hacía el terrible animal.

El oso le contempló de arriba abajo durante unos instantes; por fin, queriendo mostrarse cortés, aunque sin grandes resultados, le dijo:

—Ven a verme.

A lo cual respondió el jardinero:

—Señor, si queréis hacerme el honor de venir a tomar conmigo una comida campestre, estaré muy satisfecho de invitaros a mi pobre casa, donde tengo algunas frutas y leche en abundancia; y aunque sé que éstos no son los alimentos corrientes de los señores osos, os ofrezco de buen grado todo lo que poseo.

El oso, muy contento, aceptó la invitación y se dispuso a acompañar al anciano. Mientras descendían hacia la casa ambos se hicieron buenos amigos, y después de haber comido juntos descubrieron que se encontraban muy bien el uno en compañía del otro, de manera que decidieron verse más a menudo. En efecto, los dos pasaban juntos muchos ratos. El hombre continuaba con su trabajo, pues el oso no era muy charlatán, y el animal salía a cazar con mucha frecuencia trayendo gordos y sabrosos venados que ambos comían muy a gusto. Pero la mayor habilidad de la fiera consistía en espantar las moscas, mientras su amigo dormía la siesta, de forma que el viejo jamás había echado su sueñecito tan bien como ahora.

Pero un día que el calor apretaba más de lo corriente y el jardinero se había echado a reposar bajo la sombra de un corpulento árbol, un inquieto insecto vino a posarse sobre su nariz, lo cual causó la indignación del fiel guardián, que velaba para que nada perturbase el descanso de su compañero. Así, pues, el oso intentó darle caza repetidas veces, pero la mosca se le escapaba y parecía burlarse de él, hasta que, por fin, la fiera se desesperó y le gritó:

—Es inútil que huyas, porque, por más que hagas, te atraparé; y ahora verás lo que es bueno.

Y diciendo y haciendo, el animal tomó una piedra enorme que tenía a su alcance y arrojóla con toda su furia contra la insolente mosca, la cual, como es de suponer, murió aplastada. Pero lo malo fue que también su amigo sufrió las consecuencias de su acción, porque la roca le destrozó la cabeza; y sin haberse despertado de su profundo sueño ni haberse dado cuenta de nada, el anciano abandonó el mundo de los vivos.

No hay nada tan peligroso como un mal amigo; a veces es aún mejor un mal enemigo, pues, como ya se sabe, vale más estar solo que mal acompañado.

## LOS DOS AMIGOS

La verdadera amistad es algo que se da muy raras veces en el mundo en que vivimos. Empero, hay casos en que se muestra en todo su valor, si bien, por desgracia, es cosa poco frecuente.

Los dos amigos a que se refiere nuestra historia lo eran en toda la extensión de la palabra. Ninguno de ellos tenía nada que no perteneciese al otro, y las palabras **tuyo** y **mío** parecían haberse borrado de su vocabulario. El suceso que se relata viene a dar prueba de su profunda y sincera amistad.

Ocurrió, pues, que una noche que ambos estaban durmiendo en sus respectivas casas uno de ellos se despertó sobresaltado y, abandonando el lecho, se vistió a toda prisa y salió corriendo en dirección a la casa de su amigo.

Cuando llegó la mansión aparecía tranquila y no se oía el más leve rumor; pero él golpeó la puerta, despertando a los criados, los cuales le abrieron al momento; y en cuanto entró se dirigió hacia la habitación de su compañero, que, asombrado, ya se había despertado y corría a su encuentro con una bolsa de dinero en la mano y armado hasta los dientes. Y al verlo le dijo:

—Por cierto, no eres hombre que acostumbre correr a estas horas de la noche sin tener un motivo para ello, pues eres lo bastante inteligente para aprovechar las horas destinadas al sueño. Así, pues, ¿qué te ocurre? ¿Has perdido tal vez tu dinero en el juego? Si es así, aquí tienes mi bolsa. Si estás en algún apuro o te persiguen tus enemigos, tengo mi espada a punto para batirnos juntos. Ya sabes que estoy a tu lado para todo.

Pero su amigo le contestó:

—No es nada de eso que has dicho; te agradezco tus ofertas, pero la cosa es mucho más simple. Estaba durmiendo y he soñado que te hallabas preocupado y triste por algún motivo; por eso, temiendo que fuera así en realidad, he venido corriendo y he puesto en conmoción toda tu casa. Este maldito sueño de pesadilla ha sido la única causa de todo.

Éstas fueron las palabras de un verdadero amigo; de un amigo que no vacilaba en saltar del lecho por creer al otro en peligro. Así es la amistad. Busca los deseos y las necesidades en el mismo fondo del corazón, sin que haya necesidad de explicarlas; más bien las adivina, y un sueño, una nimiedad, un presentimiento, en suma, cualquier cosa la llena de temor cuando se trata de la seguridad de aquel a quien quiere de verdad.

## EL CERDO, LA CABRA Y EL CORDERO

Una cabra, un cordero y un cerdo, de los más gordos y bien cebados que hay, iban montados en un mismo carro, que los conducía al mercado para ser vendidos.

El carro se movía sin cesar por causa del mal camino y el carretero, con las sacudidas y el sol de la tarde, había perdido sus restos de buen humor; y para colmo de males, el cerdo daba tales gritos que parecía que le persiguiese una legión de carniceros cuchillo en ristre. Sus gruñidos hubieran bastado para volver sordas a un centenar de personas, y si no lo consiguió fue porque el camino estaba casi desierto a aquella hora; pero, a pesar de todo, sus gemidos fueron suficientes para agotar los nervios del carretero, quien, volviéndose hacia el animal, le increpó diciendo:

—¿Se puede saber a qué viene tanto quejido? Nos estás mareando a todos. ¿Qué es lo que te pasa? Estos dos personajes demuestran ser más sensatos e inteligentes que tú, pues también ellos van a ser vendidos y, sin embargo, se mantienen callados. Debieras aprender de ellos. Fíjate en el cordero; no ha dicho ni media palabra.

A las palabras del campesino respondió el cerdo:

—Porque es tonto de remate, pues si supiera lo que le va a suceder gritaría tanto como yo grito, al igual que esta cabra si conociera el fin que le espera. Ellos suponen que nada más se pretende despojarlos de su lana y de su leche; pero a mí no es tan fácil engañarme, porque sé muy bien que sólo sirvo para ser comido y sé asimismo que mi muerte está ya decidida y se aproxima a pasos agigantados. Por eso grito; estoy diciendo adiós a mi casa y a mi techo.

El cerdo razonaba sutilmente, pero de nada le sirvió, pues sus presentimientos se cumplieron. Cuando el mal está cerca, ni el miedo ni

las quejas pueden cambiar el destino.

## **LAS EXEQUIAS DE LA LEONA**

La leona, esposa del rey de la selva, acababa de morir. En cuanto la nueva se difundió por todos los rincones del bosque, los animales corrieron al palacio de su rey para testimoniarle su dolor e intentar consolarle por su pérdida.

Su Majestad el león los recibió con amabilidad; a continuación hizo anunciar por todo su reino que las exequias en memoria de la leona serían tal día y en tal lugar. Llegada la fecha prevista, por supuesto, los representantes de la especie animal se hallaron presentes en la caverna de su rey, pues tal es el templo de los de su raza. El león, en presencia de sus súbditos, prorrumpió en gritos de dolor, y al punto sus vasallos le hicieron coro, llorando con tales aullidos que resonaba toda la guarida con sus ecos. En realidad actuaban igual que los cortesanos, que, tanto si están tristes como si están alegres o indiferentes, son lo que su príncipe quiere que sean en aquel momento, pues tratan de complacerle por todos los medios a su alcance.

El concierto de las voces de los camaleones, monos y demás animales llenaba toda la selva; y todos parecían animados por un mismo espíritu, excepto el ciervo, que no vertía ni una sola lágrima ni malgastaba un solo sonido, porque se sentía satisfecho en aquella ocasión, ya que la leona, tiempo atrás, había dado muerte a su mujer y a su hijo con gran crueldad.

Pero he aquí que uno de los cortesanos observó la actitud del ciervo; y para conseguir el favor del rey y lisonjearle fue en seguida a comunicarle que había visto con sus propios ojos cómo el insolente animal no sólo no lloraba en la muerte de su reina, sino que, según aseguró, le había visto reír durante las exequias.

Como dice Salomón, la cólera real es terrible, y sobre todo la del rey león; pero nuestro ciervo, que no había leído jamás tal sentencia, permanecía muy tranquilo sin sospechar lo que se le venía encima.

En efecto, el monarca, dueño de las selvas, montó en cólera y dirigiéndose al ciervo le gritó:

—¡Oh tú, que te permites sonreír en esta ocasión y no sigues el coro de estas gimientes voces! Pronto recibirás tu castigo, porque todos nosotros aplicaremos sobre tus profanos miembros nuestras garras sagradas. ¡Venid, lobos! ¡Vengad a vuestra reina! ¡Sacrificad a este traidor!

Pero antes de que los lobos, cumpliendo las órdenes de su enfurecido rey, hubieran podido dar un solo paso, resonó en la cueva la suave voz del ciervo diciendo:

—Majestad: ya ha pasado el tiempo de los llantos; el dolor está de más en esta ocasión. Lo sé porque vuestra digna esposa se me ha aparecido cerca de aquí, rodeada de flores, y sonriendo me ha dicho: «Amigo, guárdate mucho de llorar en este entierro. Yo soy feliz en el lugar en que me hallo, pues es delicioso poder conversar con otros que, al igual que yo, son santos. Pero deja que el rey llore por mí algún tiempo, porque eso me complace en gran manera».

Apenas hubo acabado de hablar el ciervo, todo el palacio del león se llenó de voces que gritaban: «¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!»; y el mismo rey quedó tan complacido al escuchar el relato del astuto ciervo que, en lugar de castigarle como pensaba hacerlo en un principio, se dignó sentarle a su mesa y hacerle además magníficos regalos.

El ciervo había obrado con prudencia al distraer al rey león con su historia. A los poderosos les gustan las alabanzas y los elogios; y si, cuando están indignados, alguien vierte en sus oídos agradables y piadosas mentiras, es seguro que se tragarán el cebo preparado con habilidad; y ese alguien, a no dudarlo, se verá agasajado y colmado de dones y se convertirá en su mejor amigo.

## LA RATA Y EL ELEFANTE

Es COSA MUY CORRIENTE ENTRE LOS COMponentes del género humano el creerse un gran personaje. Muchas gentes se atribuyen una importancia excesiva y desproporcionada, cuando en realidad no son más que seres por entero vulgares; pero ellos siguen firmes en su pretensión, que, si no viene algo imprevisto a demostrar lo contrario, les acompaña hasta el fin de sus días. Esto fue lo que le sucedió al ratón protagonista de nuestra historia.

Era un ratoncito de los más pequeños que existen, el cual, viendo pasar un elefante de los mayores que hay en la Tierra, se burlaba muy a gusto de la lenta marcha y del paso tardo y pesado del enorme animal. Éste avanzaba, en efecto, muy despacio, mientras balanceaba con aire monótono su descomunal trompa gris, porque iba cargado con muchas cosas, ya que sobre su lomo se había colocado un alto parapeto en el que iba sentada una renombrada sultana, acompañada por su perro, su gato, su loro y una anciana sirvienta, amén de toda una legión de servidores, criados y ayudantes que componían el cortejo, el cual se dirigía a cierto lugar en peregrinación.

El ratoncito, pues, contemplando la caravana, se asombraba de ver cómo la gente, a su paso, se quedaba casi boquiabierta viendo la enorme masa del elefante. Y en tono despreciativo decía:

—¡Como si por el hecho de ocupar más o menos espacio tuviera mayor o menor importancia! Pero ¿qué es lo que admiráis en un animal tan patoso? Vosotros los hombres, ¿qué veis en él que os causa tal asombro? ¿Es acaso su enorme corpachón que asusta a los niños? Os aseguro que también nosotros, a pesar de nuestro reducido tamaño, somos casi tan importantes como el elefante.

Así hablaba el ratoncito; y a no dudarlo, sus insensateces y sus necias palabras, llenas de un orgullo carente por completo de sentido, se hubieran seguido oyendo durante largo tiempo de no haber sido por un gato que rondaba por las cercanías y que, acercándose con gran sigilo al ratón orador, le asestó un terrible zarpazo y en menos de un instante le demostró con toda claridad que hay una notable diferencia entre un ratón y un elefante.

## EL TORRENTE Y EL RÍO

En cierto lugar había un torrente que caía con gran ímpetu desde unas altas rocas con mucho ruido y estruendo. Sus aguas turbulentas atemorizaban a las gentes, que no osaban pasar a través de él. El horror seguía sus pasos y los campos se estremecían cuando los cruzaba su corriente.

Nadie se había atrevido a cruzar tan peligrosa barrera, hasta que un día un hombre que había robado una suma de dinero, viéndose perseguido por un grupo de gente y no teniendo otra solución, se determinó a cruzar las impetuosas aguas. Tan pronto como hubo entrado en el torrente, el ladrón se dio cuenta de que no existía verdadero peligro; sólo se trataba de una corriente ruidosa y amenazadora, pero de escasa profundidad, y así pudo salvarse sin dificultad y sin más daño que el miedo que había sentido.

Después del éxito obtenido, nuestro hombre cobró ánimos; y pocos días después, viéndose perseguido por los mismos de antes, llegó al borde de un manso río, cuyas quietas aguas se deslizaban apacibles, silenciosas y tranquilas, sin producir más que un suave murmullo. El ladrón, sin temor alguno, penetró por la arenosa ribera, en la que no se veía ni una sola roca; mas apenas estuvo dentro del río comprendió su error. La corriente, tan tranquila en apariencia, era fuerte e impetuosa, y la profundidad del río mucho mayor de lo que había supuesto al verlo, de manera que, por más esfuerzos que realizó, el asustado ladrón no pudo de ninguna manera alcanzar la orilla opuesta y pereció ahogado en las inquietas aguas.

Es preciso desconfiar de las apariencias; a veces, las personas que parecen tranquilas y poco ruidosas son las que encierran mayores peligros, y en cambio otras gentes, que se asemejan al impetuoso torrente de la historia que acabamos de relatar, son en realidad del todo inofensivas.

## EL ASNO Y EL PERRO

ES NECESARIO SER CARITATIVO Y AYUDAR a nuestro prójimo cuando necesita de nuestro auxilio, pues los que actúan de distinta manera pueden encontrarse en la triste situación en que se halló el asno de nuestro cuento.

Un buen día un asno iba junto con un perro, por un camino, seguidos ambos por el campesino al que pertenecían. El perro saltaba y brincaba con alegría en torno al asno, el cual llevaba sobre su espalda las provisiones del labriego, en unión de algunos huesos y pan seco que el buen hombre había dispuesto para la comida del can.

El camino era largo; y aún les quedaba un buen trecho por recorrer cuando los tres llegaron a un verde y fresco prado, al que daban agradable sombra gran cantidad de chopos.

El campesino, pues, al ver la belleza y tranquilidad del apacible lugar, juzgó que había llegado el momento de echar una siestecita y, al mismo tiempo, proporcionar a los animales un merecido descanso; de manera que, soltando al asno para que correteara a su gusto por allí, se echó a la sombra de un árbol y, al poco rato, se quedó dormido.

Nuestro asno, que vio la abundancia de hierba que había en el prado, se relamió con gran gusto y en seguida se puso a pacer a más y mejor, lamentando tan sólo que no hubiese ningún cardo de los que a él le gustaban tanto; pero como la cantidad bien podía suplir a la calidad se conformó con quedarse, de momento, sin tan exquisito manjar. El perro, que tenía un hambre feroz, viendo comer a su compañero a dos carrillos sintió que se le hacía la boca agua y, dirigiéndose a él, le dijo en tono de súplica:

—Por favor, querido amigo, te ruego que te agaches un poco, para que así pueda yo coger mi comida, que está dentro de la cesta del pan.

Pero el asno, ocupadísimo en su agradable tarca, no le respondió ni media palabra; y el buen perro, creyendo que no le había oído, repitió su petición sin obtener respuesta. Y por más que insistió, el goloso asno se hizo el sordo a su demanda, pues temía que al inclinarse perdería unos momentos preciosos para hincar el diente en la jugosa hierba del prado.

Por fin, harto ya de escuchar tanto ladrido, el animal replicó de mala gana al can, que no cesaba de reclamar sus alimentos, y le contestó lleno de impaciencia:

—Amigo mío: te aconsejo que esperes un poco hasta que nuestro amo se despierte, pues entonces, sin duda alguna, cuidará de que tengas tu ración acostumbrada. No te preocupes, porque no puede tardar mucho; ten un poco de paciencia.

Y dicho esto, el poco caritativo animal se dispuso a continuar su comida; cuando he aquí que apareció de improviso un lobo, salido de Dios sabe dónde, el cual, a juzgar por su modo de mirar a nuestro glotón amigo, debía de llevar varios días en ayunas.

En cuanto el asno vio frente a él a la hambrienta fiera, se le erizó todo el pelo del cuerpo; y temiendo por su vida con causa más que justificada, comenzó a dar grandes voces llamando en su auxilio al perro, a fin de que le librara de morir en las fauces de aquella bestia sanguinaria y amenazadora.

Pero sucedió que el perro de nuestro cuento, como era perro, no sabía aquello de «devolver bien por mal»; y lleno de rencor y de deseos vengativos por causa de la jugarreta de que había sido objeto unos minutos antes, respondió al asno con sorna:

—Amigo, yo te aconsejo que huyas, mientras esperas a que nuestro amo despierte de su sueño, pues no puede tardar mucho. Corre, no te entretengas; y si este lobo se atreve a atacarte lárgale una coza y hazle pedazos. Hace poco que te han puesto nuevas herraduras; así, pues, defiéndete y, si quieres creerme, déjalo tendido en tierra.

Y después de dar fin a su discurso el perro se quedó en el lugar donde se hallaba, sin mover ni un dedo para acudir en auxilio del asno; y cuando vio que éste era estrangulado por el lobo sin ninguna compasión dio media vuelta y se alejó, sintiéndose satisfecho en sus ansias de venganza.

## EL RAJÁ Y EL MERCADER

Hubo una vez un mercader griego, que se dedicaba a pasar cosas de contrabando por algún lugar de la costa de un lejano país, sin que, en ninguna ocasión, fuese descubierto su ilegal tráfico. Los que conocían sus manejos se asombraban de ello, pues ignoraban que este hombre contaba con el apoyo de un poderoso bajá, quien, mediante una suma de dinero, respondía de la seguridad del contrabandista y del contrabando.

El traficante, sin embargo, se quejaba con frecuencia de lo caro que le resultaba su importante aliado, pues sus servicios costaban una cantidad más que regular, lo cual representaba una pérdida en las ganancias que obtenía nuestro personaje.

Sucedió, pues, que cierto día fueron a ver al contrabandista otros tres turcos, los cuales le ofrecieron su triple ayuda, a cambio de un salario mucho menor que el que pagaba a su actual aliado. El hombre se sintió tentado por la proposición y, sin pensarlo más, decidió asociarse con aquellos tres, pues, si bien no eran tan poderosos como el bajá, representaban un considerable ahorro en sus gastos.

Al cabo de pocos días el bajá se enteró de lo ocurrido por gentes fieles a él, las cuales le aseguraron además que las intenciones de los nuevos personajes no eran de las mejores, pues proyectaban acabar con su existencia de un modo u otro, y con probabilidad mediante un veneno, ya que llegar hasta él resultaba bastante difícil por hallarse, como estaba, rodeado por guardias y servidores en abundancia. Por tanto, le aconsejaban que se adelantase a sus proyectos y les enviase a gozar lo más pronto posible de las delicias del paraíso de su dios Mahoma en el otro mundo.

El bajá, al enterarse de esto, resuelto y lleno de confianza, se presentó sin previo aviso en casa de su protegido; y como era la hora de la comida

se sentó sin remilgos a su mesa, aceptando la invitación que éste le hacía para que le acompañase en su almuerzo. Tanta seguridad había en sus movimientos y en sus palabras que se hubiera creído que nada sospechaba; pero al acabar de comer miró con fijeza al contrabandista y, tomando la palabra, le dijo:

—Amigo mío, estoy al corriente de tus intenciones. Sé bien que piensas dejarme e incluso, si he de dar crédito a lo que he oído, proyectas también acabar conmigo. Pero yo creo que tú eres un hombre de bien y no tienes aspecto de querer envenenar a tus socios, de manera que confío en ti. Y en lo que respecta a esas gentes, con las cuales te has asociado, permíteme que, sin aburrirte con razonamientos y largos discursos, te cuente una historia que te mostrará mi punto de vista.

Y como el otro asintiese en silencio, el bajá prosiguió:

»Érase una vez un pastor que poseía un perro para guardar su rebaño y defenderlo de las asechanzas del lobo. Un día un vecino suyo le preguntó qué es lo que pensaba hacer con un perro dogo (tal era su raza) que, sólo para el desayuno, era capaz de engullir un pan entero, de forma que el mantenerlo le costaba al pastor un ojo de la cara, como vulgarmente se dice. Lo mejor que podía hacer, en opinión de su vecino, era vender el dogo al señor de la ciudad cercana, que podía permitirse el lujo de soportar aquel gasto; y comprar, en cambio, dos o tres mastines que costarían menos de mantener y envejecerían al lado de los corderos. El pastor, creyendo muy acertado el consejo de su compañero, y pensando que dos o tres perros guardarían el rebaño mejor que uno sólo, no tardó en deshacerse del dogo y adquirió dos mastines bastante buenos y que no resultaban tan caros de sostener. Pero lo que nadie había advertido al pobre hombre fue que, si bien el gran perrazo que tenía comía por tres, poseía también la fuerza de tres canes para defenderse del lobo y ahuyentarlo cuando se acercaba al rebaño. Y he aquí que pronto tuvo ocasión de comprobar su error, pues a los pocos días de haber adquirido los nuevos perros la hambrienta fiera apareció por los alrededores, dispuesta a devorar algunas ovejas. El pastor, en cuanto la vio, azuzó a los mastines contra ella; pero éstos, temerosos de ser a su vez muertos por el lobo, emprendieron la huida a toda prisa, sin ni siquiera presentar batalla a la temible bestia, la cual, sin impedimentos, pudo llevarse tantos corderos como quiso.

El bajá se detuvo un instante y continuó:

»A1 igual que el pastor, tú lamentarías unirte a esos tres hombres, que nada harán por ti en caso de necesidad. Si sigues mi consejo, los dejarás y volverás a mí.

Dichas estas palabras el hombre guardó silencio esperando la respuesta. El contrabandista meditó unos momentos y después asintió con la cabeza.

## LA VENTAJA DE LA CIENCIA

En un pueblo no muy grande habitaban dos hombres importantes; pero entre ellos había una diferencia enorme, pues en tanto que uno de ellos debía su fama a sus conocimientos y a los sabios libros que publicaba, el otro era conocido por sus inmensas riquezas, pero también por su gran ignorancia.

El rico quería siempre aventajar al hombre de ciencia, que era más pobre que las ratas, y pretendía que cualquier persona, por sabia que fuese, estaba obligada a honrarle y a respetarle por causa de sus cuantiosos bienes de fortuna. Así, pues, el ignorante no cesaba de insistir cerca del letrado para que éste prestase reverencia a lo que él consideraba como la cosa más importante del Mundo, es decir las riquezas, que no eran ni más ni menos que bienes desprovistos de todo mérito por su parte; pero él no se daba cuenta y con harta frecuencia espetaba al otro grandes discursos, que no hacían sino poner más de manifiesto su supina ignorancia, diciéndole:

—Amigo mío, usted se cree una persona importante; pero ¿de qué le sirve a usted y a sus semejantes el permanecer leyendo horas y horas, si carecen de alimentación suficiente, de una buena casa y de vestidos adecuados para cada estación? En verdad que no hacen ustedes ninguna falta en el país. Nosotros sí que somos necesarios, porque con nuestra fortuna proporcionamos mucho bien, pues hacemos trabajar a los artesanos, a los vendedores, a los sastres, e incluso a los seres como usted, que dedica muchos de sus libros a personajes importantes y ricos.

El sabio no replicó nada a tan insensatas palabras y se hizo el sordo a sus impertinencias, aunque hubiese podido decirle lo equivocado que estaba por muchas razones; pero prefirió callarse confiando que el transcurso del tiempo sacaría de su error al ignorante.

Y en efecto así fue, pues al poco tiempo de este suceso estalló en todo el país una cruel guerra que destruyó por completo el pueblo en que habitaban nuestros dos personajes. De esta forma, ambos se vieron obligados a abandonar sus hogares, perdiendo todo cuanto poseían, y tuvieron que buscar asilo donde quisieren dárselo; pero en tanto que el hombre de ciencia recibió favores de todo el mundo, el ignorante quedó sin ayuda alguna, siendo despreciado por las gentes.

No importa lo que digan los tontos: es indudable que la ciencia y el saber tienen su precio.

## EL HALCÓN Y EL CAPÓN

Un día, por ser la fiesta principal del pueblo, se preparaba en casa del alcalde un magnífico banquete, que debía constar de muchos y sabrosos platos. Y entre ellos el más apetitoso correría a cargo de un capón que, en el gallinero, esperaba con paciencia su turno para comparecer ante el tribunal que le condenaría a morir asado en la parrilla.

El animal, sin embargo, no tenía ningunas ganas de permitir que le cogieran con toda tranquilidad y decidió que, antes de morir, daría toda la guerra que pudiese. Así, pues, cuando oyó los pasos de los que venían, entre ellos los de su propio dueño, no lo pensó ni un segundo y, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, se subió al palo más alto del gallinero. Las gentes entraron y le vieron colgando allá arriba, por lo cual empezaron a llamarle con dulzura diciendo:

—Pequeño, baja, baja. Ven a tomar tu alimento.

Pero el capón, lejos de fiarse de la maniobra que con tal habilidad tramaban los hombres, les contestó con cierta sorna:

—Amigos míos, vuestro truco es muy torpe. No pienso dejarme cazar de ese modo tan fácil.

Y dicho esto les dejó que gritasen cuanto quisieran, sin hacerles el menor caso, ya que, fuera por instinto o por experiencia, no se fiaba lo más mínimo de los que pertenecían a la raza humana.

Y he aquí que, mientras se desarrollaba este espectáculo, acertó a pasar por allí un halcón que volvía de una cacería, el cual, viendo al capón encaramado en su palo, negándose a descender aunque los hombres se pusiesen roncós de tanto chillar, se dirigió a él y le dijo:

—No doy crédito a lo que ven mis ojos y tu poco entendimiento no puede menos que dejarme mudo de asombro. Vosotros los capones sois

seres despreciables, gente grosera sin espíritu ni delicadeza, incapaces de aprender nada de lo que se os enseña. Yo sé cazar, y después de atrapar la pieza regreso adonde me espera mi dueño; y en cambio tú, que estás viéndole en la ventana, parece que estás sordo. ¿No ves que te está esperando? ¿A qué esperas, pues, para acudir a su llamada? ¿Es que no le oyes?

Pero el capón le miró con compasión y le respondió:

—Lo que sucede es que le oigo de sobra y entiendo demasiado bien lo que pretende de mí con sus llamadas. Si no ¿qué significa ese cocinero, armado de un cuchillo tan enorme? Me gustaría saber si tú acudirías a tal invitación. Déjame que huya y cesa de reírte de mi indocilidad, que me impulsa a escapar cuando me llaman con una voz tan suave y cariñosa; porque si tú vieras poner en las parrillas a tantos halcones como capones he visto yo, estoy seguro de que no me reprocharías el que procurase fugarme.

A veces es bueno desconfiar de las voces que nos llaman con excesiva dulzura, porque tras ellas pueden esconderse traidoras intenciones; es mejor pensarlo bien y meditar las posibles consecuencias que pueden sobrevenirnos por hacer caso de meras palabras cariñosas. Así obró el capón de nuestro cuento; y de no haberlo hecho hubiese acabado sus días en el fuego.

## EL GATO Y EL RATÓN

Cuatro animales diferentes —a saber: el gato, la lechuza, el ratón y la comadreja— frecuentaban con mucha asiduidad el tronco podrido de un viejo pino, que había arrancado una tormenta. Tan frecuentes eran sus apariciones por dicho lugar que un campesino que habitaba en las cercanías decidió prepararles una trampa para ver si conseguía dar caza a uno de los cuatro animales. Así, pues, el hombre tendió sus redes al anochecer y se alejó de allí pensando en volver al día siguiente para comprobar si había tenido éxito su artimaña.

Sucedió, pues, que al amanecer el gato, como de costumbre, se marchó de su morada y se dirigió al viejo pino, a fin de vigilar desde allí a sus presas, como cada día. Sin entrar en la más mínima sospecha, nuestro amigo se acercó al árbol sin ningún temor; como aún estaba oscuro, no vio la red tendida a sus pies y de pronto se encontró envuelto en ella, sin posibilidad de salir y en grave peligro de muerte.

El pobre gato se desesperaba dentro de la malla que le impedía escapar y daba voces en demanda de auxilio. Éstas fueron oídas por el ratón, quien acudió en seguida para indagar la causa de las mismas y ver lo que había ocurrido. Cuando vio entre las fuertes cuerdas de la red a su eterno enemigo, el ratón no pudo ocultar su alegría y se puso a saltar y a bailar de puro regocijo; pero el pobre gato le suplicó con humildad:

—Querido amigo: yo conozco tu buen corazón y sé que no me dejarás perecer en este artefacto donde la ignorancia me ha hecho caer. Ya sabes que eres el único entre los tuyos a quien siempre he respetado, porque te tengo un cariño especial y te quiero más que a las niñas de mis ojos. Estoy muy contento por haber sido tú el que ha acudido a mis llamadas y doy gracias a los dioses por la suerte que he tenido. Esta mañana, igual que

todas, me dirigía a hacer mi oración matinal, cuando he sido atrapado por esta horrible red. Así, pues, mi vida está en tus manos. Por favor, ven pronto a romper estos nudos.



El ratón le escuchó pensativo y, cuando aquél acabó de hablar, le preguntó:

—¿Y cuál será mi recompensa si te ayudo a salir del apuro en que te hallas?

A lo cual respondió el gato:

—Yo te prometo que entre los dos habrá una alianza eterna. Puedes disponer de mis garras como si fuesen tuyas, y además yo te protegeré contra todos tus enemigos; y si lo deseas devoraré a la comadreja y a la lechuza, que tan mal te quieren. No tienes más que decírmelo.

Pero el ratoncito soltó una alegre carcajada burlona y exclamó:

—Pero ¿eres tan tonto que has creído que hablaba en serio? ¿Ser yo tu libertador? No he nacido ayer para cometer tamaña insensatez.

Y dicho esto nuestro ratón dio media vuelta y, dejando al gato solo con sus gritos, se dirigió hacia su madriguera. Pero he aquí que, cuando se disponía a entrar en ella, vio lleno de espanto que la comadreja se hallaba al lado de la entrada, y algo más lejos la lechuza vigilaba con sus redondos ojos. Sin duda alguna ambos esperaban su llegada para acabar con él; y el ratón, viendo el peligro por ambas partes, se volvió a toda prisa al tronco del viejo árbol donde el gato continuaba encerrado en la red; y, sin decir palabra, comenzó a roer las cuerdas de la misma con tanta habilidad que en unos minutos dejó en libertad al hipócrita animal.

En aquel preciso instante llegó el campesino para ver los resultados de su obra, y los dos nuevos aliados, en cuanto le vieron acercarse, emprendieron la fuga a toda velocidad para librarse del nuevo enemigo que había aparecido en escena.

Por fin ambos animales se detuvieron en su veloz carrera, considerando que estaban a salvo; pero el ratón, algo apartado de su nuevo amigo, se mantenía en guardia y estaba alerta mirándole con desconfianza; y cuando el gato vio esto le dijo con voz marrullera:

—¡Ah, hermano mío! Ven y deja que te abrace. Tu desconfianza me ofende y me causa dolor, porque comprendo que miras a tu aliado como si se tratase de un enemigo. ¿Crees tú que he olvidado que te debo la vida?

Mas el ratón no se dejó engañar por sus sutiles palabras y, sin acercarse al gato, le respondió:

—Y tú, ¿crees que yo he olvidado tu naturaleza hipócrita y tu carácter traidor? ¿Supones que no sé que ningún tratado puede convertir a un gato en ser agradecido? ¿Piensas que voy a ser tan necio como para confiar en una alianza hecha por necesidad?

## LOS DOS PERROS Y EL ASNO MUERTO

Las virtudes debieran ser hermanas, al igual que lo son los vicios. Éstos, cuando uno entra en un alma humana, se apresuran a reunirse con él y pronto invaden todos el corazón de aquel hombre y viven reunidos en él; en cambio, rara vez las virtudes pueden estar todas juntas en una sola persona, sino que acostumbran encontrarse dispersadas en distintas almas y es muy difícil hallar un hombre que posea varias a la vez. Así, uno que es valiente tiene un carácter demasiado impetuoso; y otro que es prudente resulta en exceso frío. Por lo que respecta a los animales, el perro se precia de ser buen vigilante y fiel a su dueño; pero, como pronto veremos, se trata de un animal bastante necio y muy goloso.

Los dos perros a que se refiere esta historia pertenecían a la raza de los mastines. Ambos, corriendo un buen día por una playa cercana a los lugares en que habitaban, vieron con harto asombro un asno muerto que flotaba sobre las olas; pero, por la gran distancia a que se encontraban, no pudieron discernir en la lejanía de qué animal se trataba. El viento, por su parte, lo arrastraba cada vez más lejos, y viéndolo dijo uno de los mastines a su compañero:

—Amigo, tus ojos son mejores que los míos; dirige tus miradas hacia la superficie del mar, pues me parece ver algo que flota sobre el agua. ¿Es quizá un buey, o tal vez se trata de un caballo?

A lo cual respondió el otro perro:

—¿Y qué importa la clase de animal que sea? La cuestión es cómo apoderarnos de él, y es difícil, en verdad, porque el trayecto es muy largo y, por otra parte, tendríamos que nadar contra la corriente y quizás el viento nos arrastre, de manera que pereceríamos ahogados... Pero —añadió el mastín tras un instante de reflexión— tengo una idea mejor. Lo

que podemos hacer es bebernos toda el agua, lo cual no nos costará mucho, dado lo sedientos que ambos estamos, y de esta forma el animal quedará en seco sobre el fondo y podremos apoderarnos de él, con lo cual tendremos provisiones para toda la semana, pues parece bastante grande.

El otro perro, entusiasmado, aceptó el consejo de su amigo y, sin pensarlo más, los dos mastines se pusieron a beber tan aprisa que les faltaba la respiración; pero por más que bebían y bebían, aquel agua parecía no tener fin y el asno iba alejándose de su vista sin que pudieran evitarlo.

Al fin, cansados e hinchados de agua salada, se tendieron los dos perros exhaustos sobre la arena; pero tanto era el líquido que llenaba sus estómagos que no pudieron resistirlo y a los pocos minutos murieron reventados.

Por extraño que parezca, muchos son los hombres que actúan de manera semejante a los perros del cuento. Entusiasmados con un proyecto cualquiera, la palabra *imposible* desaparece de sus mentes. ¡Cuántas y cuántas cosas llegan a hacer para alcanzar bienes o glorias! ¡Si pudiese llenar mis cofres con ducados de oro! ¡Si pudiese aprender el hebreo, las ciencias y la historia!, piensan sin darse cuenta de que es materialmente imposible que logren satisfacer todos sus deseos, ya que para ello serían necesarios, al menos, cuatro hombres en lugar de uno; y quizá aún no serían suficientes, aunque viviesen más que el misma Matusalén. Es mejor limitarse a un solo objetivo, pues intentar realizar tantos y tantos proyectos es lo mismo que disponerse a beber toda el agua del mar.

## EL LOBO Y EL CAZADOR

Muchas gentes, en un desmedido afán de acumular bienes terrenos y de conservarlos con avaricia en sus manos, olvidan disfrutar del precioso don que Dios les otorgó: la vida. Todo en ellos se reduce a la ambición y a la avaricia, y sólo estas dos ideas llenan las horas de su existencia. Si alguien les dijera a tales gentes: «Ya tienes bastante, pues posees dinero más que suficiente para los restantes años de tu vida. ¿Por qué no te detienes y gozas de todo cuanto hay de hermoso en el mundo que Dios creó para ti?», sin duda alguna responderían: «Mañana, mañana olvidaré mi ambición y comenzaré a vivir». Parecen ignorar que el mañana no es seguro y que la muerte puede interrumpir en cualquier instante su alocada carrera, tal como les sucedió al cazador y al lobo de este cuento.

El cazador, armado de su arco, se dirigió al bosque al amanecer dispuesto a cobrar el mayor número posible de piezas. Al poco rato de andar por la intrincada maleza sus ansias se vieron recompensadas, pues a poca distancia vio un alce que saltaba en rápida carrera. El cazador, en seguida, colocó una flecha en su arco y disparó contra el animal, que se vino abajo sin un gemido y con el corazón perforado. Nuestro cazador, muy satisfecho de este primer encuentro, prosiguió su camino con el alce sobre sus espaldas, esperando que su suerte continuara. En efecto, al cabo de algún tiempo, un ciervo vino a hacer compañía al difunto.

Nuestro hombre se sentó en la hierba para reposar un instante y contempló las dos piezas que yacían a sus pies. En verdad eran dos magníficos ejemplares, con los que cualquier cazador modesto se hubiera sentido satisfecho y hubiese emprendido el regreso a su casa; pero nuestro arquero era ambicioso y no deseaba abandonar tan pronto la partida.

Y he aquí que, mientras descansaba, vio a un gigantesco jabalí rondando por aquel lugar; y pensando completar su cacería disparó contra el monstruoso animal, pero la flecha, si bien lo derribó en tierra, no lo mató en el acto, por lo cual el hombre se acercó para acabar con él.

Mas, en aquel instante, el arquero divisó a una perdiz que saltaba sobre unas piedras; y como no sentía aún bastante satisfecho su orgullo de conquistador, enarboló su arco y lo tensó, dispuesto a disparar sobre el ave. De pronto el jabalí —que, como se ha dicho, no estaba muerto—, reuniendo sus últimas fuerzas, se arrojó sobre aquel destructor del reino animal, quien, por más esfuerzos que hizo, no pudo esquivar la brutal acometida de la fiera, la cual tuvo tiempo de destrozarlo antes de caer muerta sobre él.

Aquí acaba la primera parte del cuento del cazador a quien perdió su ambición; pero, prosiguiendo con la segunda, muy pronto veremos lo que les ocurre a los que tienen el vicio de la avaricia.

Un lobo acertó a pasar por aquel lugar y, viendo los cuatro cuerpos que yacían sin vida en tierra, no pudo ocultar su alegría ante tal espectáculo y dijo:

—¡Oh Fortuna! ¡Cuán agradecido te estoy por el favor que me dispensas! ¡Cuatro cuerpos! ¡Qué abundancia de comida! Pero lo mejor será que me los lleve pronto de aquí y los esconda, pues no es frecuente hacer tales hallazgos. (Así es cómo suelen excusarse los avaros). Con tanta carne tendré seguramente alimentos para mantenerme durante un mes, contando con devorar una pieza cada semana, pues, si no cuento mal, son cuatro. Así, pues, empezaré a comer a partir de pasado mañana; y mientras tanto, para entretenerme, me comeré la cuerda de este arco, la cual, sin duda, es de auténtico buey, a no ser que me engañe mi olfato.

Y diciendo esto, el lobo, que pretendía avariciosamente guardar la carne para más adelante, se acercó al arco, que estaba en tierra y que conservaba aún la flecha que el cazador tenía destinada para la perdiz; y sin detenerse a pensar, se arrojó sobre él. Pero al intentar morder la cuerda, ésta se tensó y disparó la saeta, que fue a clavarse en el vientre del lobo, hiriéndole con tanta fuerza que el animal cayó muerto en medio de aquellos a quienes pensaba devorar el próximo mes.

Volviendo a lo anteriormente dicho: estos dos glotones corrieron la misma suerte, si bien a uno de ellos le perdió su ambición y el segundo pereció a causa de su avaricia.

## LA BELLOTA Y LA CALABAZA

Cuando Dios creó el Mundo tuvo una razón para hacerlo tal y como lo hizo; pero esa razón muchas veces escapa a la comprensión de los seres humanos, si bien a veces Dios les hace comprender los motivos de sus obras. Veamos lo que le pasó al campesino de esta historia.

Este campesino estaba cierto día contemplando las calabazas que crecían en uno de sus campos y se admiraba de que un fruto tan grande tuviese como único soporte aquel tallo tan delgado, y, mirándolas con detenimiento, decía para sus adentros:

—¿Qué es lo que estaría pensando el Autor de las calabazas cuando las hizo? Esta fruta, por cierto, está muy mal colocada sobre un tallo tan pequeño y creciendo en el suelo. Yo en su lugar la habría suspendido de un gran árbol, por ejemplo de una de aquellas encinas que están allá, las cuales tienen un grueso tronco y podrían soportar mejor el peso de las calabazas. En verdad es el árbol que le corresponde; pero en lugar de eso sólo hay en sus ramas unas minúsculas bellotas, tan pequeñas como la uña de mis dedos. Es ciertamente una lástima que no se me pidiera consejo al hacer tal cosa, pues, a mi modo de ver, las calabazas debieran ser los frutos de las encinas, y en cambio las bellotas crecerían en la tierra.

Así pensaba nuestro buen e ignorante campesino, sin caer en la cuenta de que la Omnipotencia divina ha dispuesto sus obras con meticulosidad y que la Providencia lo tiene todo previsto; y admirándose de sus propias reflexiones continuó diciendo:

—No se puede dormir cuando se piensa tan profundamente, y creo que es una buena hora para entregarse al descanso, ya que con este sol es imposible trabajar. Así, pues, voy a descabezar un sueñecito debajo de las

ramas de aquella encina, porque a su sombra estaré resguardado de este terrible calor.

Y diciendo y haciendo, el hombre se dirigió con lentos pasos hasta el árbol y se echó en tierra dispuesto a reposar durante un rato. Mas, cuando apenas había dormido diez minutos, he aquí que una de las muchas bellotas que pendían de las ramas de la encina se desprendió de su soporte y fue a caer sobre la nariz del durmiente dándole un golpe bastante fuerte. El campesino al punto se despertó con gran sobresalto y, llevándose la mano al rostro, encontró aún la bellota, que había quedado enredada en el pelo de su barba, y al recogerla se dio cuenta, asombrado, de que su mano estaba manchada de sangre.

—¡Oh Dios mío! —dijo entonces el pobre aldeano cambiando de lenguaje—. ¡Mi nariz está sangrando! ¿Qué sería entonces si, en vez de ser una simple bellota la que me ha golpeado, hubiese sido nada menos que una calabaza? Sin duda Dios ha tenido razón al no colocar pendientes de los árboles unos frutos tan gruesos. Ahora lo veo con claridad.

Y alabando a Dios por su sabiduría al crear todas las cosas, nuestro hombre volvió a su casa muy satisfecho del descubrimiento que acababa de hacer.

## EL DEPOSITARIO INFIEL

En muchos de estos cuentos los animales han tomado la facultad humana de hablar, y a veces también la de pensar; los lobos conversan con los perros y los ratones con los gatos, y todas estas bestias no hacen más que representar el papel de diversos personajes, tontos, hábiles, locos o inteligentes. Asimismo ha surgido en estas páginas una serie de tipos humanos, tales como pillos, estafadores, tiranos e ingratos, muchas gentes insensatas y multitud de aduladores; pero aún se podrían añadir a ellos varias legiones de embusteros, ya que éste es quizás el vicio más corriente de la Humanidad. Los sabios afirman que todos los hombres mienten, y este defecto podría ser soportable si sólo perteneciese a gentes de poca importancia; pero se trata de algo común a gran número de personas, cualquiera que sea su categoría. No hablamos de las mentiras de Esopo o de Homero, puesto que por medio de ellas sólo se intenta ofrecer a las gentes la verdad y la realidad de la vida, sino de otros embustes, semejantes a los de un cierto depositario cuya historia vamos a contar. La cosa es como sigue:

En cierta ocasión un mercader de Persia, que realizaba largos viajes por motivo de sus negocios, debiendo partir para uno de ellos de gran duración, se vio obligado a dejar una considerable cantidad de hierro en manos de un hombre que se dedicaba a guardar los productos de los comerciantes en casos parecidos. La mercancía, pues, quedó en depósito y el traficante se marchó con rumbo a otro país.

Al cabo de unos meses el persa regresó a su patria; y cuando fue a casa del depositario, a preguntar por sus cien kilos de hierro, éste le respondió con esta explicación:

—¿Su hierro? Ya no está aquí. Siento muchísimo decirle que, durante su ausencia, entró un ratón en el almacén y se lo comió todo, sin dejar ni un gramo. Yo amonesté a mis empleados por su descuido, pero el mal ya estaba hecho y no había solución. De veras, lamento mucho lo ocurrido, pero no pude evitarlo. Ya sabe usted que en los graneros y almacenes siempre queda algún agujero por donde se cuelan los ratones.

El comerciante quedó admirado de la gran desfachatez con que mentía aquel hombre (puesto que no le cabía la menor duda de que se trataba de un embuste); pero no le dijo ni media palabra al respecto y fingió que creía en la realidad del insólito hecho, mostrándose asombrado del mismo.

Al cabo de unos cuantos días de transcurrir el suceso, el comerciante se ingenió para apoderarse del único hijo del depositario mentiroso y lo retuvo en su poder, escondido y dándole un inmejorable trato. A continuación el hábil mercader convidó a cenar a su casa al padre del niño, pero éste se excusó, diciéndolo entre lágrimas, lamentos y profundos suspiros:

—Perdóneme, se lo suplico, pero en mi estado de ánimo me es imposible aceptar su amable invitación. Figúrese que ha desaparecido mi único hijo, al que quería más que a mi propia vida, y con ello he perdido toda mi alegría y deseo de placeres. No tengo a nadie más que a él. Pero ¿qué es lo que estoy diciendo? Ya no lo tengo. ¡Infeliz de mí! Me lo han robado, estoy seguro. Compadézcase, pues, de mí y perdóneme por no acudir a cenar en su compañía.

El mercader, tras fingir gran asombro, se quedó pensativo y dijo al depositario:

—Ayer noche, entre la niebla, me pareció ver a un búho que se llevaba a un niño; pudiera ser que se tratase de vuestro hijo. En cualquier caso, se alejó volando con él hacia el viejo edificio que está al final de la ciudad.

El afligido padre contestó:

—¿Cómo quiere usted que me crea que un búho ha podido llevarse semejante presa? Aunque mi hijo es pequeño, no sólo hubiera podido defenderse, sino que incluso hubiese atrapado al animal.

A lo que respondió el traficante con la misma seriedad que antes:

—En verdad, no sabría decirle cómo lo hizo; pero puedo asegurarle que lo vi con mis propios ojos. Y aunque nada le obliga a darme crédito, no veo, por otra parte, que tal suceso resulte extraordinario en este país. ¿Cómo puede usted encontrar raro que, en una ciudad donde un ratón es

capaz de comerse un quintal de hierro, un búho pueda llevarse a un niño que pesa sólo cincuenta kilos?

Al oír tales palabras el depositario comprendió las intenciones del astuto mercader y vio adónde quería ir a parar con su cuento, por lo cual pidió con humildad perdón y se apresuró a devolverle la carga de hierro que retenía en su poder, y a cambio de ella recibió a su hijo único sano y salvo.

Un caso parecido se dio entre dos viajeros que iban juntos en un mismo coche. Uno de ellos tenía justa y sobrada fama por lo inverosímil de sus embustes y pertenecía a esa clase de gentes que parecen haberlo visto todo a través de un microscopio, pues, si se da crédito a sus palabras, todas las cosas adquieren proporciones gigantescas, y de acuerdo con sus explicaciones tanto África como Europa están pobladas por monstruos gigantes. Éste creía que podía exagerar los hechos que describía tanto como le viniera en gana. Así, pues, se dirigió a su compañero de viaje y, con grandes aspavientos, le dijo:

—Yo vi una vez en un campo una col más grande que una casa.

El otro, que conocía muy bien sus mentiras, decidió darle una lección y, sin asombrarse en lo más mínimo, le respondió:

—Pues yo he visto en lugar, no lejos de aquí, una olla tan enorme que parecía una iglesia por su tamaño.

Al oír esto el mentiroso empezó a reír burlándose de su amigo y diciendo que no creía que tal cosa fuera posible; pero su compañero, sonriendo, le replicó con un tono muy suave:

—Pero ¿por qué no? Al fin y al cabo, sólo se hizo para poder cocer la col de que me has hablado.

Este hombre fue un bromista, y el comerciante del cuento anterior actuó con suma habilidad; en realidad, cual quiera de los dos sistemas da resultado para confundir a un embustero, pues si se intenta emplear razonamientos y buenas palabras para combatir su error, la mayoría de las veces no se consigue nada en absoluto.

## LOS DOS PALOMOS

DOS PALOMOS HABITABAN JUNTOS DESDE hacía mucho tiempo y se querían con ternura; pero sucedió que uno de ellos, sintiéndose cansado y aburrido del hogar, fue lo bastante loco como para desear emprender un viaje hacia países lejanos y desconocidos. Así, pues, tomada esta resolución se la comunicó a su compañero, quien, entristecido por tal razón y juzgando una insensatez la idea de su amigo, le dijo:

—Pero ¿qué quieres hacer? ¿Deseas abandonar a tu hermano? ¿No sabes que la ausencia es uno de los mayores males? ¡Claro que no lo será para ti, sino para mí, que me quedaré solo en nuestra morada! Al menos, te deseo que los trabajos y peligros que vas a correr disminuyan un poco tu temerario valor. ¡Aún si la estación estuviera algo más avanzada! ¿Por qué no esperas a que lleguen los céfiros? Ahora hay muchos cuervos que anuncian la desgracia a los pájaros y tengo miedo de que, desde el instante de tu partida, piense sólo en un encuentro fatal con un halcón o cualquier ave de este género. ¿Qué haría yo si te sucediese algo? Siempre estaré pensando en ti; si veo que llueve, me preguntaré con ansiedad: ¿Tendrá mi hermano cobijo? ¿Habrá comido y dormido? Te ruego que abandones tus proyectos. Es una locura, créeme. Te expones a muchos infortunios.

Pero las sensatas palabras del palomo no hicieron más que animar a su compañero y confirmarle en su idea; y aunque experimentaba cierto temor, su deseo de ver mundo pudo más que su buen sentido y respondió a su amigo:

—No llores ni te preocupes. Sólo estaré ausente tres días, con lo cual mi alma se sentirá satisfecha. Y cuando vuelva podré contarte muchas cosas. Te explicaré todas mis aventuras, que te distraerán, no lo dudes. Además, quien no ve cosas nuevas no tiene nada que contar. Mi viaje te

proporcionará un placer extraordinario, pues cuando regrese y te diga dónde he estado y lo que me ha sucedido, creerás que tú mismo te hallabas presente en aquel momento.

Y pronunciadas estas palabras, el viajero se despidió de su hermano, que lloraba, y partió en busca de aventuras abandonando su hogar tranquilo y seguro.

Mas apenas llevaba unos minutos de vuelo vio que se cernía sobre su cabeza una oscura nube que presagiaba una fuerte tormenta. Muy asustado, nuestro viajero miró con recelo en torno suyo buscando algún lugar donde guarecerse, pero lo único que apareció ante su vista fue un árbol de escaso ramaje que ofrecía al palomo muy poca seguridad. Sin embargo, el ave se acurrucó entre sus ramas, pero la fuerza de la tempestad arrancó las pocas hojas que había en el árbol y dejó a nuestro héroe calado hasta los huesos.

Cuando por fin amainó y se despejó el cielo, el palomo se alejó de aquel lugar muy abatido y tiritando debido al agua de la lluvia que empapaba su cuerpo por completo. Mas no por eso habían disminuido sus ansias de aventuras, y en lugar de regresar a su apacible nido partió en busca de sensaciones desconocidas. Al poco rato, volando sobre un campo cargado de espigas de trigo que se doblaban bajo el peso de los granos, divisó allá abajo a otro palomo y sintió deseos de descender para comer junto con él; pero en cuanto lo hubo hecho, se encontró cogido en una trampa, pues el palomo no era sino un engaño para encubrir un traidor lazo que había colocado el dueño de aquel campo. Como las cuerdas eran ya viejas, nuestro amigo empezó a forcejear y después de algunos esfuerzos, realizados con sus patas y su pico, pudo romperlas y se vio libre de nuevo, si bien algunas de sus plumas quedaron allí para siempre. A pesar de todo el palomo se dio por satisfecho de haber podido salir con vida de aquella aventura, cuando un nuevo peligro se presentó de pronto, porque ocurrió que un buitre de terribles garras vio de lejos al infortunado mientras se debatía entre los nudos de la trampa y cómo lograba escapar llevando atado a su pata algún que otro trozo de cuerda del que no había logrado desprenderse, de manera que parecía un preso fugado de la cárcel. El buitre, pues, comenzó a descender hacia el pájaro trazando en el aire sus amedrentadores círculos; y cuando ya estaba muy cerca del desdichado — que, cansado y agotado por la tormenta y el esfuerzo, no podía volar con su acostumbrada rapidez— ocurrió algo que salvó al palomo por segunda

vez, pues de pronto surgió de entre las nubes un águila, la cual al ver al buitre se lanzó sobre él, trabándose entre ambos una terrible y enconada lucha que costó la vida a uno de ellos. Jamás supo el palomo de nuestro cuento cuál de los dos resultó el vencedor, porque, siguiendo los dictados de su buen sentido, se apresuró a poner pies en polvorosa aprovechando el conflicto surgido entre las dos aves que representaba su salvación.

Agradeciendo desde el fondo de su alma la oportuna llegada del águila, el pájaro, fatigado y rendido, voló un corto trecho hasta encontrar una peña, donde se refugió para reposar un rato, creyendo que por fin habrían acabado todas sus desventuras. Pero se equivocaba en sus suposiciones, pues he aquí que un muchacho que había salido de su casa dispuesto a cazar al primer pájaro que encontrase en su camino descubrió al pobre palomo en su refugio y, tensando su honda, le disparó una piedra con tal fuerza que casi le rompió un ala.

Esto fue más que suficiente para nuestro amigo, que, maldiciendo su curiosidad, reunió todas las energías que le quedaban y alzándose de la roca levantó el vuelo y, medio muerto, logró llegar por fin a su hogar añorado, sin correr más aventuras o, mejor aún, desventuras. Mal que bien, el palomo alcanzó su nido, donde su compañero le esperaba llorando y le recibió con los brazos abiertos, diciéndole cuánto había sufrido durante su ausencia, temiendo siempre que le sobreviniera algún mal. El recién llegado le contó todo cuanto le había sucedido en su viaje y comprendió que su amigo tenía mucha razón al decirle que no abandonase su seguro refugio, dejando al que tanto le quería, para ir en busca de cosas inciertas.

## EL MONO Y EL LEOPARDO

En cierto lugar se celebró una fiesta a la que acudieron el mono y el leopardo, ambos dispuestos a ganar todo el dinero que pudiesen mediante sus exhibiciones. Así, cada cual se hacía su propia propaganda para atraer un numeroso público, y el leopardo decía:

—Señoras y señores, acérquense a contemplarme y verán algo extraordinario. Mis méritos y mi gloria son bien conocidos por todas las partes del Mundo. El mismo rey ha reclamado mi presencia y ha expresado su deseo de contemplarme; y, en caso de que yo muera, ha pedido que le sea concedida una de las numerosas manchas de mi piel, las cuales son inigualables y bellísimas. ¡Vengan, vengan a contemplar mi traje con su magnífico colorido!

En efecto, las gentes se acercaban al leopardo deseosas de contemplar su manchada piel y todos se arremolinaban a su alrededor; pero la cosa fue muy rápida y pronto todo el mundo se alejó, pues después de haberlo visto una vez el espectáculo había perdido todo su aliciente.

En tanto el mono daba grandes voces diciendo a las gentes que habían acudido a la feria:

—Por favor, señoras y señores, vengan aquí y podrán regalarse con algo mucho más ameno y divertido. Esta variedad de colores que mi compañero exhibe sobre su piel yo la tengo dentro de mi espíritu. Yo soy nada menos que el primo del mono Fulano, propiedad del Papa, y he venido a esta ciudad en un barco sólo para hablaros. Vuestro servidor es capaz de muchas cosas: habla, se le puede oír, sabe bailar y danzar y hacer piruetas de todas clases. Pasad, pasad y le veréis. No dudéis en entrar, pues el precio es baratísimo; y si no os satisface el espectáculo, a la salida se os devolverá vuestro dinero.

En realidad, el mono tenía razón. La diversidad y la variación de lo exterior cansa pronto, en tanto que la del espíritu resulta mucho más atractiva. Ésta proporciona siempre sensaciones agradables, en tanto que la otra agota pronto sus recursos. ¡Cuántos grandes señores hay semejantes al leopardo, los cuales, por todo talento, sólo cuentan con su aspecto exterior!

## **EL ESCOLAR, EL PEDANTE Y EL DUEÑO DE UN JARDÍN**

Ocurrió en cierta ocasión que un Escolar que acudía a un colegio —cuyo maestro era un hombre muy pedante— y que, debido a su edad y a su mala educación, era un muchacho tan tonto como bribón, entró en la casa de su vecino, hombre muy aficionado a las plantas y a los árboles y que cuidaba con gran esmero de su jardín.

El escolar entró, pues, repetimos, en la casa por el sencillo método de saltar la tapia que separaba los dos jardines; y encaramándose a un árbol, se dedicó a comerse todas las frutas que en él había, y se marchó luego con sigilo. Tantas y tantas veces repitió la operación que el vecino se dio al fin cuenta de que los dulces frutos de sus árboles disminuían a gran velocidad, lo cual le produjo un profundo disgusto, pues el buen hombre cuidaba tanto de su jardín que éste parecía un auténtico vergel en cualquier estación del año. Así, pues, el dueño del jardín decidió acabar con la desfachatez del insolente escolar y no halló mejor medio para ello que ir a quejarse al maestro de la escuela de la deficiente educación de sus alumnos, que se permitían con toda tranquilidad entrar a robar la fruta en los jardines ajenos.

El maestro, muy disgustado, prometió hablar a sus discípulos, y le rogó que le permitiese llevarlos a su jardín, para que de esta forma tuviese más efecto la reprensión. El hombre no vio en ello inconveniente alguno y accedió a la petición del pedante maestro, con tal de verse libre de tal plaga, sin pensar en las posibles consecuencias de su acción.

Así, pues, la tarde siguiente el profesor se presentó en el jardín de la casa del buen hombre, seguido por una multitud de chiquillos vociferantes y muy difíciles de dominar, que en cuanto se vieron en el huerto

comenzaron a campar por sus respetos sin consideración a nadie. Por fin el maestro logró hacerles guardar silencio y se dispuso a hacer un castigo ejemplar del culpable en presencia de todos; pero ante la belleza del huerto, se sintió de repente preso de una inoportuna inspiración y comenzó a hablarles de Virgilio y de Cicerón, así como de otros autores, de manera que los muchachos se quedaron oyéndole con la boca abierta.

Pero esto duró tan sólo unos minutos, pues tanto y tanto se prolongó el discurso del maestro que los inquietos muchachos dieron pronto muestras de cansancio y, moviéndose de un lado a otro, hicieron más destrozos en el jardín de los que su dueño hubiera podido imaginar que haría una turba de insectos devoradores de plantas.

Los discursos fuera de lugar y que parecen no tener fin son inoportunos, por muy elocuente que sea el orador que los pronuncie; y no existe peor plaga en el mundo que la de los escolares, si se exceptúa, desde luego, a los pedantes; pero, en cualquier caso, ni uno ni otro constituyen una agradable vecindad para nadie.

## EL ESCULTOR Y LA ESTATUA DE JÚPITER

Un escultor contemplaba extasiado un bloque enorme de blanco mármol que había llegado a su poder no importa cómo. Tan hermosa era la piedra, tan brillantes sus reflejos y tan suaves sus tonalidades, que el artista pensaba con gran preocupación en un tema lo bastante importante como para ser realizado en aquel maravilloso mármol. Por fin, después de haber meditado un buen rato, el hombre determinó esculpir una estatua de Júpiter y, del todo decidido, decía en su interior:

—Sí. Haré una estatua del dios con un rayo en su mano derecha, para representar su poder, y que semeje decir: «¡Temblad, humanos, y humillaos! ¡He aquí al dueño de la Tierra!».

Al cabo de unas semanas nuestro escultor dio por terminada su obra, una estatua colosal de enormes dimensiones en la que el rostro de Júpiter, gracias al cincel del artista, presentaba una expresión de ira y furor tan terribles que el mismo artífice de la obra quedó admirado de ella. Cuando las gentes vieron la imagen del ídolo, todas fueron de la opinión de que sólo le faltaba el don de la palabra a tan perfecta obra; y cuentan que el propio escultor, mirándola, sufrió un estremecimiento y sintió un formidable temor ante la cólera que se reflejaba en la mirada de la estatua.

A la debilidad del escultor se unió la del poeta que comenzó a sentir miedo por la furia y la fuerza de los dioses que él mismo había creado en su imaginación, al igual que un niño que sólo tiene la preocupación de no causar el enfado de sus muñecos. Éste fue el motivo por el cual el error del paganismo se extendió tan de prisa por los pueblos y las ciudades, porque todo el mundo estaba dispuesto a creer en la realidad de su propia quimera.

Los hombres convierten con facilidad en cosas auténticas sus mismos sueños y creen las mentiras sin ninguna dificultad; y en cambio ¡cuán

reacios se muestran muchas veces a aceptar las verdades!

## EL RATÓN TRANSFORMADO Y MUCHACHA

Un ratón que había caído en poder de un búho pudo, tras grandes esfuerzos, verse libre de su raptor; pero quedó tan malherido que no pudo moverse del lugar donde había caído y allí quedó sin conocimiento. Al poco rato acertó a pasar por aquel sitio un brahmán, el cual se compadeció del pobre animal y lo recogió, pues si bien nosotros no nos preocupamos demasiado de la suerte de nuestros prójimos, los hindúes sí lo hacen; y el ratón fue muy afortunado de que el suceso le acaeciese en aquel país.

Hay que advertir que los brahmanes creen que cuando nuestra alma sale del cuerpo donde haya estado, sea el de un rey o el de un pobre hombre, entra en el cuerpo de otros seres, bien de animales o de árboles; éste es uno de los puntos de su ley.

Por tal motivo, el brahmán de nuestra historia se dirigió con el ratoncito en las manos a casa de un mago conocido suyo, al cual rogó que devolviese al ratón la forma que antes había tenido; y con gran asombro suyo asistió a la transformación de la rata en una hermosa joven de quince años, tan linda y tan gentil que el hombre quedó admirado al verla y, dirigiéndose a la muchacha, le dijo con dulzura:

—Hija mía, sois tan bella que no tendréis más que escoger esposo, puesto que todo el que os vea estará deseando serlo, ya que supondrá para él un gran honor.

Entonces la muchacha le respondió:

—En tal caso, daré mi mano al más poderoso de los seres.

A estas palabras el brahmán quedó unos instantes pensativo; y juzgando que el más poderoso de todos era el Sol, a él se dirigió diciéndole:

—¡Oh Sol! Te ofrezco la mano de mi hija, ya que eres tú quien es el más fuerte.

Pero el Sol respondió tristemente:

—Te equivocas, brahmán. Aquella nube es más poderosa que yo, porque, como es tan espesa, es capaz de cubrirme y ocultar mi rostro a los seres humanos.

El hindú se apresuró entonces a decir a la nube:

—¡Oh nube! ¿Eres tú quien va a desposar a mi hija? El Sol me lo ha aconsejado.

Mas la nube replicó:

—No puedo, porque el viento me lleva adonde quiere y me transporta de un lugar a otro sin que yo pueda impedirlo.

El brahmán comenzó a sentir cierta indignación al ver que nadie podía desposarse con la bella joven, ya que ninguno de los interpelados decía ser el más fuerte; pero por fin fue a hablar con el viento, convencido de que nadie ni nada podría oponerse a su fuerza, y le dijo:

—¡Oh viento! Acude pronto, que te ofrezco a mi hermosa hija por esposa, ya que eres el más fuerte.

Al oír estas palabras el viento se dirigió corriendo al encuentro del brahmán con muestras de gran alegría; pero he aquí que un monte detuvo su desentrenada carrera y le impidió llegar al lugar de su destino.

Viendo lo sucedido, el brahmán decidió que el monte era el futuro esposo de la muchacha, pero cuando le propuso tal alianza éste respondió:

—Lo siento mucho, pero no puedo aceptar tu ofrecimiento, ya que podría tener un disgusto con el ratón y ofenderle sería cosa de locos, porque a lo mejor intentaría vengarse y podría perforarme de parte a parte.

Al oír la palabra **ratón** la joven dio señales de gran alegría y contento; y fue el animal a quien cupo el honor de desposar a la gentil niña, que se mostró muy satisfecha de su elección, que consideraba muy acertada.

Este cuento tiene por objeto demostrar que siempre se tiende a volver al lugar de donde se procede. Sin duda, la historia hubiese podido prolongarse hasta resultar casi interminable, pues el ratón podía haber propuesto por esposo al gato, éste al perro, el perro al lobo, etc., hasta llegar de nuevo al propio Sol; pero lo que sin duda alguna se comprueba en este cuento es la falsedad del principio en que creen los brahmanes, ya que deja bien claro que entre el alma de una rata y la de una joven existe una diferencia enorme, pues ninguna muchacha hubiese aceptado por

esposo un ratón, ya que cada cual ha de seguir el sendero que Dios le ha marcado al crearlo de la Nada.

## EL LOCO QUE VENDÍA LA CORDURA

No ES ACONSEJABLE TENER TRATO CON LOS locos, si bien a menudo se les encuentra por el Mundo, sobre todo en las Cortes, donde causan el regocijo de los príncipes y de los monarcas, porque siempre tienen dispuesta alguna ingeniosa contestación para poner en ridículo a los tontos y a los bribones.

Esta historia ocurrió en una gran ciudad, cuyo nombre no debe importarnos. El loco de nuestro cuento iba de calle en calle parándose en todos las esquinas y pregonando una extraña mercancía, pues aseguraba que vendía a buen precio la sabiduría y la sensatez.

Bien pronto, atraídas por el insólito reclamo, comenzaron a acudir las gentes que habitaban en aquel lugar; y llegados al sitio donde se encontraba el loco algunos se atrevieron a acercarse a él y entregarle algunas monedas para obtener a cambio la cordura que el loco aseguraba vender; pero lo único que recibían por su dinero era una bofetada y un hilo de dos brazadas de longitud.

La mayoría de la gente, al ver esta burla, se indignaba y amenazaba al loco; mas esto era mucho peor, porque los espectadores, que encontraban el suceso muy divertido, se mofaban riendo a mandíbula batiente por su torpeza y credulidad; así, pues, lo mejor era reírse uno mismo y quitar importancia a la cosa, Además, buscarle sentido al asunto era un disparate, ya que la razón no es responsable de los actos cometidos por un loco; y así, si alguno preguntaba a aquél el motivo de su comportamiento, la gente le silbaba como a un ignorante.

Pero uno de los compradores de sensatez se sintió picado en su curiosidad y, llevando en su mano el hilo que el loco le había vendido, fue a ver a un amigo suyo que tenía fama de sabio, explicándole todo el asunto

en cuestión y diciendo que, además, había sido obsequiado con una bofetada por parte del extraño vendedor.

El sabio le escuchó con atención y, tomando el hilo, explicó a su amigo:

—Amigo mío, la cosa es más profunda de lo que en realidad parece y en ella se encierra un jeroglífico de los más puros. Éste es su significado: las gentes bien aconsejadas y con sentido común deben poner entre ellas y los locos una distancia semejante a la de este hilo, pues de lo contrario corren el riesgo de recibir una caricia semejante a la que tú recibiste. Puedes estar seguro de que no has sido engañado, porque, en verdad, este loco vendía la cordura.

## LA OSTRA Y LOS LITIGANTES

Cierto día dos peregrinos llegaron a una playa y vieron sobre la arena una ostra que las olas había depositado allí al retirarse. A la vista de la ostra ambos se regocijaron en extremo y se la comían con los ojos y se la señalaban con el dedo, mientras corrían presurosos al lugar donde ésta se encontraba. Mas cuando estuvieron junto a ella y uno se inclinó para recogerla, el otro le detuvo diciéndote:

—Un momento, compañero. Habríamos de decidir quién será el que se coma la ostra. Considero que el primero que la vio es el que tiene derecho a deleitarse con su sabor, y entretanto el otro deberá mirar cómo lo hace.

A lo cual respondió su amigo:

—Si juzgamos así, ya sabes que, gracias a Dios, gozo de una vista magnífica.

Pero el otro le dijo:

—La mía tampoco es mala, y creo que he sido yo quien la vio primero.

—Te equivocas —respondió su interlocutor—. Fui yo el que la divisó sobre la arena y te advertí de ello.

—Bien —contestó el otro—; pero eso no quiere decir que yo no la hubiera visto antes de que me lo advirtieras.

En esta discusión estaban cuando llegó un hombre al que ambos, de común acuerdo, se dirigieron para rogarle que se constituyese en juez de su litigio y decidiese a quién de los dos pertenecía la ostra de la playa.

El hombre, sin replicar palabra alguna a los peregrinos, se inclinó sobre la arena y cogió la ostra. Examinándola con atención y abriéndola, se la comió en presencia de los dos litigantes, antes de que hubieran tenido tiempo de recobrase de su sorpresa. Hecho esto, tomó las dos conchas de la ostra y entregó una a cada uno, diciendo:

—Tomad. Este tribunal ha decidido entregar a cada uno una concha, sin que debáis pagar nada por ello. Ahora —añadió en tono de presidente— id cada cual a vuestra casa y no volváis a discutir más acerca de esta ostra.

Y dichas estas palabras el hombre se alejó, dejando a ambos peregrinos boquiabiertos y contemplando sus conchas con expresión aturdida, como si aún no comprendieran qué es lo que les había sucedido.

Esto suele ocurrir a quienes entablan pleitos, pues el solo hecho de litigar cuesta de por sí mucho dinero; así, pues, por regla general los litigantes sólo consiguen perder sus bienes y quedarse, al igual que los peregrinos del cuento, con las conchas de la ostra, que carecen de verdadero valor.

## EL LOBO Y EL PERRO FLACO

En uno de los relatos anteriores hablamos de que es de locos abandonar lo seguro por lo probable, contando la historia de la pequeña carpa que intentaba con sus ruegos que el pescador la dejase en libertad y esperase algunos meses a fin de dejarla crecer, con lo cual obtendría una pieza mucho más apreciable. El pececito, al igual que el perro del cuento que sigue, hizo bien en intentar defender su vida; pero el pescador fue un hombre inteligente e hizo caso omiso de sus ruegos, al contrario que el lobo cuya historia vamos a contar dentro de un momento.

Este lobo era un animal bastante tonto; y un buen día halló en sus correrías a un perro que había salido del pueblo con temeridad. Así que lo vio la fiera se lanzó corriendo hacia él con no muy buenas intenciones, pues pensaba en utilizarle como cena; pero el perro, con todo el pelo de su piel erizado de miedo, no perdió su presencia de ánimo y se dispuso a hacer lo necesario a fin de que el lobo le dejara en libertad. Por consiguiente, hizo una profunda reverencia y, hablándole con respeto para halagar su vanidad, le dijo estas palabras:

—Yo no creo que a Vuestra Señoría le plazca apoderarse de mí, viéndome en el triste estado en que me encuentro, pues estoy tan sumamente flaco que todas mis costillas podrían contarse sobre mi espalda. En cambio, si Vuestra Señoría se digna esperar tan sólo unos días, presentaré un aspecto mucho mejor, porque pasado mañana se celebra la boda de una hija de mi amo y, como supondréis, estando de fiesta, me habré de engordar aun a pesar mío. Aguardad, pues, y obtendréis una presa mucho mejor que ahora.

El insensato lobo creyó lo que el perro le decía y Je dejó marchar en paz, relamiéndose de gusto al pensar en los gordo que estaría al cabo de

dos o tres días. Pasados éstos la fiera regresó al mismo lugar para comprobar si, en verdad, el perro presentaba mejor aspecto; pero no le halló, y se dirigió a la casa donde habitaba el dueño del can en busca de su prometida presa.

El animal, que le esperaba metido en casa, le vio venir y dijo al lobo a través de las rejas:

—Amigo, espera un momento, que en seguida salgo en compañía de un camarada mío que es el encargado de guardar la casa. En un instante estaremos los dos a tu lado y verás cómo cumplo lo que te ofrecí.

Este portero de la casa era un perrazo enorme, que tenía gran habilidad para sacarse de encima a los lobos, pues en cuanto éstos lo veían se espantaban de tal forma que salían huyendo sin detenerse ni un momento. El lobo se temió algo parecido, de forma que se apartó un poco de la puerta por donde habían de salir los dos amigos; y apenas le echó la vista encima al portero salió corriendo como alma que lleva el diablo y no cesó de correr hasta que se encontró en su cubil, a salvo de los dientes del porrazo. Entonces el lobo se sentó para tomar resuello y dijo para sus adentros:

—En verdad, obré como un necio al escuchar las palabras de aquel perro y no devorarlo en el acto. Suerte que soy ágil y corro a gran velocidad, porque de lo contrario, por haber menospreciado una presa pequeña pero cierta, hubiese acabado mis días en las fauces de aquel enorme can. Está visto que aún me falta mucho por aprender.

## NADA DE EXCESOS

ÉSTA ES UNA FRASE QUE SE REPITE CON pesadez una y otra vez, pero sin obtener con ello grandes resultados, pues la exageración es un mal del que adolecen gran multitud de gentes; y no sólo los seres humanos, sino también los animales y las plantas. En una palabra, todas las cosas creadas se apartan de las normas de temperancia dispuestas por su Creador.

Así sucedió cuando fue creado el trigo; bien pronto las espigas, hinchadas en exceso, sacudían a menudo los barbechos y, creciendo demasiado aprisa, privaban a sus propios frutos del alimento necesario para su desarrollo. A fin de poner límite a los excesos de las espigas, cuyo ejemplo era seguido hasta por los árboles, el Creador dejó que los corderos pudiesen coger los granos de las mieses más pródigas; pero éstos se arrojaron corriendo sobre ellas y comieron más de las necesarias, de manera que el Cielo permitió que los lobos devorasen algunos corderos. Mas sucedió que las fieras cayeron también en la exageración, y a no impedirlo no hubiesen dejado una sola oveja sobre la superficie terrestre; y si no llegaron a conseguirlo, al menos lo intentaron. Para reparar esto Dios consintió en que los humanos castigasen a los lobos; pero los hombres abusaron a su vez de las órdenes divinas y mataron más animales de lo que realmente era necesario.

De todos ellos, sin embargo, el hombre es el que tiene mayor tendencia a dejarse llevar por los excesos; pero en realidad todos debieran ser procesados, tanto los grandes como los pequeños, pues no existe un ser viviente que no caiga en este defecto. La temperancia, el término medio, es algo de lo que se habla mucho, pero que rara vez es observado.

## JÚPITER Y EL VIAJERO

LO QUE SE CUENTA EN ESTA HISTORIA ES cosa muy frecuente; por desgracia, no sólo entre los paganos, como el del cuento que sigue, sino también entre los cristianos. Si cumplieran los hombres todo lo que prometen en un momento de apuro la cosa sería diferente; pero en cuanto ha pasado el peligro el hombre olvida cumplir sus promesas con más frecuencia de la debida. No se cuenta lo que se debe al Cielo, sino sólo lo que se ha de dar a la Tierra, lo cual, siendo de menor importancia, es en cambio más difícil de olvidar. Y esto fue lo que le sucedió al pagano de nuestro cuento.

Este hombre viajaba en un barco cuando, sin que nadie pudiese preverlo, estalló una fuerte tormenta que amenazaba con hundir la nave. El pasajero a quien nos referimos, lleno de temor y asustado ante la proximidad de la muerte, prometió en su angustia a Júpiter que, si salía sano y salvo de aquel trance, le ofrecería en holocausto cien bueyes, lo cual era igual que si hubiese dicho cien elefantes, porque no poseía ni uno sólo.

El dios atendió a su súplica y le libró de la muerte. En cuanto nuestro hombre se vio a salvo en la playa, para cumplir la promesa hecha, quemó algunos huesos de buey, cuyo olor ascendió hasta el trono de Júpiter, y dirigiéndose a él le dijo:

—¡Oh Júpiter! He aquí la ofrenda que te había prometido. Lo que estás respirando es un olor a buey y el humo es tu parte en el sacrificio. Así, pues, no te debo nada más.

Y con esto el hombre se quedó satisfecho y tranquilo, pensando que ya había cumplido su ofrecimiento.

Pero a Júpiter no le gustó la broma; y si bien al principio no pareció ofenderse por ella, al cabo de unos días decidió castigar al hombre que se había permitido intentar burlarse de él. A tal fin le envió un sueño en el que le mostró un tesoro escondido en cierto lugar no lejos de la ciudad donde moraba. El hombre, acuciado por la codicia, en cuando despertó decidió ponerse en camino para ir en busca del tesoro que había visto en su sueño.

Pero cuando se dirigía al escondite revelado por el dios encontró a unos ladrones, quienes le amenazaron con darle muerte si no les entregaba gran cantidad de oro. El hombre, que no llevaba encima más que una bolsa que contenía un solo ducado, a fin de salvarse, prometió a los bandidos que, si le acompañaban a aquel lugar donde estaba enterrado el tesoro que él conocía, les daría cien escudos de oro que sacaría de él. Mas los ladrones no quedaron muy convencidos del lugar mencionado por nuestro personaje y, creyendo que sólo intentaba ganar tiempo para deshacerse de ellos, le dijeron:

—Amigo, tú has creído que puedes burlarte de nosotros con impunidad; pero no es así y te demostraremos lo equivocado que andas con tus chanzas, ya que te mataremos y te enviaremos al reino de Plutón, el cual aceptará encantando el don de cien escudos de oro que nos has ofrecido.

Y de nada le valieron las protestas y las súplicas, ya que los bandidos no creyeron una sola palabra de sus promesas y le mataron allá mismo, dejándole tendido en medio del camino.

## EL GATO Y EL ZORRO

El gato y el zorro como dos santitos, fueron juntos en peregrinación. En realidad eran dos hipócritas, dos pillos redomados que, para sufragar sus gastos y resarcirse de las pérdidas que para ellos representaba el viaje, se dedicaron todo lo largo del camino a comerse todas las gallinas y pájaros que encontraron a su paso, aparte de algún que otro queso sin dueño a la vista.

Como el trayecto que debían recorrer era muy largo empezaron a notar síntomas de aburrimiento; y para combatirlo decidieron discutir sobre algo, pues ya es cosa sabida que la disputa resulta un remedio infalible para matar el tiempo. Largo rato se entretuvieron con este recurso, mas al acabárseles los temas de discusión se pusieron a hablar el uno del otro. Al fin el zorro dijo, dirigiéndose a su compañero de viaje:

—Tú pretendes ser muy hábil, pero verdaderamente ¿sabes tanto como yo? Yo conozco más de cien tretas, tanto para alejar a los que me persiguen como para dar caza a mis presas.

A lo cual respondió el gato:

—Yo, por mi parte, sólo conozco una, pero te aseguro que vale por mil.

Y como ambos deseaban volver a emprender una nueva discusión, aprovecharon el momento y se enzarzaron en una querrela, asegurando cada cual que era mucho más astuto que su camarada.

Pero he aquí que, mientras estaban disputando, se oyeron los ladridos de una jauría cercana, que vinieron a interrumpir a los camorristas animales. Los dos prestaron atención al ruido; y al convencerse de que, en efecto, eran perros los que se aproximaban, el gato se volvió al zorro y le dijo:

—Amigo, empieza a revolver en tu astuto cerebro y busca en tu repertorio alguna treta para librarte de lo que se nos viene encima. Por mi parte, yo sé muy bien lo que he de hacer. Adiós.

Y diciendo estas palabras, el gato se encaramó con prisa y agilidad por el tronco de un árbol cercano hasta alcanzar la copa, donde se mantuvo a la expectativa. El zorro, a su vez, emprendió una desenfrenada carrera, dio mil vueltas, hizo cien piruetas y engañó montones de veces a los perros que le perseguían, mientras buscaba un asilo donde guarecerse. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles, porque no logró despistar por completo a sus seguidores; y al final, cuando ya se había refugiado en su cubil, los canes le descubrieron de nuevo y el humo de las fogatas encendidas por los cazadores le obligó a salir de la madriguera. Y al escapar de un galgo, otros dos perros se le echaron encima y le estrangularon en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

Así acabó sus días el zorro que tanto se enorgullecía de sus tretas y del gran número de recursos que tenía para cada momento. A veces es mejor conocer uno sólo, con tal que éste sea lo suficientemente bueno, pues de lo contrario, queriendo hacer demasiadas cosas, no se consigue sino perder un tiempo precioso.

## EL TESORO Y LOS DOS HOMBRES

Sucedió en cierta ocasión que un hombre, habiendo perdido toda su fortuna, se encontró de pronto sin crédito y sin recursos, y al comprobar su triste situación decidió que lo mejor que podía hacer era ahorcarse para acabar así sus días y concluir con sus miserias y su triste suerte, porque, de no matarse él, pensó que lo haría el hambre al cabo de unos cuantos días.

Así, pues, con este descabellado propósito firmemente asentado en su cabeza, el hombre escogió para poner fin a su vida una vieja casucha abandonada, la cual sería un escenario perfecto para el drama que iba a tener lugar; y armándose de una gruesa cuerda de cáñamo y un clavo para atarla al muro, en previsión de que no hubiera un saliente apropiado para el caso, nuestro personaje se dirigió al lugar designado por él mismo.

Cuando llegó a la ruinoso mansión hizo un nudo corredizo en un extremo de la soga e intentó atar el otro al clavo que pensaba clavar en la pared. Pero cuando lo hizo el muro, gastado por los años, no resistió los martillazos, se resquebrajó y al cabo se vino abajo con gran ruido dejando al descubierto un tesoro que estaba escondido en su interior. El antes desesperado hombre, abandonando la soga, se precipitó hacia el repleto cofre que yacía a sus pies y, olvidándose de sus intenciones suicidas, comenzó a saltar de júbilo. Y cogiendo el tesoro hallado se volvió muy contento a su casa, dejando la cuerda tirada en el suelo de la casucha en que había pensado acabar sus días.

Al poco rato de partir nuestro hombre acudió al lugar el dueño del tesoro; y júzguese su asombro al no encontrar ni una sola moneda de las que con tanto celo guardaba. El avaro (pues sólo un avaro ocultaría de tal forma su dinero), al ver que habían desaparecido sus ahorros de tantos años, se desesperó y, mesándose los cabellos, decía a grandes voces:

—¿Cómo es posible que me hayan robado mis bienes? ¿Qué será de mí sin ellos? Prefiero la muerte a vivir sin mi tesoro. Ahora mismo me colgare de esta cuerda.

Y como el nudo estaba ya dispuesto y sólo hacía falta un hombre lo bastante necio como para colocárselo en torno al cuello, el avaro de nuestro cuento, que no pecaba en verdad de un exceso de sensatez, se lo puso alrededor de la garganta y se ahorcó tal y como pensaba hacerlo. Tal vez su único consuelo en aquel momento fue el pensar en que no era él quien había pagado la fuerte sogá de cáñamo, sino otro cualquiera; pero el caso es que la cuerda, al igual que el tesoro, encontró un dueño que se sirvió de ella.

Rara vez el avaro acaba sus días feliz y sin lágrimas, porque la suma que ha reunido a lo largo de tanto tiempo de privaciones y de llevar una vida miserable no puede acompañarle en su viaje al otro mundo, lo cual le llena de tristeza, ya que se da cuenta de que ha estado ahorrando para los ladrones, o para sus parientes, que a su modo de ver dilapidarán su fortuna en pocos días; o si no para la tierra en el caso de tenerlo tan bien escondido que nadie pueda dar con él.

## EL MONO Y EL GATO

Un mono y un gato vivían juntos en la misma casa, pues pertenecían ambos a un solo dueño. En realidad eran un par de pillos que no pensaban ni hacían nada bueno y que no tenían miedo de nada en absoluto, por lo cual resultaba imposible hacer con ellos un escarmiento.

Si, por casualidad, se encontraba a faltar alguna cosa en la casa, a nadie se le ocurría pensar en ladrones o desaprensivos, pues ya se sabía quiénes eran los autores de la fechoría; el mono hurtaba todo cuanto le apetecía y el gato, por su parte, prestaba mucha más atención al queso que a los ratones que, según su obligación, debía cazar.

Estando así las cosas, ocurrió que cierto día los dos animales se encontraban al lado del fuego, viendo con ojos codiciosos cómo se asaban en él unas doradas castañas. Ambos se relamían de gusto pensando en lo ricas que estarían y además veían en el asunto un doble provecho; es decir, su bien en primer lugar, y en segundo el mal de otros. El mono, que estaba calculando cómo conseguir el apetitoso manjar, dijo con intención al gato:

—Hermano, estaría bien que hoy dieses un golpe maestro y me acercaras esas castañas que hay en el fuego. Por mi parte puedo asegurarte que si Dios me hubiese proporcionado los medios para acercarme a las llamas sin quemarme no me estaría sentado aquí contemplándolas, sino que ya no habría dejado ni una sola.

Al oír estas palabras el gato se sintió picado en su amor propio y, pensando gozar también él del festín, replicó al mono:

—Ahora verás lo que soy capaz de hacer.

Y, en efecto, tal como lo dijo lo cumplió, y utilizando su pata retiró con habilidad las brasas más cercanas y, tras de extender la ceniza y quitar sus

dedos del fuego repetidas veces, logró alcanzar una castaña, que empujó hacia el mono, y después otra y otra y otra...

Tan abstraído estaba el pobre gato luciendo sus habilidades y sus mañas que no advirtió que, conforme él sacaba las castañas del fuego, su compañero de fechorías se daba buena prisa en devorarlas, sin guardar ni una sola para el que trabajaba y sudaba junto a las llamas del hogar. Pero cuando más distraídos estaban, el uno retirando y el otro comiendo, entró en la cocina una de las sirvientas, la cual, viendo al gato en su tarea de robar castañas, sin fijarse apenas en el otro animal, la emprendió a escobazos con él, en tanto que el mono huía con presteza de su alcance.

Pasada una semana, el pobre minino aún sentía en sus costillas los golpes que la criada le había propinado. En verdad, el pobre desgraciado no lo pasó muy bien, así como ocurre con los príncipes y los cortesanos que, sintiéndose halagados por un empleo semejante al del gato, van a luchar a las provincias, con peligro de quemarse los dedos, y todo en provecho de cualquier monarca.

## EL MILANO Y EL RUISEÑOR

Un milano había extendido la alarma por toda la comarca, atemorizando a todos con sus audaces robos. Todos los vecinos le temían y le odiaban porque se llevaba sus gallinas, y los niños de las aldeas cercanas le gritaban y le arrojaban piedras en cuanto le veían aparecer.

Quiso la mala suerte que cierto día viniese a caer en las garras del ave ladrona un pequeño y gracioso ruiseñor. El anunciador de la primavera, cuando se vio en tal fatal compañía, comenzó a temblar; pero, dispuesto a luchar por su vida, haciendo acopio de todo su valor, se dirigió a su raptor y le dijo:

—Os ruego, ¡oh gran señor!, que me concedáis el inmenso favor de perdonarme la vida. Yo soy un pájaro tan pequeño que no podréis saciar conmigo vuestro apetito. En realidad, mi único arte es el canto. ¿Por qué, pues, en vez de devorarme, no escucháis mi voz? Oíd mi canción. Estoy seguro de que os complacerá, pues os cantaré la historia de Tereo y sus envidias.

A lo cual replicó el milano:

—¿Qué Tereo? ¿Es, por ventura, eso un manjar apropiado para los de nuestra raza?

Y el ruiseñor le contestó:

—No es eso. Se trata de un gran rey, cuyos violentos hechos me hicieron experimentar sus ansias criminales. Escuchadme, pues, y oiréis una canción tan bella que quedaréis maravillado. Creedme, porque mis cánticos complacen a todo el mundo.

Entonces el ave cruel le replicó:

—¡Ésta es buena! Yo estoy en ayunas y con un apetito atroz y tú vienes a hablarme de cánticos. En verdad que el momento es de lo más

oportuno para disertar sobre las bellezas de la música y para oír la historia de Tereo.

—Pues bien hablo a los reyes —dijo el pájaro—; y os aseguro que me escuchan con gran atención.

—Eso ahora carece de importancia —respondió el milano—. Cuando un rey te tenga en su poder, podrás hablarle de lo que quieras y contarle todas esas maravillas que dices. Pero un milano no hará otra cosa que reírse de ellas, pues con el estómago vacío le es imposible escuchar nada, ya que se le tapan los oídos.

Y diciendo y haciendo, el milano hambriento se lanzó sobre el pájaro cantor y en un segundo acabó con él.

## EL PASTOR Y SU REBAÑO

Un pastor que acababa de perder en las fauces del lobo uno de sus corderitos se lamentaba por su muerte en estos términos:

—¡Oh! ¿Por qué siempre me ha de faltar uno u otro de los componentes de este pueblo débil e insensato? ¡Siempre ha de devorarme el lobo alguno de ellos! Me gustaría contarlos. Eran más de mil y han permitido sin defenderse que un solo lobo se llevara con toda tranquilidad al pobre Robín, al pequeño Robín que me seguía por la ciudad por un poco de pan y que me hubiera seguido hasta el fin del Mundo si fuera preciso. ¡Mi corderito! En cuanto oía el son de mi cuerno corría hacia mí, y conocía mi presencia desde cien leguas a la redonda. ¡Ay de mi pobre Robín, comido por el lobo! Y estos animales nada hicieron por librarle de sus garras crueles.

Cuando el buen pastor hubo dado fin a esta especie de oración fúnebre, para lamentar la pérdida de su pequeño corderito, decidió arengar a todos los restantes miembros del rebaño, no sólo a los jefes, sino a la multitud y hasta al menor de todos ellos, pidiéndoles que fuesen fuertes y exhortándolos a mantenerse firmes cuando apareciese la fiera rondando por aquellos contornos; pues si le hacían frente, aseguraba el pastor, esto sería suficiente para que el lobo, que en el fondo era un cobarde, diera media vuelta y corriera a refugiarse en su cubil.

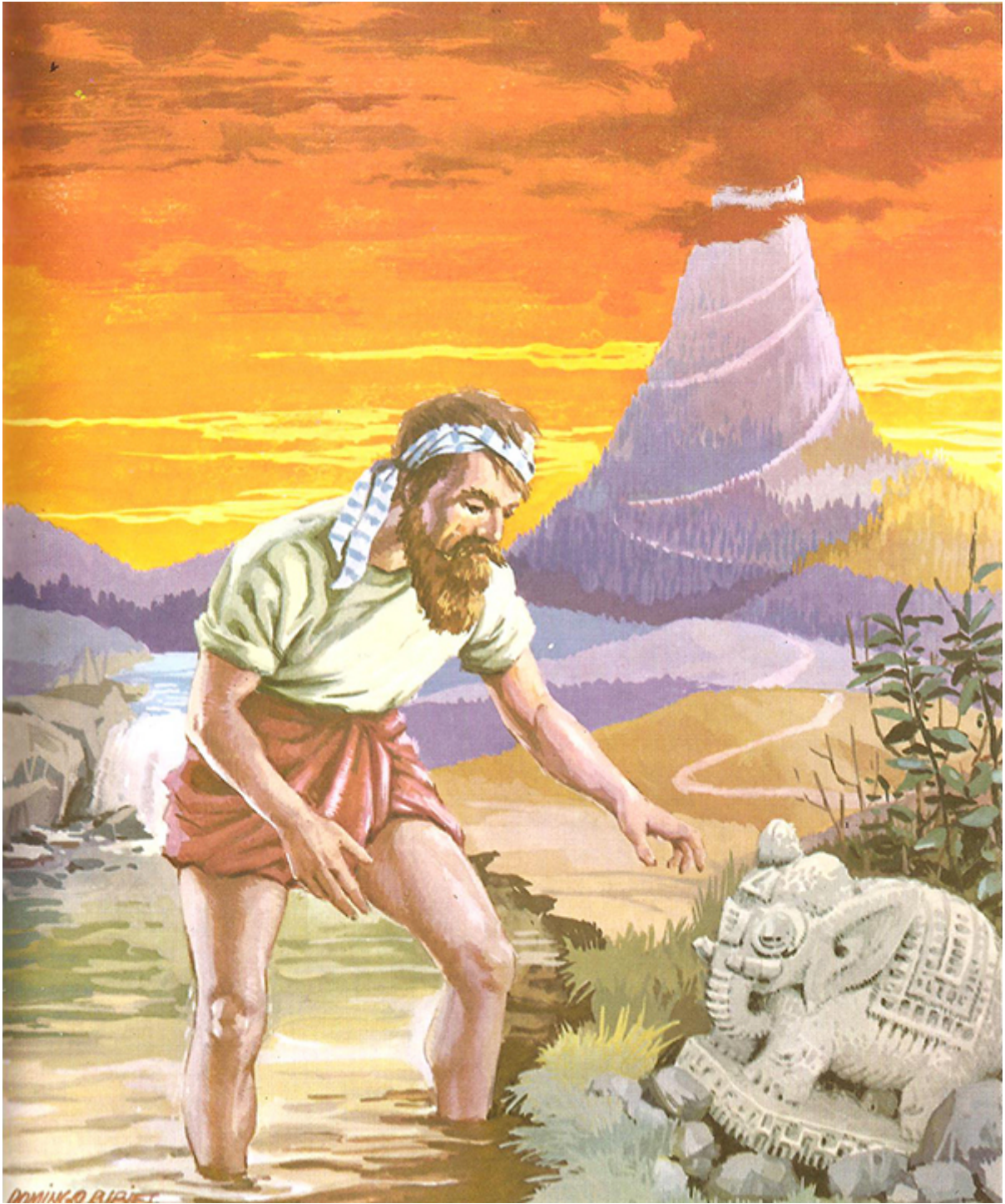
El rebaño en pleno prometió que, aunque fueran cien lobos los que le acometiesen, no se moverían ni un ápice del lugar donde se hallaban; y tomando la palabra, uno de los más viejos dijo:

—Nos mantendremos todos firmes, y si es preciso presentaremos batalla a la fiera, pues queremos ahogar al glotón, que ha sido capaz de robarnos a nuestro compañero Robín.

A estas palabras siguió un confuso griterío y cada uno de los corderos aseguró que respondía con su cabeza de la palabra dada, con lo cual el pastor quedó muy satisfecho, creyendo que, por fin, se habrían acabado sus pesares.

Pero he aquí que llegó la noche y el pastor, confiando en que las ovejas mantendrían su promesa, se echó a dormir un rato para descansar del trabajo del día. Las sombras fueron haciéndose cada vez más densas y los corderos, que unas horas antes se declaraban tan valientes y decididos, comenzaron a sentir miedo, y al menor ruido se apretujaban unos contra otros, llenos de terror y de angustia. De pronto apareció un lobo que rondaba por las cercanías y cundió la voz de alarma pronto entre los animales, los cuales, sin recordar su promesa hecha aquella misma tarde al pastor, huyeron llenos de pánico y se dispersaron en todas direcciones. Al ruido de los balidos del rebaño despertó el pastor, que, indignado de la cobardía de aquellos necios, buscó la causa de su precipitada fuga y vio asombrado que no se trataba de un lobo, como creyera al principio, sino de la sombra de unas peñas que tenían la apariencia de dicha fiera. Al ver aquello el pastor se convenció de que era inútil tratar de convertir en valientes a los pusilánimes corderos, y recogidos los llevó a su redil y regresó a su casa.

También es inútil malgastar tiempo y palabras en arengar a los malos soldados; pues, aunque prometen heroicidades en la batalla que se avecina, en el momento en que existe el menor peligro, su valor desaparece como el humo y ni el ejemplo de su jefe ni sus gritos de aliento son capaces de detener su precipitada fuga.



## LOS DOS RATONES, LA ZORRA Y EL HUEVO

En cierta ocasión dos ratones que revolvían por la despensa de una casa encontraron un huevo, cosa que les causó una gran alegría, pues para la gente menuda que constituye el pueblo de las ratas un huevo representa una succulenta cena.

Pero aquí que cuando ya se disponían a abrirlo, a fin de comerse cada cual la parte que le correspondía, apareció ante su vista una zorra; y si bien los ratones sabían que para ella el huevo constituía escaso alimento, al tiempo que ellos disfrutarían con él como si se tratase de un buey bien cebado, no dudaron un momento de que el astuto animal haría todo lo posible por apoderarse de su tesoro.

En verdad que el encuentro no podía resultar más inoportuno. ¿Qué podían hacer los pobres ratoncitos para salvar su cena de la codicia de la zorra? Se trataba de lograr llevar el huevo hasta su escondrijo lo más de prisa posible; pero empaquetarlo y cogerlo los dos juntos con sus patas delanteras resultaba lento, y hacerlo rodar o arrastrarlo era poco menos que imposible; y aparte de esto quedaba el peligro de que se rompiera a medio camino y se quedaran sin el fruto de sus sudores.

Los dos ratones pensaban con rapidez mientras oían los pasos de la zorra que se acercaba, hasta que, al fin, uno de ellos dio con la solución apropiada, pues ya es sabido que la necesidad aguza el ingenio. En un instante se lo comunicó a su compañero y los dos trabajaron como locos para lograr su propósito. Uno de ellos se echó en el suelo sobre su espalda y cogió entre sus patitas el codiciado huevo, en tanto que el otro le estiraba por la cola, como si tirase de un carro. Y de esta manera nuestros amigos pudieron alcanzar su agujero con su presa intacta y la pusieron a salvo de

la hambrienta zorra antes de que ésta hubiese tenido tiempo de darse cuenta de lo que había sucedido.

## EL HOMBRE Y LA CULEBRA

Cierto día un campesino, que había salido de su casa con intención de inspeccionar las espigas de trigo que crecían en uno de sus campos, algo distante de allí, al regresar de su paseo vio pasar por el camino a una culebra, y, lleno de rabia, dijo:

—¡Ah malvada! Voy a realizar una buena obra que resultará agradable a todo el Universo.

Y dichas estas palabras, el hombre se inclinó con presteza; y antes de que el perverso animal hubiera tenido tiempo de reaccionar, se apoderó de ella y la metió en un saco que llevaba. Hecho esto, se lo cargó al hombro y se volvió a su casa, pensando por el camino qué decisión había de tomar.

Una vez estuvo allí el campesino decidió que lo mejor que podía hacer con el reptil que había hallado era acabar con él; y así, resolvió darle muerte sin juzgar si era o no culpable. Pero creyendo que sería oportuno darle una razón que justificase su comportamiento, se dirigió a ella y le habló a través del saco diciendo:

—¡Oh símbolo de la ingratitud! Ser bueno con los malvados es tanto como ser necio. Por consiguiente, voy a matarte, y de este modo tu cólera y tus dientes no volverán a causarme molestias.

La serpiente, que vio acercarse su fin, le replicó en su lengua lo mejor que pudo; y, dispuesta a defenderse hasta donde le fuera posible, respondió:

—Si fuera necesario condenar a todos los ingratos que existen en este Mundo, ¿a quién se podría perdonar? Tú mismo eres quien hace tu proceso; me fundo en tus propias palabras. Mira a tu alrededor y contéplate a ti mismo. Mis días están en tus manos. Rómpeles, pues; es tu justicia, es decir, tu utilidad, tu placer o tu capricho. Según estas leyes

puedes condenarme; pero permite que te hable con claridad en el momento de mi muerte y te diga que estás equivocado en tus opiniones, porque el símbolo de la ingratitud no es, en verdad, una miserable culebra, sino el mismo hombre.

Estas palabras detuvieron al campesino, que permaneció pensativo durante unos minutos; pero al fin, con un gesto desdeñoso, replicó a la serpiente:

—Tus razones son absurdas e insensatas. Yo podría tomar la decisión de juzgarlas por mí mismo; pero, para darte una prueba de mi buena voluntad, podemos consultar a alguien más sobre el asunto. Por ejemplo, a una vaca que tengo en mi establo.

A esto respondió el reptil:

—De acuerdo. Haz lo que dices.

Así, pues, el campesino y la culebra fueron al establo y pidieron a la vaca que les diese su parecer acerca de quién de los dos era más ingrato, si el hombre o la serpiente. La vaca los miró a ambos y, sin pensar ni un momento, habló de esta manera:

—Lo que me proponéis es cosa muy fácil de resolver. ¿Es sólo por esta nimia cuestión por lo que habéis venido a verme? La cosa está clara, y es la culebra quien tiene razón. ¿A qué negar algo tan evidente? Yo alimento a este hombre desde hace muchos años, sin que mi leche le haya faltado ni un solo día; y gracias a mis hijos ha regresado del mercado más de una vez con las manos llenas de monedas. Siempre le he prodigado todos mis bienes, y ahora que está enfermo le he hecho recuperar la salud perdida. Pero ¿qué es lo que recibo a cambio? Como ya he llegado a vieja, este hombre, que no me debe más que favores, me abandona en un rincón sin hierba. ¡Si al menos me dejara pacer un poco! Pero no; debo estar atada. Si yo hubiera sido una serpiente para mi amo, ¿acaso hubiera llevado a tal extremo la ingratitud? Adiós. Ya sabéis cómo pienso.

Y dicho esto, la vaca les miró con sus ojos melancólicos y regresó triste a su rincón. Pero el hombre, a la vez asombrado y molesto por aquella sentencia, dijo a la culebra:

—¿Cómo vamos a creer en sus palabras? Es una vieja chocha que empieza a perder Ja razón. Vamos en busca del buey, que sin duda nos aconsejará con mejor sentido.

—Vamos, pues —asintió la culebra.

Y tal como dijeron lo hicieron y llamaron al buey, el cual vino caminando con sus lentos pasos al encuentro de los que discutían; y cuando le hubieron expuesto el asunto, después de permanecer silencioso durante un buen rato como si rumiase de modo profundo sobre el caso, levantó lenta y pausadamente la cabeza y dijo:

—Mi opinión es que la culebra está en lo cierto al decir que el hombre es el colmo de la ingratitud. Por mi parte, puedo afirmar que de todas las faenas del campo me corresponden las más pesadas, pues he de estar siempre recorriendo las tierras y los campos, soportando el duro trabajo, sin recibir a cambio de él más que muchos golpes y poco alimento y muchas menos caricias; y, por añadidura, ocurre también a los de nuestra especie que, al llegar a viejos, los hombres les ofrecen en sacrificio a sus dioses, para aplacar su ira, creyendo que con ello nos dispensan un gran honor. ¿Qué puede haber más ingrato que un hombre?

Y una vez concluido su discurso el buey dio media vuelta y se alejó. Mas el hombre, sintiendo aumentar su enojo, dijo a la culebra:

—No vamos a hacer caso de lo que dice este pesado orador; no hace sino buscar palabras y frases grandilocuentes y, en lugar de actuar como árbitro, se transforma en acusador. No pienso aceptar su opinión, y propongo interrogar a aquel árbol, que sin duda será más sensato que estos dos animales.

La serpiente aceptó y los dos fueron hacia el árbol y le plantearon la cuestión que se debatía, rogándole que actuara como juez. El árbol escuchó y, al cabo, dijo a los contendientes:

—Desde luego, estoy de acuerdo con lo que dice la culebra; si no, miradme a mí. Mis ramas sirven al hombre de refugio contra el calor, la lluvia y el furor de los vientos; sólo para él adorno los campos y los jardines, no únicamente con mi sombra, sino también con mis frutos, que hacen que me incline bajo su peso. Durante todo el año yo prodigo mis bienes a la especie humana; en primavera, flores; en verano, le doy sombra; en otoño, mis frutas; y en invierno le proporciono el placer del fuego que caldea su hogar. Y ¿qué es lo que recibo en recompensa? Cuando llegue a viejo, un hacha me derribará y pondrá fin a mis días. Ésta es la ley de los hombres y hay que acatarla.

Así dijo el árbol; pero el hombre, en lugar de aceptar el juicio unánime de los tres seres a los que él mismo había querido consultar, se indignó por

haberse dejado convencer por ellos, queriendo tener razón a toda costa; y así, dijo para sus adentros:

—En verdad, soy demasiado bueno por prestar atención a lo que me dice este género de seres.

Y tomando el saco que contenía a la serpiente, sin más explicaciones ni disputas, dio con él tan fuerte golpe contra el muro, que mató en el acto a la culebra.

Esto y no otra cosa es lo que acostumbra ocurrir entre los poderosos: la razón les ofende, porque tienen metido en la cabeza que todos los seres, ya sean cuadrúpedos, gentes o serpientes, han nacido para estar a su disposición y para serles útiles. Si alguien se atreve a manifestar una opinión en contra de la suya, lo tienen por necio. Así, pues, lo mejor es mantener la boca cerrada ante los que ostentan el poder, o bien hablarles de lejos, sin ponerse al alcance de sus manos, porque de lo contrario, o no se dará importancia a aquella opinión o se acabará como la culebra.

## LA TORTUGA Y LOS DOS PATOS

Hubo una vez una tortuga que tenía la cabeza muy ligera y llena de pensamientos alocados. Un buen día, cansada de vivir siempre en el mismo lugar y de observar las mismas caras y de contemplar los mismos paisajes, decidió marcharse de su país, con su casa a cuestas, dispuesta a correr mundo y ver todo lo interesante que en él hubiese.

Con esta decisión, nuestra tortuga fue a despedirse de todos sus vecinos para así, de paso, hacerles saber que emprendía un largo viaje, lo cual la hacía sentirse Orgullosa y satisfecha. Pero cuando llegó a la casa donde habitaban dos patos amigos suyos, éstos le hicieron ver que, con su lento paso, no vería ni la cuarta parte del Mundo, aunque se pasase caminando el resto de su vida. En cambio le propusieron otro sistema de realizar sus deseos y le dijeron:

—Comadre, ¿ve usted ese amplio camino? Es el que conduce a América; y si quiere, nosotros podemos llevarla por el aire hasta dicho país. De esta forma podrá ver muchas repúblicas, muchos reinos y muchos pueblos, y así disfrutará más y observará las costumbres de los habitantes de cada lugar por el que atravesemos.

Al punto la tortuga se sintió tentada por el deseo de realizar un viaje por aire y aceptó la proposición que le hacían los dos patos. Quedaba, empero, una pequeña cuestión: ¿cómo la transportarían? Pues no se trataba de un animal ligero, ya que además llevaba siempre su casa a cuestas. Pero los dos patos se ingeniaron para construir un aparato —bien sencillo por cierto— que les permitiera llevar a cabo su proyecto, pues consistía en un palo al que la tortuga debía sujetarse mediante sus dientes, y cuyos extremos asirían ellos, cada uno por un lado. En el momento de partir advirtieron las aves a su vecina:

—Sobre todo, comadre, recuerde que no debe soltarse ni abrir la boca para nada, sino que tiene que mantener apretados los dientes.

La tortuga asintió y los patos, asiendo las puntas de la madera, emprendieron el vuelo y se remontaron por los aires llevando en medio de ambos a la tortuga, que encontraba muy agradable este sistema de viajar.

Las gentes de los pueblos y aldeas sobre los cuales pasaba la extraña comitiva no podían menos de quedar mudas de admiración viendo marchar de esta guisa al animal, con su casa a cuestas, sostenido por los dos palmípedos. Sin poder contener su asombro, alguien gritó:

—¡Milagro! Venid todos aquí y veréis pasar volando sobre las nubes a la reina de las tortugas.

Como volaban a escasa altura, la tortuga oyó lo que de ella se decía y, llena de insensata vanidad, gritó a los boquiabiertos hombres:

—No os burléis de mí, porque, en efecto, soy la reina de las tortugas.

Hemos dicho que gritó, pero más bien intentó hacerlo, porque apenas hubo abierto la boca para responder a la gente se soltó del palo que la sujetaba a las patas de las aves que la conducían, y cayendo a plomo fue a morir reventada a los pies de sus mismos admiradores.

Mejor hubiera hecho la tortuga de nuestro cuento en mantener los dientes apretados en torno al palo. Su indiscreción fue la causa de su muerte; pero, en realidad, tanto la imprudencia como la charlatanería y la necia vanidad son tres defectos semejantes.

## EL LOBO Y LOS DOS PASTORES

Cierta día un lobo, lleno de humanidad (si tal cosa puede decirse de un lobo), se puso a reflexionar sobre los actos de crueldad que había cometido, aunque tan sólo mataba cuando le acuciaba el apetito y era necesario. Nuestro lobo, pues, pensaba y decía para sus adentros:

—En verdad es triste que tengamos que ser odiados por todo el mundo; pero no hay duda: el lobo es el enemigo común y los perros y los cazadores y los aldeanos se reúnen todos para acabar con él. Hasta el mismo Júpiter está aturdido de oír sus aullidos. Nuestras cabezas son puestas a precio y todos publican bandos semejantes contra nuestra raza. No hay en el Mundo un niño que, si se pone a llorar, no se vea amenazado por su madre con la venida del lobo. Todo esto ¿por qué? Por comemos un viejo asno, o un perro sarnoso, o una oveja medio podrida. ¡No vale la pena! Así, pues, desde hoy ya no comeré más seres vivos, sino que me dedicaré a pacer la hierba de los prados, o de lo contrario moriré de hambre. ¿Es tan mala la muerte, en realidad? ¿No es mejor aún que sentirse odiado y rechazado por todo el mundo?

Mientras reflexionaba sobre estas cosas y caminaba por el bosque, el lobo llegó a un prado donde pacía tranquilo un rebaño con sus pastores y sus perros. Pero ¡cuál no sería el asombro de la fiera cuando vio que los pastores estaban sentados a la sombra de un árbol comiendo con buen apetito un cordero asado, cuyos huesos se encargaban de devorar los canes, apenas tocaban el suelo!

—¡Oh! —dijo nuestro lobo al contemplar tal espectáculo—. ¡Y pensar que me reprochaba hace unos momentos por verter sangre de estos animales; y, en cambio, sus mismos guardianes, junto con los perros encargados de su custodia, se los están comiendo sin reparo alguno! En tal

caso ¿por qué yo, que soy un lobo, voy a tener escrúpulos en hacer lo mismo? Esto sería ridículo. Y puesto que ellos obran así, yo pienso comerme los corderos más gordos de todo el rebaño.

Así dijo el lobo y así lo hizo, de tal manera que en aquellos contornos pronto se hizo famosa su crueldad. Los pobres pastores, viendo cómo disminuían sus reses, maldecían a la fiera, sin sospechar en modo alguno que eran ellos quienes, con su ejemplo, le habían impulsado a continuar la labor de destrucción que, llevado de sus antiguas reflexiones pensaba haber abandonado para siempre.

## LOS PECES Y EL CORVEJÓN

En toda aquella región no existía un solo estanque a cuyos habitantes no impusiese su contribución un corvejón que vivía por aquellos lugares y era el amo y señor de las vidas de los pececillos que moraban allí. Todos los viveros de peces de los alrededores pagaban su tributo al cuervo marino; de manera que, gracias al temor que inspiraba y a sus mañas para la pesca, nunca faltaban en su cocina sabrosas truchas o apetitosas carpas, amén de otros ejemplares de distintas especies de la raza acuática.

Pero sucedió que, con los años, el cuervo marino fue envejeciendo y su fuerza y su agilidad disminuyeron también, como es natural, y pronto se encontró el corvejón con que su cocina ya no estaba tan bien surtida como lo estuviera antaño. Y siéndole además más difícil apoderarse de los pececillos debido a que ya no veía bien en el fondo de las aguas, el ave determino emplear alguna treta para conseguir su alimento habitual. Pero ¿qué hacer? Él no tenía redes ni anzuelos ni nada parecido; mas ya se sabe que la necesidad es maestra en estratagemas, y bien pronto se le ocurrió al viejo corvejón un sistema para lograr trasladar a su estómago algunos de los moradores del estanque más próximo a su mansión habitual.

Así, pues, se dirigió hacia el lugar en cuestión y aguardó con paciencia en la orilla mientras atisbaba las aguas con sus cansados ojos. Por fin vio salir a un cangrejo y le llamó por señas; y cuando le tuvo a su lado le dijo, fingiendo alarma en su voz:

—Compadre, vete enseguidita a avisar de algo muy importante al pueblo que habita en este estanque. Diles que dentro de ocho días el dueño de este lugar vendrá a pescar en estas aguas y que, si no hacen algo, morirán todos.

El cangrejo, al oír esto, desapareció de la superficie y se apresuró a descender para llevar la triste nueva a los peces del estanque. La conmoción producida por la fatal noticia fue indescriptible; todos corrían de un lado a otro sin saber qué hacer ni a quién dirigirse para librarse de tamaña amenaza, hasta que por fin se reunió una asamblea y se acordó enviar un diputado para indagar sobre el asunto. Éste se elevó con presteza hasta alcanzar la superficie de las tranquilas aguas, y cuando llegó preguntó al ave, que no se había movido de la orilla del estanque en espera de los próximos acontecimientos:

—Señor corvejón, ¿cómo habéis tenido conocimiento de tal cosa? ¿Estáis seguro de que es verdad lo que habéis dicho al cangrejo? ¿Se os ocurre alguna solución? ¿Qué podríamos hacer para salvamos?

El viejo cuervo marino escuchó con paciencia las atolondradas preguntas del mensajero, pero sólo respondió a la última de todas:

—La única solución que se me ocurre es que cambiéis de aguas, porque éstas se han convertido en un pelagra creciente para vuestra seguridad.

El delegado preguntó:

—Pero ¿cómo vamos a trasladarnos y adónde iremos?

Esto era exactamente lo que esperaba la astuta ave; y procurando ocultar su regocijo por el éxito que coronaba sus esfuerzos repuso al emisario:

—¡Oh! No debéis preocuparos por esa nimiedad. Yo os llevaré a todos, uno tras otro, a un refugio tan escondido que nadie en el Mundo, excepto yo mismo, conoce el camino que conduce hasta él. Es un lugar secreto, un vivero natural y desconocido por los seres humanos, y en él podréis ponerlos a salvo huyendo de la amenaza que se os viene encima.

El diputado agradeció sus atenciones y regresó a las profundidades, rogando al corvejón que no se moviese de la orilla, pues en seguida le traería la respuesta de los demás peces. Expuesta la cuestión ante la asamblea, ésta decidió dar crédito a las palabras del viejo cuervo marino; y así todo el pueblo acuático, uno tras otro, fueron transportados hasta el escondrijo, situado bajo una roca poco frecuentada, donde tal como había dicho el ave se encontraban a salvo de las redes de los pescadores.

Pero de lo que no se salvaron los infelices pececillos fue de la glotonería de nuestro corvejón, ya que éste, habiéndolos colocado en un lugar de aguas transparentes, poco profundas y bastante estrecho, podía

apoderarse sin grandes esfuerzos hoy de uno y mañana del otro, enseñándoles a sus expensas que no es bueno tener absoluta confianza en los devoradores de las gentes de su pueblo. Sin embargo, los peces no perdieron mucho, puesto que, de no haber sido el ave, los seres humanos se hubieran comido una buena parte de ellos.

¿Qué importa quién sea el que se los coma? Hombre, lobo o cualquier animal, da lo mismo; la única diferencia consiste en conservar la vida un día más o menos.

## **Nuevo auriga**

1. Juana Spyri – Heidi
2. Lewis Carrol – Alicia en el país de las maravillas
3. Jonathan Swift – Viajes de Gulliver
4. Lewis Wallace – Ben-Hur
5. La Fontaine – Fábulas de la Fontaine
6. Julio Verne – Un capitán de quince años
7. Homero – La Odisea
8. Luisa May Alcott – Mujercitas
9. Juana Spyri – El lago de los ensueños
10. Julio Verne – Cinco semanas en globo
11. Robert L. Stevenson – La isla del tesoro
12. Anónimo – El Cid
13. Esopo – Fábulas de Esopo
14. Anthony Hope – El prisionero de Zenda
15. Leyendas nórdicas
16. Miguel de Cervantes – Don Quijote de la Mancha
17. Luisa May Alcott – Hombrecitos
18. María Jesús Echevarría – Pasteur
19. Homero – La Ilíada
20. Daniel Defoe – Robinson Crusoe
21. Walter Scott – Ivanhoe
22. Cuentos egipcios
23. Luisa May Alcott – Aquellas mujercitas
24. Gloria Sarró – María Antonieta
25. Antonio Ribera – La conquista del espacio
26. Herman Melville – Moby Dick
27. Julio Verne – Los hijos del capitán Grant
28. Gloria Sarró – Madame Curie
29. Mark Twain – Las aventuras del Tom Sawyer
30. Julio Verne – La isla misteriosa
31. Antología de la poesía española
32. Antonio Ribera – La conquista de las profundidades marinas
33. Luisa May Alcott – Los muchachos de Jo
34. H. Rider Haggart – Las minas del rey Salomón
35. Cardenal Wiseman – Fabiola
36. Adolfo Moreno – Los viajes de Marco Polo
37. Antonio Ribera – La conquista de las grandes cumbres
38. Leyendas indias

39. Charles Dickens – Historia de dos ciudades
40. Anónimo – El Lazarillo de Tormes
41. Julio Verne – De la Tierra a la Luna
42. Anónimo – La canción de Roldán
43. Charles Dickens – Oliver Twist
44. Julio Verne – Veinte mil leguas de viaje submarino
45. Montserrat del Amo – Juana de Arco
46. Juana Spyri – Otra vez Heidi
47. Condesa de Segur – Las desventuras de Sofía
48. Walter Scott – Quentin Durward
49. H. Beecher Stowe – La cabaña del tío Tom
50. J. R. Wyss – El roñsón suizo
51. Carmen Soler Blanch – Helen Keller
52. Luisa May Alcott – Los primitos
53. Marta Subirats – Marconi
54. Miguel Álvarez M. – Cabeza de Vaca
55. Cuentos rusos
56. Mark Twain – El príncipe y el mendigo
57. Basilio Losada – Isabel la Católica
58. J. Fenimore Cooper – El último mohicano
59. Cuentos chinos
60. Cuentos españoles
61. Armando Ribera – La conquista del Polo Norte
62. Antonio Cunillera – Los caballeros del rey Arturo
63. Enrique de Obregón – La conquista del átomo
64. La Biblia, palabra de Dios
65. Julio Verne – Viaje al centro de la Tierra
66. S. Marshall – Agencia Pinkerton
67. Virgilio – La Eneida
68. Leyendas españolas
69. J. Carter – Nube roja
70. Basilio Losada – Cristóbal Colón
71. Carmen Soler – Hernán Cortés
72. S. Marshall – Los guerreros de Quantrill
73. Walter Scott – Ricardo Corazón de León
74. Charles Dickens – David Copperfield
75. Schiller – Guillermo Tell
76. Roberto de Ausona – Robin Hood
77. Hamilton – El puñal de Osceola
78. Condesa de Segur – Memorias de un burrito

79. Charles Dickens – La pequeña Dorrit
80. Charles Dickens – Años felices de la pequeña Dorrit
81. Luisa May Alcott – Polly, corazón de oro
82. Julio Verne – La vuelta al mundo en ochenta días
83. Julio Verne – Miguel Strogoff
84. Emilio Salgari – El corsario negro